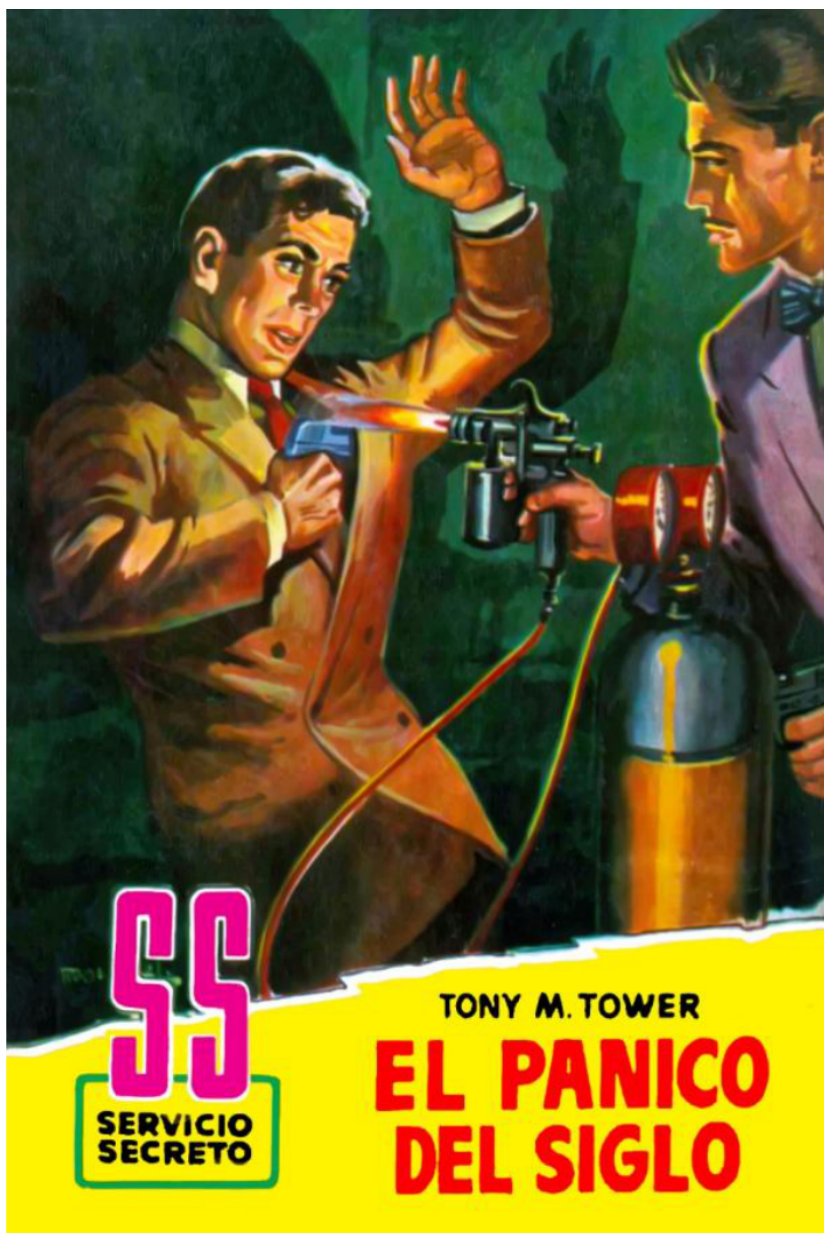




SS

**SERVICIO
SECRETO**

TONY M. TOWER

EL PANICO DEL SIGLO

TONY M. TOWER

El pánico del siglo

1.^a EDICIÓN
ABRIL - 1955



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

OBRA DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION:

111. — Huracán en el Caribe. 131. — Misión en Casablanca. — 137. — El secreto de Rocky Mountain. 148. — Dos cruces en la nieve. 164. — La muerte llegó al amanecer. 179. — Pasaporte al Infierno. 212. — La consigna es matar. 225. — El Gran Miller. 230. — Enviado especial. 234. — Un hombre va a morir.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

**EL PANICO
DEL SIGLO**

PER **TONY M TOWER**

The title is rendered in a large, bold, hand-drawn font with thick black outlines and internal hatching. The letters are slightly irregular and slanted. To the right of the title, a detailed drawing of a microscope is shown, with a small insect perched on its base. The entire composition is surrounded by various small, sketchy drawings of insects, including ants and beetles, and some leafy plants. The style is reminiscent of mid-20th-century pulp magazine covers.

CAPÍTULO PRIMERO

—Siempre que me acerco a Yarmouth pienso en «David Copperfield». ¡Es encantador! ¿Sabes una cosa, Herbert? Las próximas vacaciones las pasaremos en Yarmouth. Alquilaremos uno de esos deliciosos barquitos viviendas y nos dedicaremos a recorrer los canales de Broads.

—¡Fantástico! Si no reprimes la imaginación, nos llevarás a la ruina. ¿Cuándo crees que voy a obtener otras vacaciones? Por lo menos hasta dentro de dos o tres años. Mira, olvídate por ahora de Yarmouth y de esos recuerdos de Dickens. Te aseguro que para mi Yarmouth sólo tiene de notable sus estupendos arenques. ¡Qué pena no poder detenernos unos días para saborearlos!

—¡Arenques! —Gloria Bennet arrugó su graciosa naricilla—. No comprendo cómo he podido enamorarme de un hombre tan asquerosamente prosaico. ¿Cómo piensas en arenques ahumados ante este paisaje? Cada día me decepcionas más.

Terminó con voz seca, pero los ojos le reían, desmintiendo el tono de las palabras. Herbert Bennet, joven empleado de una casa de Banca en Londres, rió tranquilamente.

—Estoy dispuesto a escuchar a tu abogado, que por cierto es también el mío. No pondré dificultades a la separación. Decepción progresiva, será el motivo. Es más original que la crueldad mental. ¿No te parece?

Gloria iba a tirarle de los pelos, pero la puerta del departamento se abrió para dar paso a una grave y estirada señora de edad, que les observó con severidad. Gloria, reprimiendo la risa, fingió que miraba por la ventanilla y su marido se enfrascó en la contemplación de un periódico.

—Permítame. Me apeo en Yarmouth. ¿Hace el favor de bajar la maleta?

Herbert masculló una disculpa y se apresuró a ayudarla. La

mujer tomó con energía su valija y desapareció por el pasillo. Gloria no esperó a que estuviera muy lejos para reír.

—¡Pobre Herbert! ¡Te han tomado por un travieso recién casado! ¿Te fijaste en su expresión?

—Completamente escandalizada. Aquí tienes tu añorado Yarmouth. Si miras con atención quizá veas a Charles Dickens en el andén. Quiero decir, su fantasma.

—¡Seguro! ¡Comiendo un arenque!

Herbert empezó a reñirla por la falta de respeto hacia el fantasma de Dickens y los dos se acodaron en la ventanilla, después que el joven hubo hecho descender el cristal. Empezaba a obscurecer y el andén, lleno de gente, hervía de voces y gritos. A más de un continental le habría admirado aquella animación en una estación inglesa. Con frecuencia se tiene el hábito de encasillar a la gente. Lo cierto es que un tren inglés en verano, en época de vacaciones, y en la costa de East Anglia, el antiguo Reino Sajón de la parte oriental de Inglaterra, resulta tan bullicioso como otro cualquiera de un país meridional. El que llevaba al joven matrimonio Bennet, cuatro años escasos de vida común, era de éstos.

—¿Te da pena acabar las vacaciones? —preguntó Gloria cogiendo a su marido por el brazo—. Casi deseo verme de nuevo en Londres, en casa.

—Yo no digo tanto. El viejo Groves siempre se muestra con peor carácter cuando adivina que uno lo ha pasado bien... —Se detuvo y asomó medio cuerpo por la ventanilla—. ¡Diablo! ¡Mira quién está allí! ¡Eh! —Dio un grito—. ¡Eh!

—¿Qué te pasa? —Gloria tiró de él—. Vas a caerte.

—¡Si es uno de los chicos de la Universidad! ¡Hacía una porción de años que no le veía!

—No hará tantos, si no me has engañado en tu edad —refunfuñó Gloria, a quién le molestaba que nadie acaparara su atención—. ¿A dónde vas?

—Aguarda un momento. Sólo saludarle y regreso —dijo Herbert encaminándose al pasillo a toda prisa.

—¡No seas loco! ¡Oye! ¡Que el tren se detiene sólo unos minutos! —Como su marido ya se alejaba a toda prisa por el estrecho pasillo, la joven se dirigió a la ventana y esperó a que apareciera en el andén. Le vio saltar con agilidad y pasar bajo su ventana—. ¡Sube,

Herbert! ¡Ya sabes lo nerviosa que me pone esto! ¡No quiero verte corriendo tras el vagón!

El hombre le apretó la mano.

—Eres una chiquilla. No te preocupes. Regresaré antes de que arranque. Como en la otra estación. Además, necesito estirar un poco las piernas.

Fue inútil la insistencia de Gloria. Tuvo que conformarse viéndole marchar por el andén, apartando a la gente. Su alta silueta se destacaba sobre el público. La muchacha admiró a su marido una vez más. En realidad, Herbert Bennet tenía muy buena presencia, pero eso era todo. En algunas ocasiones ella tenía serenidad para reconocer que su simpático y atractivo esposo ocupaba un lugar demasiado secundario para lo que podía esperarse de su preparación y de su condición social. Y muchas veces era ella quien debía resolver las cuestiones de importancia, pues Bennet era incapaz de decidir cuando la decisión era de trascendencia. Simpático, superficial, buen deportista y hábil conversador, así resultaba Herbert. Nadie podía negarlo.

Gloria sonreía ahora, viéndole avanzar por el andén, que se obscurecía por momentos. ¡Vaya oportuno aquel amigo de Herbert! ¡Podía haberse marchado antes de la llegada del tren!

Trató de curiosear un poco, mientras observaba las maniobras del jefe de estación, atenta al momento en que el convoy reanudara la marcha.

Herbert golpeó en la espalda de un sujeto mucho más bajo que él, con elegante chaqueta de deportes, quien sin volverse le saludó cuando el joven empleado de Londres se situó ante él. Gloria adivinaba las exclamaciones y las frases alegres de su esposo, cuyo rostro resplandecía de simpatía. Sintió un poco de celos por ello. No le gustaba que dedicara las sonrisas a nadie que no fuera ella.

Junto al amigo de Herbert, al que no le fue posible ver el rostro, estaba un empleado de la estación con quien el hombre conversaba antes de la llegada del joven. Gloria observó el gesto adusto y de mal humor que mostraba el empleado. En aquel momento sonó un silbato.

—¡Herbert! —musitó reprimiendo sus deseos de gritar.

Un individuo entró en el departamento y la miró con curiosidad. Ella perdió unos segundos observando como dejaba su maletín en la

rejilla y se acomodaba en el asiento. Cuando volvió a mirar al andén pudo ver cómo Herbert y los dos hombres que hablaban con él desaparecían por una de las puertas que daban al edificio de la estación. No comprendía aquello. No podía comprenderlo.

Sin la presencia de aquel hombre de mirada burlona, habría llamado a gritos a su esposo. Le contenía el temor al ridículo, pero la angustia era demasiado poderosa para pensar en convencionalismos sociales. Comprobó que Herbert había desaparecido del andén. En aquel momento el tren empezaba a moverse.

—¡Dios mío! ¡Este loco! ¿Es posible que me olvide en el vagón?

Llena de confusión se dirigió corriendo al pasillo. El vecino de departamento la sujetó por un brazo.

—¡Cálmese! No intente bajar ahora. Podría matarse. ¿Qué pasó? ¿Una riña con su novio? Olvídele.

—¡Suélteme! —dijo ella con energía.

El hombre dejó de sonreír y de inmiscuirse en asuntos ajenos. Gloria corrió por el estrecho pasillo y en la plataforma se detuvo. El vagón pasaba ahora frente al lugar donde Herbert había conversado con su amigo. Ni rastro de él. Miró a lo largo del andén, confiando en verle saltar a alguna de las portezuelas, pero todo inútil.

Permaneció durante unos minutos en el mismo sitio, hasta que la estación de Yarmouth fue solo una mancha borrosa.

Gloria Bennet intentó sonreír. Tomar a broma el ridículo suceso. Pero lo cierto era que estaba asustada. Terriblemente asustada. Como una niña perdida en el tráfico de Londres.

—¡Vaya! ¡Parece una historieta de «magazin!» —murmuró—. Esta vez Herbert tendrá que escucharme. Es decir... si no le ha sucedido nada.

Volvió al departamento. El hombre la miraba curioso. Con una discreción que aparecía algo tarde, se abstuvo de hacer comentarios. Gloria se sentó, mirando fijamente por la ventanilla. Escuchó pasos en el corredor y se levantó nerviosa, mirando a la puerta. ¡Quizá todo fuera una broma de mal gusto del zángano de Herbert! Pero cruzó ante la puerta la sombra de un empleado. Gloria se acercó a la salida. Murmuró:

—Perdone —al tropezar con una pierna del otro viajero.

El empleado se alejaba y tuvo que llamarle.

—¡Oiga! Un momento —esperó a que acudiera, solícito—. Verá... Es una tontería. Resulta que mi marido ha descendido en Yarmouth y sin duda se entretuvo demasiado...

—¿Perdió el tren? —preguntó el hombre sonriendo con simpatía.

—Algo de eso...

—¡Qué costumbre la de descender en estas estaciones de poca parada! No se preocupe. Sólo tardamos unos minutos en llegar a Lowestoft. Su esposo habrá telefoneado a la estación, si no ha adelantado al tren en un coche. Yo me ocuparé de ello.

—Muchas gracias. Sin duda es un simple contratiempo.

Regresó a su asiento. El tren apenas se detendría en Lowestoft. Lo mejor era descender y con calma aguardar a Herbert. Continuarían en el próximo. Les quedaba tiempo de sobra, pues Herbert no entraba a trabajar hasta el primer lunes.

Colocó sus maletitas de lona en el suelo. No quería ponerse a pensar en nada desagradable. Cosas como aquélla ocurrían todos los días, sobre todo cuando se tiene un marido tan atolondrado como Herbert. Sería un recuerdo del que reirían después.

El empleado se acercó y dijo desde la puerta.

—Estamos entrando en Lowestoft. Prepárese. ¿Baja las maletas?

—Sí. Prefiero no tener que andar con prisas. Seguiremos en el próximo tren.

—Muy bien. Venga conmigo.

Tomó los maletines y precediendo a la joven se acercó a la plataforma. La estación de Lowestoft, bastante alejada del pueblo, situado en la costa, no estaba ni con mucho tan animada como la de Yarmouth. Además, en el tiempo que tardaron en recorrer la distancia que separaba a las dos ciudades, se había hecho completamente de noche. ¡Qué idiota de Herbert! Sin aquella tontería dentro de un par de horas podían haber estado en su casa. El empleado la ayudó a descender. Algunas sombras se acercaron al tren hablando quedamente.

—Por aquí. El jefe tendrá ya el aviso. Venga.

Entraron en el despachito del jefe de la estación que hablaba por teléfono con la siguiente, dando cuenta de la salida del convoy. El empleado preguntó:

—¿Han llamado de Yarmouth? El esposo de esta señora perdió

allí el tren. Ella va a esperarle aquí.

El jefe miró con simpatía a Gloria, que esbozó un gesto de despreocupación.

—¿De Yarmouth? No. No llamaron. ¿Han mirado en el andén? Quizá su esposo haya venido en coche y la esté buscando.

—Eso es. Yo la dejo, señora. Tengo que seguir hasta Londres. No se ponga nerviosa. Él llegará enseguida.

Depositó la maleta en el suelo y salió, llevándose la mano a la gorra como saludo. Gloria quedó indecisa. El jefe atendía a su trabajo y no la hacía mucho caso. Salió despacio al andén. Herbert no aparecía.

—Quizá esté ya en el vagón, buscándome. ¡Una situación de comedia!

Pasó a lo largo del tren. En su antiguo departamento, el único ocupante la contemplaba curioso. Luego se inició la marcha y el convoy, lleno de luces, se perdió en la noche, rumbo a Londres. Gloria quedó en el andén, inmóvil, sin saber si debía reír o llorar.

—¿Aún está aquí? Creía que había seguido viaje. Ya veo que no apareció. Llamaremos a Yarmouth. ¿A dónde iban?

—A Londres. Le agradeceré que se ocupe de esto. Estoy desorientada.

Y mucho más desorientada quedó cuando supo que en Yarmouth nadie sabía nada acerca de un hombre que hubiera perdido el tren de Londres. El jefe empezó a aburrirse y sin duda sospechó que quizá el marido habría escogido el camino de la libertad. Aquello ofrecía todo el aspecto de una riña.

—Siga hasta Londres. Él irá también. Es lo que suele suceder en estos casos.

—¿Cuándo pasa el próximo tren?

—¡Oh! Hasta mañana por la mañana no hay más servicio. Lo mejor es que vaya al pueblo a descansar y mañana continúe. Si no quiere llevar los maletines puede dejarlos en la estación.

Gloria asintió, desalentada. Recordó que no llevaba dinero. Miró en los bolsillos de su chaquetita de punto. Nada. Unos centavos sueltos únicamente. Herbert siempre decía lo mismo:

—No tienes por qué ocuparte de dinero. ¿No me tienes a mí a tu lado?

Depositó el equipaje en la consigna. El jefe se metió en su

despachito y ella quedó sola otra vez. La niebla del Canal iba avanzando despacio en dirección al pueblo, cuyas luces brillaban próximas.

¿Sería posible que Herbert la hubiera abandonado deliberadamente? No. Además que nunca escogería una manera tan cobarde para hacerlo. ¿Por qué razón dejaría la estación en Yarmouth, tras aquel desconocido compañero de Universidad?

Estaba caminando por la carretera bordeada de chalecitos. Posiblemente Herbert no habría encontrado un coche y por eso tardaba. Avanzó un pequeño descapotable. Ella miró con atención. Sólo el conductor, y no era Herbert.

Repentinamente comprendió que le había sucedido algo. Un accidente. Algo que le impidió llamar a Lowestoft. Debía acudir a su lado al instante.

Casi corriendo entró en el pueblo. El ruido del mar aturdía. Por las calles se veía gente con trajes veraniegos, en grupos animados. Y desde un pequeño edificio rodeado de árboles llegaba música ligera. Varios coches aguardaban ante la acera.

Un coche era lo que ella necesitaba. Continuó andando hasta llegar a una plaza muy iluminada. Vio un viejo Ford y al chofer apoyado en el estribo con inconfundible aspecto de taxista. Se acercó a él.

—¿Este coche es de alquiler?

—Eso creo yo. Aunque en este cochino pueblo parece que lo duden. Todos dicen que andar es muy sano. ¿Necesita un servicio?

—Quiero ir a Yarmouth. ¿Cree que...?

—¿Qué si llegará? ¡Desde luego! Su mal aspecto es sólo modestia. ¡Suba!

Gloria miró al hombre. Tenía aire violento. Seguramente se pondría algo pesado si no cobraba. Sonrió todo lo seductoramente que le fue posible.

—Es que... no tengo dinero ahora. Mi esposo está en Yarmouth y abonará el viaje.

El hombre cerró la portezuela de golpe. Murmuró:

—No trabajo a crédito. Esto se llena de londinenses a quién nadie vuelve a ver el pelo. Con esa cara y ese tipo siempre habrá algún fresco que le lleve gratis. Yo mismo lo haría si no viviera del taxi.

Gloria se alejó sofocada. Estaba empezando a comprobar que aunque Herbert era un chiquillo, resultaba muy útil para andar por el mundo. Volvió sobre sus pasos. Regresaría a la estación. Había hecho una tontería con abandonarla.

Ése era su propósito. Pero Gloria Bennet resultaba una extraña mezcla de ingenuidad y audacia. Podía sofocarse hasta los ojos ante la mirada insolente de un atrevido, pero también luchar cuando valía la pena el motivo de la lucha.

Por eso se quedó contemplando el grupo de automóviles detenidos ante el casino del pueblo. Pasó junto a ellos y su mirada se detuvo en la pequeña llave que se balanceaba en el salpicadero de un «Austin» cuatro puertas.

No lo pensó demasiado. Se trataba únicamente de un préstamo. Abrió la portezuela y se sentó ante el volante. Giró la llave, maniobró para sacar el coche del aparcamiento, y cuando tuvo carretera ante ella, pisó el acelerador.

El ruido del motor hizo levantar la cabeza a un hombre que fumaba un cigarrillo, indolentemente apoyado en la entrada del Club. Una interrogación se inició en su rostro. Vio el «Austin» perderse en la obscuridad. Tiró el cigarrillo y entró en el edificio. Miró a las parejas que bailaban. Al otro lado, en el bar, estaba el gordo y tranquilo Lucas Rochester. Se acercó a él.

—¿Prestaste tu coche a alguien?

—¿Yo? Déjate de bromas —contestó Rochester depositando el vaso en el mostrador.

—Ya me extrañaba. En ese caso, te lo han robado.

CAPÍTULO II

Rochester soltó un chorro de cerveza, que el joven recién llegado eludió cómo pudo.

—¿Robado? ¿Mí «Austin» nuevo?

—Sí. Tu «Austin» nuevo. No es ninguna broma.

El dueño del coche atravesó la pista como un rinoceronte herido y salió al jardín resoplando. El otro le seguía. Al instante Rochester comprobó que el «Austin» no estaba entre los demás vehículos.

—Voy a avisar a la Policía —murmuró pálido—. Estas cosas sólo pasan en el verano. ¡Parece que toda la gentuza de la capital viene a la costa!

El joven que había sorprendido el robo del coche, metió la mano en el bolsillo y sacó un llavero. Anunció:

—No te precipites. Seguramente es un muchacho alocado. Voy a intentar alcanzarle antes de que te lo tire por los acantilados.

Rochester entró corriendo en la casa mientras su amigo se acomodaba en un largo y brillante «Jaguar» convertible, de impresionante motor. Para él adelantar al Austin no era problema. Pensó:

«Va por la carretera de Yarmouth. Me pareció que lo llevaba una sola persona. Trataré de encontrarle antes de que Rochester ponga en circulación a toda la policía del condado».

Arrancó como siempre lo hacía. Lanzando el coche adelante como si fuera un pura sangre. Edmund Carlisle gozaba en ello. Por eso había aprovechado aquella oportunidad de soltar la potencia de su coche.

En cuanto dejó atrás las casas del pueblo, hizo girar la aguja del cuentamillas, sin preocuparse de nada. El coche se estremecía suavemente, dócil a las manos que apretaban el volante. Unos minutos a aquella velocidad y el «Austin» verde de Lucas Rochester apareció bañado en la luz de los faros del «Jaguar». Edmund sonrió

satisfecho.

—Te has portado bien, muchacho —murmuró hablando a su coche—. Veremos qué cara tiene ese individuo.

Tocó el claxon y el Austin, que no era conducido con demasiada celeridad, se echó a un lado, dejándole el paso. Edmund coló el morro del «Jaguar» por la derecha, y girando el volante cerró el paso al otro vehículo. Un movimiento atrevido que podía significar una aparatosa colisión si quien llevaba el volante perdía la cabeza. El «Austin» frenó, dejando en la carretera parte de las gomas, y quedó detenido, medio apoyado en la cuneta. Edmund saltó a tierra, acercándose al coche de su amigo. Vio la sombra del conductor. Cerró los puños por si ofrecía resistencia.

—Ya está bien. Baje. El juego ha terminado.

No le obedecieron. Bastante impaciente se acercó y se apoyó en la ventanilla, dispuesto a esquivar un golpe, si el otro tenía ganas de pelea. Vio el rostro muy blanco de una joven rubia que se recostaba en la portezuela opuesta. Silbó sin darse cuenta.

—¡Caramba! Mucha prisa tenía usted, jovencita. ¿Qué pensaba hacer con este cacharro una monada como usted?

—No puedo decírselo. Es decir, tengo que llegar a Yarmouth al instante. Mi esposo...

—¿Esposo? —El entusiasmo de Edmund se enfrió bruscamente—. Ya. La emplea a usted. He oído contar algo de eso. Hay tipos que...

—¡Oiga! —Gloria se acercó hasta la ventanilla, furiosa—. ¡No tiene derecho a decir nada de Herbert! Sólo he tomado el coche prestado. No tenía dinero y no querían llevarme. Pero en cuanto viera a Herbert daríamos una explicación al dueño —su voz se volvió suplicante—: ¡Haga el favor de permitirme continuar! A mi esposo le ha debido ocurrir algo.

Edmund tragó saliva. Estaba convencido de que aquella atractiva rubia de ojos inocentes trataba de engañarle. Pero ¡lo hacía de un modo...!

—No entiendo una palabra, señorita. Si deseaba ir a Yarmouth sólo tenía que haberlo pedido. Yo estaba aburrido en la fiesta y...

—Pues hágalo ahora. Cada minuto que pasa puede ser de vital importancia.

—Dejemos el coche de Rochester. Padece del corazón. Suba al

mío. Es sólo unos minutos.

Gloria se vio obligada a obedecer. Si no lo hacía, aquel hombre de mirada insolente avisaría a la policía. ¿Qué era lo que le ocurría? ¿Por qué su vida se había complicado de aquel modo?

Pensó en Herbert y sintió rabia. Vio cómo Edmund cerraba las portezuelas del «Austin». Le indicó el asiento de su «Jaguar» y se colocó ante el volante. Sólo avanzaron unos metros. Al instante se detuvieron ante una taberna y sin decir nada Edmund descendió, después de quitar con cuidado la llave y detener el motor. Miró suspicaz a Gloria y ella enrojeció.

—¿Va a avisar a la policía? —dijo en un susurro.

—No. Tranquilícese.

Llamó por teléfono a Rochester y le dijo dónde tenía el coche para que fuera a buscarlo.

—Di al Comisario que fue una broma, Rochester. Ya te explicaré. No le ocurre nada.

Colgó antes de que el otro protestara, y volvió al coche. La chica, aquella misteriosa chica que había aparecido en la noche como arrancada de una película de intriga, esperaba nerviosa. Desde luego fingía bien si es que fingía, que ya no lo sabía.

—Podía contarme qué es lo que le sucede a su marido, y así se hará el viaje más corto —le dijo indiferente pues no quería mostrarse demasiado interesado.

Gloria no contestó. Le parecía todo ridículo. Y, sin embargo, cada vez creía más firmemente que Herbert se encontraba en algún peligro. Al fin y, sin pensarlo, narró la tonta historia.

Edmund parpadeó al escucharla.

—¿Sólo eso? Su marido estará como loco en la estación de Lowestoft. ¿No sabe que en Yarmouth en esta época cuesta encontrar un coche de alquiler? Por eso se demoraría. ¡Vaya una locura!

—No. Le ha ocurrido algo. Lo sé.

Se detuvieron en la estación de Yarmouth, que sólo estaba alumbrada por una pequeña luz. Un vigilante se paseaba por el andén, balanceando un farol rojo. Gloria le abordó.

—¿Dónde está el jefe?

—Supongo que en su casa. Pero en la oficina tienen al empleado de servicio. ¿Qué desea?

Edmund siguió a la chica, que ya corría a la oficina. Entraron sin avisar, cerrando la vidriera de golpe. El empleado, que leía una novela, les miró sorprendido. Edmund apreció lo nerviosa que estaba la joven, y tomó la iniciativa.

—La señorita viajaba en el tren de Londres. Su esposo bajó aquí, y no volvió al tren. ¿Sabe algo de eso? ¿No avisó de lo ocurrido?

—¿En Yarmouth? No. Nadie perdió el tren. Habría organizado un escándalo, que es lo que siempre sucede.

Gloria palideció más. Sintió como si una red espesa la envolviera. Insistió, pero inútilmente. Nadie había visto a Herbert; es decir, nadie había tenido conocimiento del incidente.

—Es posible que se pusiera nervioso y sin decir nada fuera a la ciudad a buscar un coche. ¿Es tímido su esposo, señora? —preguntó Edmund intrigado.

Gloria no le contestó. Estaba mirando a un hombre que avanzaba por el andén, golpeando con fuertes botas las losetas de cemento. Ellos se encontraban en la puerta del despacho. Cuando el que venía se expuso a la luz, Gloria le reconoció. Era el empleado que hablaba con el amigo de Herbert, hacía unas horas, cuando éste bajó del vagón.

Corrió hacia él, cortándole el paso. Le gritó:

—¿Qué es de mi marido? ¿Dónde está?

El hombre abrió la boca sorprendido. Edmund iba a pedir explicaciones, pero la joven continuó.

—¿No recuerda? ¡Un hombre alto, joven, vestido con chaqueta gris y con un jersey verde! Bajó del tren de Londres, esta tarde, y estuvo hablando con usted y otro señor bajo, grueso. ¡Allí! ¡Junto a aquella puerta! Yo les vi desde el vagón. Usted dijo algo a mi esposo.

El empleado miraba a la joven y a Edmund, alternativamente. El otro funcionario se acercó curioso.

—No sé de qué me habla, señorita. Yo no tengo ni idea. No estuve con ningún viajero esta tarde. No hablé con nadie.

Gloria sintió que todo le daba vueltas. Era absurdo aquello. ¿Por qué se encontraba allí? ¿Quiénes eran aquellos hombres desconocidos que la miraban con curiosidad? Chilló, casi histéricamente:

—¡Usted estuvo con ellos! ¿Qué han hecho de Herbert? —Se

abalanzó hacia el hombre y le sujetó por las solapas—. ¿Qué han hecho de él? ¡Conteste! ¿Por qué miente?

Edmund separó a la joven, sujetándola con firmeza por los brazos. El rostro de todos parecía preocupado. El empleado, muy pálido, murmuró:

—No lo comprendo. ¿Qué le ocurre a esta joven?

—Está muy excitada. Discúlpennos. Vamos, señora. Voy a llevarla de aquí.

Edmund la tomó por la cintura. Ella no ofreció resistencia. Se alejaron despacio, mientras los dos ferroviarios comentaban:

—¿Qué le habrá sucedido a su marido? De todos modos creo que pronto encontrará quien la consuele.

—Es la vida moderna —filosofó el otro—: Tienen los nervios destrozados.

Gloria se sentó en el coche sin pronunciar palabra. Ahora ya estaba convencida de que la desaparición de su marido envolvía algún misterio. Edmund, impresionado por la escena, deseaba quedar libre de ella. Era demasiado cómodo para complicarse en nada.

—¿A dónde quiere ir?

—A Londres. A mi casa —contestó ella maquinalmente.

—¿Ahora? Es un viaje algo largo. Yo...

—No. Mañana en el tren.

—Pero hasta mañana faltan varias horas —comentó Edmund disgustado—. La llevaré a un hotel de confianza.

Ella no dijo nada. Sólo al detenerse frente al pequeño edificio del hotel, insinuó:

—No puedo entrar. No tengo dinero.

El joven deseaba marcharse cuanto antes. Casi contento le entregó unos billetes que ella tomó con repugnancia. La joven preguntó:

—¿Cómo se llama? Herbert se lo mandará desde Londres.

—No tiene importancia —contestó él abriendo la portezuela—. La acompañaré para presentarla. La tratarán mejor.

No quiso decir que sin su recomendación la escrupulosa señora Watinhus no habría aceptado a la desconocida, sin equipaje y llorosa. La dueña se mostró recelosa, pero no dijo nada. Entregó a la joven una llave y desapareció en sus habitaciones. Edmund sintió

un poco de remordimiento por abandonarla tan descaradamente.

—¿Está segura de encontrarse bien? ¿No necesita nada? ¿Se pasó el mal momento?

Gloria le miró con fijeza. Preguntó a su vez:

—¿Cree que estoy loca?

Edmund Carlisle se marchó prodigando las negativas. Ella le vio salir, y con calma ascendió al primer piso. Levantó los visillos de la habitación para convencerse de que el «Jaguar» se alejaba. Después volvió a descender. La señora Watinhus la abordó:

—¿Le ocurre algo? Me parece que está algo pálida.

—Nada. Muchas gracias. Olvidé algo —inventó rápidamente—. Tengo el equipaje en Lowestoft. Voy a avisar para que lo traigan mañana en el tren.

—Aquí tiene el teléfono.

—No, no. Prefiero hacerlo personalmente.

Necesitaba volver, en efecto, a la estación. Y averiguar a qué se debía el que el empleado del andén hubiera mentido. Leyó en sus ojos turbación cuando habló de Herbert. No estaba loca. Era sólo una mujer enamorada que luchaba por salvar a su marido de no sabía qué peligro.

Tuvo suerte. Escondida en la puerta de un almacén, cerca del andén, vio al hombre, que continuaba charlando con un compañero. Permaneció un buen rato espíándole. Hasta que se despidieron y el ferroviario embustero se alejó, saltando a las vías, y cruzando al otro lado. Gloria se sentía llena de audacia. La obscuridad, aunque la asustaba, le proporcionaba al mismo tiempo libertad de movimientos. Agazapándose saltó a la caja de las vías y amparándose tras una fila de plataformas llenas de mercancías le siguió. Veía su farol; por eso no le fue difícil continuar la persecución.

Abandonó la estación y continuó por una calleja bordeada de almacenes y factorías de salazón de pescado. Gloria no perdía de vista el farol. En un par de ocasiones tuvo que correr, tratando de que sus pisadas no la denunciaran, pero luego volvía a encontrar, al final de una calle, la luz que la guiaba.

Estaban ya cerca del mar. Viejas viviendas de pescadores se mezclaban con los barracones industriales. Bruscamente la luz se ocultó.

Gloria Bennet se detuvo, respirando agitada. Sólo seis horas antes era una muchacha feliz en vacaciones. Ahora se había convertido en el personaje de un melodrama. Pero las cosas suceden siempre de tal modo que no es posible escoger el papel en la comedia.

Avanzó con cuidado. Dio vuelta a una esquina. Otra calle tortuosa, llena de edificios de una sola planta. La luz no se veía. Quizá el hombre se habría escondido en alguna de aquellas edificaciones. ¿En cuál?

Dio unos pasos y entonces lo averiguó. Un brazo fuerte, cubierto por una prenda de tela áspera, la sujetó por el cuello, mientras una mano que apestaba a tabaco y a petróleo le tapaba la boca. Intentó gritar y se debatió furiosa. El hombre refunfuñó:

—¡Quieta! ¡Fierrecilla! ¡Va a pesarte ser tan curiosa! ¡Quieta, te digo!

Lanzó un grito al sentir el golpe de los zapatos deportivos de la chica en su tobillo. Con poco miramiento levantó la otra mano y la dejó caer sobre Gloria, una y otra vez hasta que la resistencia de la joven cesó. Luego la levantó en sus brazos fuertes y dando un puntapié a la puerta que tenía a su espalda, desapareció en el interior del barracón.

CAPÍTULO III

El rumor del mar parecía venir de debajo de las tablas que formaban el piso del barracón. Tan próximo se sentía. Gloria Bennet se estremeció. Tardó bastante en recordar y en comprender en qué lugar se encontraba y qué la había llevado hasta allí. Una voz vino en su ayuda. La voz burlona del ferroviario que la capturó hacía sólo unos minutos.

—Me alegro que haya vuelto en sí. No me gustan los recursos femeninos. Levántese.

Maniobró en su farol y enfocó el rostro de la mujer. Gloria parpadeó, deslumbrada. Sentía un dolor agudo en la cabeza y sabor de sangre en la boca. Se apoyó en la pared e intentó incorporarse.

—¡Vamos! ¡Y procure no alborotar mucho! Usted y yo tenemos algo que decirnos.

Era evidente que el hombre utilizaba aquel barracón clandestinamente, a juzgar por el cuidado que ponía en no hacer demasiado ruido. Gloria miró al fondo, hasta donde llegaba la luz amarilla del farol, esperando encontrar alguna solución para su problema. Estaba asustada y por ello no habló. Sólo distinguió unas tablas apiladas, y una montaña de sal sucia.

—¡Levántese de una vez! —El hombre tiró de ella, violentamente, demostrando bastante nerviosismo.

—¡Déjeme! —Gloria se soltó, apartándose unos pasos.

—Al instante. En cuanto me diga qué hace en Yarmouth y quién le ordenó seguirme.

—Nadie me ordenó nada. Estoy buscando a mi marido. Y usted sabe dónde está. Le vi hablando con él y con el otro hombre en el andén.

—¿Nos vio a los dos? ¿Al «otro» también? —preguntó él acercándose y clavando su mirada fría en el rostro de Gloria.

La mujer se inquietó. Por primera vez pensó que podía correr

peligro.

—Sí —murmuró.

—Bien. Quizá yo pueda ayudarla a usted a encontrar a su esposo. Ahora recuerdo que, efectivamente, hablé con un viajero. ¿Dice usted que era alto?

La voz se hizo más amable. El corazón de Gloria empezó a acelerar sus latidos, alegremente.

—¡Eso es! ¡Alto! ¡Con un...!

—No se haga demasiadas ilusiones. Siento haberla golpeado antes y procuraré ayudarla. Pero dígame una cosa: ¿Quién es el joven que fue con usted a la estación? ¿Le contó la historia?

Gloria se desconcertó. No entendía lo que pretendía aquel hombre, pero si existía una posibilidad de que la facilitara noticias sobre Herbert, lo demás no le importaba. Aclaró impaciente.

—No sé cómo se llama. Le encontré en la carretera.

Y apuradamente explicó en pocas palabras lo más importante de su conversación con el hombre del «Jaguar».

El otro escuchó con atención. De vez en cuando dirigía miradas recelosas a la puerta, que había cerrado colocando una madera apoyada en el suelo de tablas. Cuando Gloria terminó, le hizo señas de que le siguiera.

—No puedo explicarle nada ahora, pero si viene conmigo quizá encontremos a su esposo. Cuando se marchó con ese amigo suyo, les vi entrar en una casa cerca de la estación. Hasta este momento no he vuelto a recordarlo.

Gloria adivinaba que aquel hombre mentía. Que estaba jugando con ella. Pero aunque sentía un pánico atroz, estaba segura de que su deber era continuar hasta el final. No podía abandonar a Herbert. Por eso no dudó en seguir al ferroviario, que había apagado su farol y con cuidado levantaba la madera de la puerta. Dijo en un susurro:

—No haga ruido.

Ella asintió. Sus dedos helados tropezaron con un cuchillo roñoso que se pudría sobre un cajón, y con rapidez lo tomó, ocultándoselo bajo su chaqueta de punto, sin que el hombre advirtiera nada.

En silencio volvieron a deshacer el mismo camino que antes recorrieron separados. El hombre caminaba al lado de Gloria,

mirándola de reojo y sonriendo de vez en cuando con pretendida amabilidad, que resultaba más desagradable que su actitud anterior.

—Todo se arreglará. Ya verá. Es muy desagradable lo que ha pasado.

Estaban en la estación. El ferroviario le indicó un paso entre dos vallados, y siguieron por él, eludiendo la luz del andén, que quedaba al otro lado de las vías. Gloria sentía frío. Su dolor de cabeza no desaparecía. Apretó el cuchillo para sentirse más tranquila. Y repentinamente decidió no continuar. Se detuvo.

—Usted no me lleva con Herbert. Me está engañando.

El hombre se sorprendió. Miró a todos lados como una fiera acosada, después volvió a su gesto simpático. En la obscuridad Gloria veía relucir los dientes blancos.

—¿Qué locura es ésta? ¿Es que tiene miedo de mí? Comprendo que me porté un poco brutalmente, pero usted tuvo la culpa al seguirme. Sólo tenemos que andar unos pasos más y saldremos de dudas. Si su marido no se largó a Londres, en la casa nos darán informes sobre él.

No se veía ninguna casa por aquel lado. Gloria apretó los labios. Se dijo que Herbert se merecía que ella se sacrificara si era preciso. Quizá la llevaran a dónde él estaba y correrían la misma suerte los dos.

—Perdone. Podemos continuar.

—¡Así me gusta!

Saltó una zanja y se metió por una estrecha acera. Un poco más allá se detuvo. Las vías del ferrocarril se unían formando dos únicos juegos de rieles y se alejaban en la obscuridad, encañonadas por dos laderas cubiertas de césped. El lugar resultaba tétrico. Gloria se llevó la mano a la boca, asustada. El hombre le daba la espalda. Lentamente se volvió hacia ella, La sonrisa de su rostro no había desaparecido, pero ahora tenía otro significado. En la mano derecha mostraba una navaja cuyo resorte apretó con el pulgar. La hoja brillante saltó al aire, siniestra.

—De modo que nos vio usted hablar con su marido. Le aseguro, jovencita, que la curiosidad es siempre mala. Habría hecho mejor en seguir a Londres en lugar de alborotar tanto. No grite si no quiere tomar contacto con esto.

Indicó su navaja. Se acercó despacio a Gloria, que retrocedió,

hasta tropezar en el talud. Tenía los ojos muy abiertos y olvidó por completo el arma que escondía en su chaqueta. Murmuró:

—¡Ustedes le han matado! ¡Han matado a Herbert!

—¡Me gusta su imaginación! ¿Quién habla de matar? ¿Lo dice por la navaja? No le ocurrirá nada si no grita.

Ya estaba a su lado. Gloria intentó escapar y la mano fuerte del hombre la sujetó por un brazo. Entonces la mujer se hizo con el cuchillo y trató de herirle.

—¡Vaya! ¡También muerdes, encanto! —exclamó el ferroviario.

Esquivó el torpe golpe que la joven tiraba, y cerrando el puño lo aplastó sobre el rostro de Gloria. Un puñetazo solo, pero suficiente para terminar con su resistencia. El hombre la vio caer, Sin intentar sujetarla.

—Lástima de muchacha. Creí que me daría más guerra. Supongo que a nadie le extrañará que, desesperada por la desaparición de su marido, intente quitarse la vida. Se conmoverán todas las viejas solteronas del país.

Guardó la navaja con calma. Miró su reloj de esfera luminosa. No parecía tener mucha prisa. Murmuró:

—Dentro de cinco minutos empezarán a preparar el tren de mercancías de mañana. Allí se ven las luces de la máquina. Elegí bien el lugar para el accidente.

Se inclinó y levantó el cuerpo inconsciente de Gloria. La joven tenía la rubia melena caída sobre el rostro. No se preocupó de aquellos pequeños detalles. Empezó a caminar con su carga hasta el recodo del trincherón. Y depositó el cuerpo atravesado sobre los rieles.

—Lo más sencillo sería ponerla en la vía principal, pero quizá ese lince de John, que hoy dirige la maniobra, la viera antes. Esperaré a que empujen hacia aquí un vagón, a esta vía muerta.

Gloria continuaba inmóvil. El hombre, tranquilamente, aguardó. Se escuchaban los pitos de las maniobras y los golpes de las defensas de los vagones al empujarse unos a otros. Dos grandes coches cerrados fueron acercados hasta donde el presunto asesino esperaba. El próximo golpe les haría rodar hasta allí. Era el momento de actuar.

Levantó una gran barra de hierro que solía utilizarse para cambiar aquella aguja secundaria que no tenía servidor. La apoyó

entre los rieles y apalancó, cuando ya otro nuevo embate hacía rodar los dos vagones. Temió que se le echaran encima antes de que pudiera conducirles a la vía donde Gloria aguardaba la muerte. Por eso hizo un esfuerzo y sonrió al sentir que la aguja cedía.

Edmund Carlisle no se sentía satisfecho. El motor de su coche rugía con la regularidad de siempre. En el Club le esperaban sus amigos, unos amigos agradables que le hacían la vida fácil. La fábrica de su padre continuaba produciendo a ritmo creciente fabulosas cantidades de cerveza para que él pudiera dejar correr entre sus dedos las libras como si fueran arena. Es decir: un panorama que en el noventa por ciento de los casos equivale a la felicidad, sobre todo cuando se tiene un espíritu alegre, enemigo de las preocupaciones, y nada más que treinta años en el carnet de conducir.

Pero pese a todo no se encontraba satisfecho cuando rodaba por la carretera de Yarmouth, después de dejar a aquella enigmática joven de los ojos azules y el problema extraño.

—Continúas fiel a tu credo, amigo —murmuró—. Nada de complicaciones. Sólo hay que tomar el lado bueno de la vida. Los quebraderos de cabeza para los demás...

En realidad, había abandonado a la mujer del modo menos caballeroso posible. Sola en una ciudad desconocida.

Claro que aquella historia de la desaparición de su marido...

«El tipo de la estación, el que negó conocer al marido, no me gustaba nada. Desde luego, cualquiera se pondría nervioso ante un ataque de histerismo».

«¿Histerismo? Juraría que ella era lo menos parecido a una histérica. Y sobre todo, bonita. ¡Vaya si resultaba bonita!».

Frenó con violencia. El «Jaguar» quedó clavado en la carretera. En uno de sus impulsos Edmund saltó a tierra y entró en el bar y dulcería de Winter, el último establecimiento que cerraba en Lowestoft. Saludó al dueño con un movimiento de cabeza y se dirigió al teléfono. Nada le costaba hablar con ella. Podía ofrecerse para acompañarla por la mañana a la estación. La idea de haberle causado mal efecto le intranquilizaba.

—¡Oh, señor Carlisle! —La señora Watinhus estaba ansiosa de conocer detalles sobre su desconocida huésped—. Me alegro que haya llamado. Esa señora no ha regresado. ¿Cree que le habrá

sucedido algo? Parecía muy excitada.

—¿Cómo que no ha regresado? ¡Yo la dejé con usted!

—Pero ella salió al instante. Me dijo que tenía que ocuparse de su equipaje que estaba en Lowestoft. No quiso realizar la gestión por teléfono... ¡Señor Carlisle! ¿No me escucha? ¡Señor Carlisle!

El teléfono de Winter quedó colgado, balanceándose, hasta que el dueño del bar le volvió a su sitio.

—¡Este muchacho! ¡Se cree el dueño del pueblo! ¿A dónde irá ahora como un loco?

Vio el «Jaguar» de Carlisle dar vuelta en la carretera, saliendo al prado, para enfilar hacia Yarmouth otra vez, a una velocidad endiablada. Su conductor tenía el pie sobre el acelerador y parecía decidido a batir el récord propio, que nadie era capaz ni de igualar.

«¡Si le ha pasado algo a esa chica, no me lo perdonaré! El más idiota habría sido capaz de darse cuenta de su estado. Aunque trataba de disimular, la desaparición de su marido la ha colocado al borde de la desesperación. Mucho temo que...».

Se estremeció. Aunque aquello no iba con él, conocía a uno de los protagonistas de la historia.

Sorteó la embestida de un camión pesado, haciendo rodar al aire las gomas del lado derecho del «Jaguar» durante las fracciones de segundo. Tenía un lugar de destino. Llegaría a la estación y encontraría a la joven.

El edificio oscuro y el andén solitario presentaban un triste aspecto. Cuando Edmund corrió a él, la soledad y la penumbra le sobresaltaron. Parecía un presagio.

Antes de que entrara en el único lugar que parecía habitado, el despacho del jefe, salió un hombre apresuradamente. Edmund le abordó:

—¡Oiga! ¿Ha visto...?

—Lo siento. No puedo atenderle.

Casi corriendo se alejó el hombre. Saltó a las vías y desapareció en la obscuridad. Entonces el joven observó que a unos centenares de metros había revuelo. Varias luces se movían en un pequeño espacio. Podía apreciar las sombras que iban de un lado a otro. Sin embargo, todas las máquinas permanecían en silencio. No se escuchaban los silbatos ni el rodar de los vagones.

Decidido a averiguar lo que ocurría, se acercó. Antes de llegar se

cruzó con dos hombres vestidos de azul, que hablaban en voz baja.

—No comprendo cómo ha podido suceder. Un accidente muy raro...

Edmund palideció. Sus temores estaban fundados. Tuvo la sensación de que aquello iba a suponer mucho para él. Por primera vez en su ociosa vida se había enfrentado con una persona angustiada, que necesitaba protección, y egoístamente prefirió apartarse a un lado. Ahora ya no tenía remedio. De un modo indirecto era el responsable de lo que hubiera podido sucederle a la joven.

Se acercó despacio al grupo. Hizo un esfuerzo para mirar a tierra. Vio un cuerpo ennegrecido, vestido con ropas oscuras. Una chaqueta de tela azul cubría la cabeza, pero no hacía falta examinarle para comprobar que no era Gloria Bennet la víctima del accidente. Se quedó tan sorprendido y tan tranquilizado, que por poco rompe a reír. El grupo de hombres hablaba en voz baja. Edmund preguntó, aclarándose la voz:

—¿Qué le ocurrió?

Le conocían. Los Carlisle eran conocidos en la región. Todos aquellos hombres bebían cerveza Carlisle. Uno explicó con cierto respeto:

—Un compañero. Vea —levantó la chaqueta y Edmund reconoció al hombre del andén, al sujeto con quien Gloria se enfrentara. La extrañeza le hizo olvidar las explicaciones del ferroviario. No comprendía. ¿Qué relación tenía la muchacha con aquella muerte? El rostro aparecía horriblemente quemado. Electrocutado—. Manejaba la barra y debió alzarla tanto que tropezó con el tendido eléctrico. Nadie comprende qué pretendía hacer. No tenía por qué usar la barra. Un accidente muy extraño.

—¡Ya lo creo que sí! ¡Muy extraño! —apostilló otro—. Es la primera vez que ocurre. Los cables están altos.

—No es la primera vez. Un chico, ayudante de conductor, también se mató cerca de Londres —aclaró un tercero—. Iba de pie sobre la máquina eléctrica y al levantar el brazo...

Se inició una pequeña discusión, mientras el rostro del cadáver era de nuevo cubierto. Edmund preguntó, tras dudar unos momentos.

—¿Estaba solo? ¿No había nadie por aquí?

—Nadie, desde luego. ¿Por qué lo pregunta?

Se disculpó, apartándose un poco. La idea de que Gloria pudiera tener que ver con el muerto era absurda. Además que extraño o no, se trataba de un accidente. Pero la coincidencia le preocupaba. Caminó despacio por la vía, y una cosa clara llamó su atención. Se inclinó para recogerla. Era un pañuelo de gasa, amarillo. Lo alzó y se lo aproximó a la cara. El aroma fino de lavanda le recordó a Gloria. Ella llevaba aquel pañuelo al cuello. Podía asegurarlo.

Se volvió con presteza, pues uno de los hombres del grupo le miraba, curioso. Sin duda sus movimientos eran poco normales. El hombre, que no llevaba uniforme, dejó de observarle y por eso Edmund pudo guardar el pañuelo en el bolsillo.

Miró a todos lados. Ella había estado allí. ¿Era posible que una joven tan bella y tan delicada hubiera causado la muerte del infeliz chamuscado por la energía eléctrica?

Dos o tres personas se acercaban. Sin duda la policía. Aquello iba a encontrarse demasiado concurrido de un momento a otro. Antes de que fuera más difícil hacerlo y le empezaran a preguntar, decidió alejarse.

En lugar de volver al andén, prefirió salir por el primer paso entre los almacenes. Una triste bombilla se balanceaba produciendo sombras misteriosas. Edmund, confundido, caminaba lentamente. Lo mejor sería dar cuenta de todo a la policía.

La bombilla penduleó más fuerte, empujada por una racha de viento, y la línea de luz avanzó hasta la última fachada de la calleja. Miró distraído, tratando de pensar qué camino debía seguir para volver al sitio donde dejara el coche, y entonces vio los zapatos oscuros y las piernas finas de una mujer agazapada en el marco de una puerta. Antes de que la luz retrocediera reconoció la falda verdosa de Gloria Bennet.

Llegó hasta ella de un salto. Permanecía pegada al machón del edificio y no se movió cuando él la tomó por una mano. Tenía los ojos muy abiertos y el rostro manchado de polvo y arañado. Se sorprendió al comprobar lo hermosa que estaba en aquellas condiciones. Preguntó:

—¿Qué le sucede? ¿No me conoce? Soy Edmund Carlisle. La acompañé antes.

Ella volvió la cabeza lentamente. Murmuró:

—Está muerto.

Edmund comprendió. Ella había presenciado la muerte del ferroviario y el terror la sobrecogía.

—No piense en ello. Voy a llevarla a la ciudad. Venga.

—¡He de pensar! Lo vi perfectamente —al hablar pareció recobrar el dominio de sus nervios. El rostro perdió rigidez. Edmund la dejó continuar, adivinando que la ayudaba a vencer la depresión—. Intentó fingir un accidente. Quería que me arrollaran los vagones. Cuando recobré el conocimiento me vi tendida sobre los rieles. Temblaban y el ruido de las ruedas me aturdió. Él estaba cerca, con una barra de hierro que levantaba al aire. Quise apartarme y entonces se produjo un resplandor espantoso, un chasquido, el rasgo de un rayo. No gritó. Se desplomó como si le empujara un ciclón. Me levanté justamente cuando los vagones pasaban veloces, para estrellarse en los topes. ¡Fue horrible! Olía a carne quemada...

Se cubrió el rostro con las manos. Edmund aguardó. Ella se repuso al instante y se apartó el pelo. Era decididamente valiente.

—Vi venir a la gente y me alejé: No sé quiénes son mis enemigos. No sé nada. Corrí hacia aquí. El corazón me golpeaba con tanta fuerza que creía iba a desmayarme. He estado no sé cuánto tiempo inmóvil, tratando de comprender, de pensar... ¡Dios mío! ¿Qué me ocurre? ¿Qué es de Herbert? Escuché los pasos de usted y temía que fuera un compañero de ese hombre que trataba de matarme...

—¡No piense más en ello! Él ha muerto y no podrá hacerle más daño. Venga.

Los ojos de la muchacha se ensombrecieron otra vez. Preguntó:

—¿Cómo está aquí? ¿Por qué ha vuelto?

—Le aseguro que no tengo el menor contacto con el ferroviario. Simplemente comprendí que me había portado mal. La señora Watinhus me dijo que vino usted a la estación. ¿Tranquila?

Ella asintió con un movimiento de cabeza. Edmund la tomó por el brazo tan confuso como si repentinamente se viera metido en una novela de enredo. Y para que no faltara un solo detalle, un silbido rasgó el aire y algo le rozó la cara, para ir a hundirse en la madera de la puerta, donde quedó vibrando. Miró fascinado el agudo puñal de negra empuñadura.

CAPÍTULO IV

Edmund Carlisle estaba habituado a dominar sus nervios. En más de una ocasión salvó la vida por un movimiento preciso en el momento oportuno, tanto al volante de su «Jaguar», como cuando pilotaba un «Spitfire» sobre las aguas revueltas del Canal o sobre la arena cálida de Libia.

En esta ocasión su sorpresa, que fue muy grande, duró sólo unos segundos. Se volvió veloz y alzó el brazo, empujando a la joven para que quedara a su espalda. Una sombra se abalanzó sobre él, pero encontró el puño de Edmund y, resoplando, retrocedió.

—¡No se mueva, señorita! —ordenó a la joven.

Y al mismo tiempo sujetó el puñal de la puerta y le desclavó de un seco tirón.

Ya armado pudo contemplar con atención a su enemigo. Era el hombre que le viera recoger el pañuelo de Gloria. Por eso le dijo:

—No creí que tuviera tanto interés por un pañuelo. ¿Dónde aprendió a lanzar así el cuchillo? ¿En un circo?

—¡Se arrepentirá de meterse en esto, imbécil! —masculló el hombre.

En lugar de atacar retrocedió un paso. Apenas se veían las caras. Pero Edmund adivinó, por el movimiento de su brazo, que sacaba otra arma. Una pistola. No podía ser más que una pistola.

El cuchillo en sus manos era poco menos que inofensivo. Sonrió imaginándose tirándolo al aire. Por eso prefirió utilizar sus puños, contundentes y veloces cuando era preciso. Soltó el arma y se abalanzó sobre el desconocido, que disparaba en aquel momento.

El proyectil pasó muy cerca de la cabeza del joven. El estruendo del disparo pareció aturdir o asustar un poco al atacante, que volvió la cabeza hacia el principio de la calle. Edmund cayó sobre él, derribándole y de un puñetazo en la cara le hizo abandonar la pistola, un arma militar americana, que rebotó en las piedras

húmedas de la calle.

—Esta noche se ha desatado la violencia sobre Yarmouth —murmuró Edmund poniéndose en pie. Miró al caído, que se frotaba el rostro con una mano y lanzaba ojeadas rencorosas—. Levántese. Vamos a dar un paseo hasta la Comisaría de Policía. ¡No intente recuperar su juguete!

Adivinó las intenciones del desconocido e inclinándose trató de recoger la pistola. Fue el momento que aprovechó el otro para incorporarse y emprender una carrera hacia la libertad.

Edmund hizo ademán de seguirle, pero la joven se sujetó a él, suplicándole:

—¡No! ¡Déjele! ¡Quizá tenga más amigos! ¡Marchémonos cuanto antes!

—Puede informarnos sobre su esposo. Aunque parece testarudo —dijo el hombre dudando.

Ella contempló en silencio al hombre que se acercaba a la primera esquina. Le vieron detenerse y dar vueltas. Se aproximaron voces. El fugitivo volvió sobre sus pasos. Iba a enfrentarse con Edmund otra vez. El joven se colocó en el centro de la calle para cortar el paso, cuando un grupo de sombras apareció por la esquina, atraídas por el disparo. Sonó un silbato y un vozarrón gritó al que corría:

—¡Deténgase!

El fracasado asesino se acercaba a la carrera a Edmund. Gloria se estremeció. Distinguió los ojos brillantes del hombre. Estaba desesperado. Era demasiado arriesgado enfrentarse con un hombre acosado. Le vio detenerse y mirar a Edmund. Luego a los que le seguían. En cabeza venía un agente de uniforme blandiendo su porra de goma.

Repentinamente el hombre se dirigió a uno de los edificios que bordeaban la calle y de un salto se situó sobre una reja. Edmund corrió a él y le sujetó por una pierna, recibiendo un buen punterazo en la cara. Ahogó un grito de dolor y cuando intentó volver a detenerle, ya el desconocido corría por una terraza, saltaba al tejado del almacén y desaparecía. Edmund corrió al centro de la calzada para tratar de verle. El policía se le acercó, preguntando severamente:

—¿Qué ocurre aquí? ¿Quién ha disparado? ¿Por qué corre ese

hombre?

El joven sonrió ante tantas preguntas. Aclaró:

—Un desconocido nos ha atacado a la señorita y a mí. Lanzó un cuchillo. Más tarde disparó con esa pistola. A las otras preguntas no puedo contestarle.

—¡Ah, señor Carlisle! ¡No le había reconocido! —El policía saludó atento mientras los hombres que le acompañaban, obreros del ferrocarril, gritaban tratando de localizar al fugitivo—. ¡Vaya una noche! ¿De modo que usted estaba aquí con la señorita y...? —sonrió maliciosamente; pero al ver que Edmund le miraba con mal humor, cortó la sonrisa y carraspeó—: ¡Bien! Me haré cargo de las armas. Tendrá usted que formular la denuncia. Quizá se trata de un vagabundo. Merodean siempre alrededor de la estación. ¡Tuvo usted suerte! ¿No les ocurrió nada?

—Nada —Edmund se aproximó a Gloria—. Voy a llevar a la señora Bennet. Mañana a primera hora iré a ver al Comisario para presentar la denuncia.

—¡Puede hacerlo ahora, si lo desea, señor Carlisle! El Comisario tiene hoy un servicio especial. Algo que han ordenado de Londres. Le encontrará en la oficina. Además, tenemos el accidente de ese infeliz electrocutado. Lo que le digo, ¡vaya noche!

Envolvió la pistola y el cuchillo en su enorme pañuelo y los guardó en el bolsillo de la guerrera. Silbó para reagrupar a sus espontáneos colaboradores.

—¡Déjenlo! ¡Cualquiera sabe a dónde habrá ido a parar! Es mejor que regresen a su trabajo —miró a Edmund—. Si les parece, puedo acompañarles a la Comisaría.

Edmund adivinó que el hombre deseaba tener una disculpa para abandonar el servicio. Como el incidente, la fuga del atacante, y sobre todo las miradas significativas de todos aquellos hombres, le estaban encrespando el ánimo, contestó:

—Conozco el camino y al Comisario también. Preocúpese de encontrar a ese hombre. No creo que sea muy práctico para la sociedad que haya tipos sueltos que utilizan como tarjeta de presentación un puñal y como tema de conversación una pistola de grueso calibre...

El policía enrojeció un poco. Adoptó un aire digno y, dando vuelta, se alejó acompañado del grupo de obreros, que comentaban

el suceso. Edmund esperó a que Gloria Bennet iniciara la marcha.

—Yo... Creo que voy a marcharme a Londres —dijo la muchacha mirándole confusa.

—¿Abandona a su marido? —A Edmund, al que la adhesión de la chica por Herbert Bennet producía una curiosa sensación de molestia, la declaración de ella también le contrarió. En el fondo admiraba el valor que Gloria demostraba y el modo como trataba de ayudar al hombre desaparecido.

—No le abandonaré nunca. Pero estoy sola. En Londres viven dos hermanos de Herbert. Regresaré con ellos.

—No está usted sola. Me tiene a mí. Y si se marcha puede ser demasiado tarde cuando regrese. Voy a decirle algo: Antes no la creía. Era demasiado absurda la historia de la desaparición de Herbert. Pero ahora, aunque haya necesitado la evidencia para convencerme, es distinto. He visto a ese hombre muerto y he sufrido un ataque. El individuo que tiró el cuchillo estaba en la estación, viendo el cadáver del que la secuestró. Tiene todo el aspecto de una conjura. Una conjura que nunca creí existiera más que en la imaginación de los novelistas. ¿No puede usted recordar alguna relación de Herbert con esta gente? Comprendo que se indigne por mis palabras, pero forzosamente su marido se enredó en algo sucio.

—¿Por qué? —Gloria le miró interrogante. Habían avanzado unos pasos y ahora caminaban por otra calle menos abandonada—. Lo mismo puede pensar de mí. Los dos nos hemos visto envueltos en una aventura, sin nada que lo justifique. Herbert es incapaz de nada semejante. No sólo por principios, sino por carácter. Es un chiquillo.

Él no contestó y Gloria continuó pensando en Herbert. Un chiquillo, en efecto. Ahora que por primera vez en aquellos años estaba tratando de resolver un problema sin su compañía, se daba cuenta de que en el matrimonio ella era quien siempre había tenido que resolver los problemas. Herbert sólo sabía sonreír y bromear. ¡Qué distinto de aquel Edmund Carlisle! Le miró de reojo. Tenía decisión reflejada en el rostro y la sonrisa tardaba en brotar en sus labios. Parecía un hombre que sabía lo que quería y al que tomar una decisión no llenaba de dudas como a Herbert.

Se escandalizó de lo que pensaba y trató de llevar sus ideas por otros caminos.

—De todos modos es mejor que hable con el Comisario. Es buen amigo mío. Le conozco desde que yo era un chiquillo —dijo Edmund cuando entraban en su coche—. Tengo la impresión de que es lo primero que debíamos haber hecho. Todo el mundo desconfía de la labor de la policía, pero sea como sea son los que más entienden de delincuentes.

Gloria no contestó. Se mantuvo en silencio hasta que llegaron al edificio de la Comisaría. En efecto, el Comisario Smulders se encontraba de servicio. Estaba sentado tras su mesa, con una gran taza de café ante él y la gabardina puesta, escuchando el informe de uno de sus subordinados. No se sorprendió mucho cuando un policía le anunció la visita.

—Que pasen. Está bien, muchacho —se dirigía al agente que informaba—. Quiero que aquella zona esté tranquila antes de diez minutos. Que se despeje de curiosos. Si el juez ha llegado, trate de conseguir que ordene el levantamiento del cadáver. ¡Caramba! ¡No es el primer accidente que ocurre en la estación! —Miró a Edmund y a la joven que entraban—. ¡Hola, Edmund! ¡No me digas que estás en otro lío! ¿A quién has atropellado? Te advierto que esta noche...

—Un lío gordo, Jeffrey. Te voy a presentar a la señora Bennet. Señora Bennet, el Comisario Jeffrey Smulders. No se deje impresionar por su aspecto. Es policía por error. Su verdadera vocación es la de patrón de vela.

—Puede retirarse —indicó el Comisario al agente. Y cuando hubo cerrado la puerta, señaló a sus visitantes unas butacas—. Ha ocurrido un accidente en la estación y dentro de media hora tengo un servicio especial. Regalito de los jefes de Londres —miró su reloj—. Me perdonarán que no pueda dedicarles por eso mucho tiempo...

—Se trata de ese accidente, Jeffrey. Si le parece bien, señora Bennet le contaré al Comisario la historia.

La muchacha asintió. Estaba empezando a encontrarse mal. El cansancio, las emociones y el trato a que la sometió su captor se acusaban ahora. Muy pálida se reclinó en el respaldo de la butaca mientras Edmund hablaba y el comisario escuchaba, sentado en un ángulo de la mesa, y sin apartar sus ojos claros, rodeados de pequeñas arrugas, del rostro de la mujer. Una vez que el joven terminó, Jeffrey se levantó, se acercó a la mujer, y la ayudó a

levantarse.

—Ha sido horrible, señora Bennet. Es usted una mujercita muy valiente, pero necesita descansar. Voy a llevarla a la clínica del doctor Jagger, que está cerca —evitó una protesta—. ¡No! ¡Ya sé que usted no está enferma! Pero lo estará si no descansa. En la clínica del doctor podré hacer que la vigilen, ¿comprende? No estaría bien que recibiera una visita de esos desagradables individuos. Ayúdame, Edmund.

Ella no tenía fuerzas para oponerse. Se dejó conducir al coche del Comisario y poco después era depositada en una cama. La enfermera de servicio la ayudó a desnudarse. Jeffrey habló con un médico.

—Está agotada. Necesita dormir. Mañana es preciso que la tomemos una larga declaración. Voy a mandar un muchacho para que vigile en la puerta. Encárguese usted de que duerma.

El médico aplicó un inyectable a la joven, que se agitaba en pesadillas. Edmund aguardaba con el Comisario en el pasillo. Cuando el médico dijo que la muchacha descansaba y que no presentaba ningún síntoma de alteración nerviosa de importancia, los dos hombres abandonaron la Clínica.

—Quiero conocer tu opinión sobre todo eso —dijo Edmund sentándose al lado del Comisario en el coche.

—No me gusta adelantar opiniones cuando no conozco bien las cosas. Es preciso comprobar la declaración de esa chica. Saber si, efectivamente, viajaba con su marido, en primer lugar. Ten en cuenta que la muerte del ferroviario ha sido accidental. Ella ha podido aprovecharla para hilvanar el misterio. Si supieras la cantidad de trastornados mentales con que nos enfrentamos a diario, te asombrarías.

—¡Ella no está loca!

—Supongo que no. Pero te aconsejo una cosa, muchacho. No ganarás nada en esto. Interesándote demasiado por ella sólo recibirás un desengaño. Si es sincera, no cabe duda que ama desesperadamente a su marido. Si no lo es, lamentarás entregar tu confianza a una demente, o a una criminal.

—¡Tú eres el loco! ¿Es que no puede uno ayudar a una mujer abandonada, metida en un peligro espantoso, sin tener miras egoístas? Me decepcionas, Jeffrey. ¿Qué haces tú entonces en la

policía, ganando cuatro peniques, cuando tienes dinero para reírte de todos los jefazos de Londres?

—No te excites. Nadie se volatiliza. Si ese marido existe, le encontraremos. Y quizá encontremos también algo que no te guste. Sucede así cuando se rasca demasiado en las cosas. Suponte que ella ha matado al marido y montó esta historia para cubrirse.

Edmund mostró tal gesto de sorpresa y de indignación, que Jeffrey no pudo por menor de reírse.

—¡Creí que tenías más amplio sentido del humor! Anda. Pásate a tu coche. Ya te he dicho que tengo trabajo. ¿Vas a tu casa?

—No. Me quedaré en Yarmouth. Quiero ver mañana a la señora Bennet y enterarme de lo que has podido averiguar. ¿Me avisarás?

—Naturalmente. Esto es para ti más divertido que destrozor motores. Márchate ya.

Edmund Carlisle le golpeó en la espalda y saltó a tierra. El Comisario le vio entrar en el «Jaguar» y partir con su acostumbrada velocidad. Luego se ocupó, desde el mismo coche, de que un agente marchara a la clínica para proteger el sueño de Gloria Bennet. Y encargó a otro varias gestiones.

—Averigua si el señor Herbert Bennet y su esposa han pasado unas vacaciones en Wash, si tomaron el tren de la costa para Londres ayer. Luego telefona al domicilio del matrimonio en Londres, que está anotado en mi mesa, para preguntar si él está allí o le ha visto alguien —murmuró en voz baja—. Quizá ha sido todo una disputa matrimonial. —Que un hombre registre el lugar donde ese ferroviario se ha matado, buscando un cuchillo viejo, de cortar pescado. Tiene que estar oxidado. Nada más por ahora.

El agente masculló entre dientes:

—¡Le parecerá poco, para las cuatro de la madrugada!

CAPÍTULO V

El Comisario Jeffrey Smulders pensaba en las palabras de Edmund Carlisle, mientras aguardaba, apoyado en una pared, con un cigarrillo entre los dedos, a que terminara la maniobra.

Existían momentos en que se congraciaba con su profesión. Cuando debía poner en juego la inteligencia para capturar a un asesino. Entonces Smulders parecía transformado en otro hombre. Vivía unos días abstraídos de un humor endiablado, gruñendo a sus subordinados por cualquier motivo. Siempre le parecía imposible sacar nada en limpio de cuatro detalles inconexos y dos o tres cotilleos malintencionados, que eran el principio de cada caso. Y cuando lograba desentrañar el misterio, la satisfacción le convertía en un tipo vanidoso e insoportable. Si algo le disgustaba era que le birlaran un asunto de importancia para encomendárselo a los presuntuosos figurines del Yard, que llegaban a Yarmouth dispuestos a demostrar cómo se hacían las cosas.

Por eso, teniendo en cuenta que por su carácter vivía en continua lucha, se acordaba de lo que dijera Edmund acerca de su fortuna personal. Smulders no tenía problemas económicos. Su familia era dueña de una flota pesquera de importancia y él podía dedicarse en las vacaciones a pilotar su espléndido barco. El motivo por el que se había metido en aquella polvorienta Comisaría a luchar con borrachos, marinos pendencieros y rateros de muelle, era algo que nadie en Yarmouth comprendía. Y, sin embargo, la explicación era sencilla: Jeffrey Smulders amaba su profesión, estaba convencido de que cumplía una función social de gran importancia, y sentía la emoción del cazador cuando andaba tras una presa humana.

Pero en ocasiones estaba a punto de mandar al diablo el cargo. Cuando tenía que soportar órdenes tontas.

—¡Un policía de provincia! —murmuraba ahora aspirando con

rabia el humo del cigarrillo—. Eso es lo que soy para el Yard.

Su disgusto estaba bastante justificado. Aquella noche había recibido una comunicación de Londres, urgente y secreta. Por ella se le indicaba que debía ocuparse «personalmente» y con las suficientes fuerzas a sus órdenes, de vigilar las maniobras de descarga de unas cajas que viajaban en ferrocarril a Yarmouth, para ser embarcadas en el vapor «Lomond».

Le intrigó un poco aquel alarde de cuidados para llevar unas mercancías a un barco. Supuso que se trataría de armas, explosivos o cualquier otra cosa por el estilo.

—Que muy bien podían embarcar en Londres, sin traerlas hasta Yarmouth. La cosa es complicarlo todo.

A la hora fijada llegó el tren. Una locomotora de petróleo con un solo vagón que viajaba con vía libre. Miró el reloj. No se había retrasado ni un minuto.

Tiró el cigarrillo y ordenó a sus hombres:

—Vigilad con atención por si esas cajas vuelan. Dos a cada lado del vagón. Es cosa de poco.

Un hombre descendió de la locomotora. No tenía aspecto de maquinista. Smulders se acercó. El otro saludó, llevándose la mano al sombrero.

—Inspector Bambury, del Yard. Supongo que es usted el Comisario Smulders.

—En efecto. ¿Qué traen ahí? ¿El tesoro de la Reina de Saba?

—Estoy tan enterado como usted. Van a embarcar esas cajas en un pequeño mercante que espera en el muelle Norte. Espero que podamos irnos pronto a dormir. ¿Y el camión?

—Le aseguro que no le llevo en el bolsillo —dijo Smulders.

—Muy gracioso. Aquí viene.

Un negro camión avanzaba por la explanada. Se situó junto al vagón, cuyas puertas estaban siendo corridas. Un grupo de silenciosos obreros aguardaban. Todo había sido organizado con cuidado, y al Comisario le molestó que nada fallase a última hora. El Inspector comprobó la identidad de los ocupantes del camión, y ordenó que se comenzara la carga de las cajas.

Eran quince, no muy grandes, pero sí pesadas. Estaban forradas enteramente de acero, sin lugar alguno para tener acceso al interior. Las juntas habían sido soldadas eléctricamente, convirtiéndolas en

enormes dados brillantes, sin rótulo ni indicación.

Las transportaron sin esfuerzo hasta el camión. Smulders sentía curiosidad por conocer su contenido, pero evitó el preguntar nada al Inspector. Las cajas fueron acomodadas en el camión, sin muchas dificultades. El misterioso aspecto de los envases intrigó a los cargadores. Tácitamente se mantuvieron en silencio y los manejaron con grandes precauciones, aunque nadie se lo ordenara.

El grupo desapareció con su capataz y quedaron solos los policías y los dos hombres del camión. El Inspector dijo:

—Podemos marchar. Iré en su coche, Comisario. Que otro preceda al camión. Ustedes —se dirigió a los del camión— conduzcan rápidamente pero no se les ocurra estrellarse en ningún sitio. No me gusta nada el aspecto de esas cajitas.

—Ni a mí. Voy a colocar un hombre en el estribo —dijo Smulders—. ¡Listo, muchachos! ¿Conocéis el camino?

Los otros asintieron y el convoy se puso en marcha. Delante, un coche con cuatro agentes; después el camión, llevando otro en el estribo, y detrás el Comisario y el Inspector, con otros hombres. Smulders sonreía ante tantas precauciones.

Dejaron la estación. El «Lomond» estaba anclado no muy lejos. Rodaban por uno de los muelles. Smulders vio el brillo metálico de las cajas y, sin saber por qué, le desasosegaron. Tenían un aspecto algo siniestro.

Repentinamente sintió un golpe en la cara. Un golpe suave, producido por el aire agitado con violencia. Y al instante una espantosa detonación le ensordeció. El resplandor azulado apareció por delante del camión. En un segundo pensó que la carga, la misteriosa carga se había estallado provocando una catástrofe. Aceleradamente él y el Inspector Bambury se empujaron para descender, mientras el conductor del coche que les llevaba maniobraba con habilidad tratando de evitar la colisión con la parte posterior del camión.

Smulders no esperó a su colega londinense. Había tenido tiempo de advertir que el camión y su carga se encontraban en buen estado. La explosión se produjo delante del vehículo. Un olor intenso a pólvora y gasolina quemada le llegó. Y en tanto corría para dar vuelta al camión, escuchó unos gemidos apagados que hacían coro al chisporroteo de un incendio.

—¡El coche primero! —gritó Bambury alcanzándole con esfuerzo—. ¡Ha volado!

Antes de llegar vieron los restos del coche. Estaba tirado contra una fachada de ladrillo y ardía alegremente. Varios trozos aparecían desperdigados por la calle y, muy cerca del camión tropezaron con el cuerpo destrozado de uno de los policías. Smulders masculló una maldición.

—¡Cielos! ¡Los ha pulverizado! —comentó Bambury—. ¿Qué cree que ha pasado?

Smulders observó desde donde estaba el centro de la calle. Una tapa del alcantarillado había desaparecido y parte del pavimento que la rodeaba también. Se inclinó para comprobar que el agente no vivía ya. Los otros dos hombres del coche del Comisario y el que viajaba en el estribo del camión, corrieron hacia los restos del coche incendiado, para sacar los cuerpos aprisionados por las chapas, chamuscados. La fuerza de la explosión, que debió levantar el coche en el aire, mutiló horrorosamente los cadáveres. Smulders miró hacia la casa cercana, un edificio de dos plantas que tenía todas las ventanas cerradas cuidadosamente y distinguió un hilo de luz que salía a través de las contraventanas. Se dio cuenta de que no era normal. La explosión se habría oído en toda la ciudad, y los habitantes de aquella casa no se molestaban en asomarse. Ordenó:

—¡Retiraos! ¡Cubríos tras el coche!

El instinto una vez más no le engañaba. Tiró del Inspector que intentaba acercarse al camión, y que protestó airadamente.

—¡Suelte! ¡Quiero ver si...!

Recibió un empujón que le derribó al suelo. Sobre sus cabezas silbó el plomo y las detonaciones sacudieron el silencio.

Bambury se quedó inmóvil. Smulders comprendió que la segunda andanada del fusil ametrallador con que les tiraban, sería más eficaz. Sacó su pistola y apuntó a la ventana, que ahora estaba apagada, y de la cual brotaba una columna de humo blanco. Disparó y al mismo tiempo dijo a su compañero:

—¡Corra! ¡Yo le cubro!

En lugar de obedecer Bambury esgrimió también un arma. Se arrastró hacia el camión, gritando:

—¡La carga, Smulders!

El Comisario olvidó sus prevenciones por la misión Las

precauciones tomadas en Londres estaban bien justificadas. Era evidente que el contenido de las cajas interesaba a determinadas personas. Se levantó, arriesgándose a servir de blanco. Antes de que llegara al camión, y cuando Bambury estaba a mitad de camino, se produjo un golpe violento y la portalada del edificio se abrió. Entre las sombras el Comisario distinguió un grupo de gente. La ametralladora volvió a crepitar. Bambury saltó en el aire, como agitado por la cuerda de una marioneta, y cayó sobre el asfalto.

Smulders puso la rodilla en tierra. Los del coche le ayudaron en la defensa. Agotó su cargador y logró contener a los atacantes, que se limitaron a disparar desde el refugio de la puerta, pero sin salir a la calle. Cuando el percutor golpeó en el vacío, tiró el arma y sujetó al Inspector, que abrió los ojos, murmurando:

—¡El camión! ¡Que no se lleven las cajas!

Se llevó la mano al pecho. Smulders gritó a los tres policías que esperaban en el coche.

—¡Disparad! ¡Han herido al Inspector!

Le cargó sobre sus hombros y le llevó a la carrera hasta el automóvil. No comprendía bien aquel ataque violento, realizado del modo más brutal y audaz, y que había producido varias víctimas. No eran los métodos corrientes de los delincuentes, aunque tampoco era corriente aquel asunto de las cajas de acero. Dejó a Bambury sobre el asiento. Se había desmayado.

—¡Quieren capturar el camión! —dijo uno de los agentes mirando al grupo de atacantes que corría por la calle, buscando refugio.

Smulders vio cómo uno de los conductores saltaba a tierra. No logró separarse mucho de su vehículo, pues el hombre que manejaba la ametralladora desde la puerta, le derribó sin mucho esfuerzo. El Comisario se dirigió hacia la abierta portezuela. Lo hizo en línea recta y los intentos del escondido tirador para cortarle el paso fueron vanos debido a la rapidez con que el Comisario se movió. Llegó al camión justamente al mismo tiempo que dos individuos, a los que pudo ver mejor. Tenían el aire decidido y la mirada brutal. Mientras con la ametralladora mantenían quietos a los policías del coche, Smulders y los otros dos pistoleros se enfrentaron. El Comisario disparó su puño hacia el primero, intentando evitar que le baleara a quemarropa. El disparo se

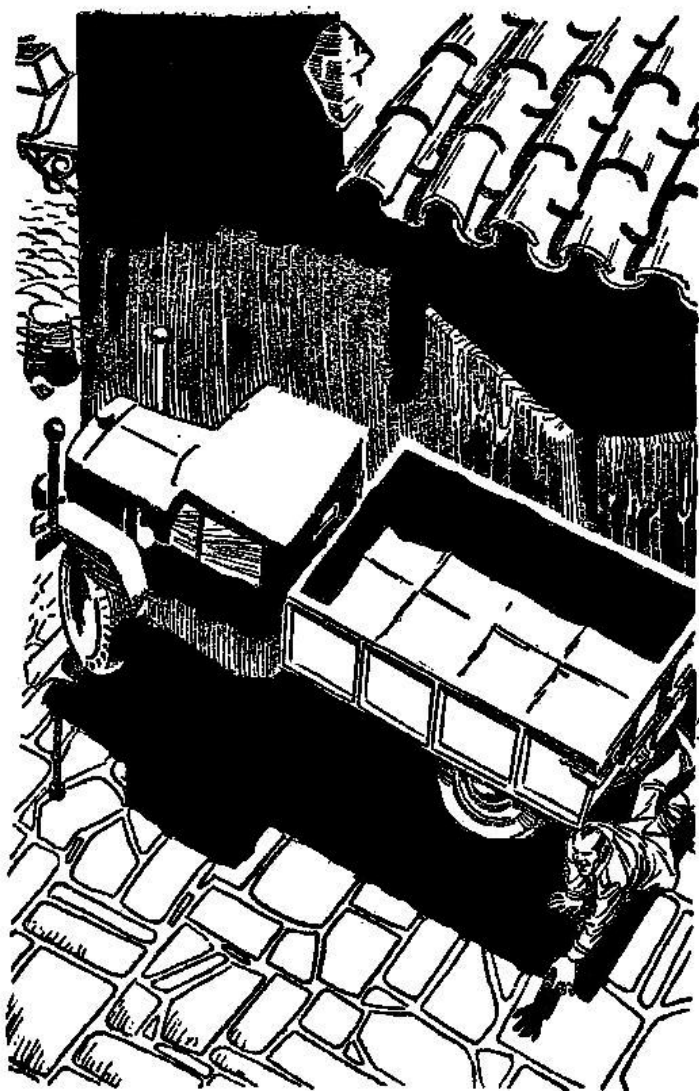
produjo, pero sin eficacia. El brazo largo y delgado de Smulders apretó el hombre y sus dedos fuertes le oprimieron, hasta hacerle soltar la pistola. Un golpe seco y lo dejó inconsciente, en tanto el otro buscaba el modo de herir al policía sin peligro para su amigo.

—¡Apártate! —gritaba furioso, perdiendo la paciencia.

Smulders se protegió con el cuerpo de su prisionero, al que mantenía bien apretado. Entonces oyó pasos a su espalda. No consiguió volverse con la suficiente celeridad y un culatazo en la cabeza le derribó junto al camión. El que llegaba apuntó al caído e hizo fuego rabiosamente.

Smulders no perdió el conocimiento al recibir el primer golpe. Por eso rodó al mismo tiempo que se producía el disparo, y la bala se hundió en el asfalto. Esperó el segundo disparo, que no podía fallar, pero le oyó más apartado. Hubo un grito y un golpe pesado. Acababan de tirar al suelo al otro conductor, después de meterle un proyectil en la cabeza.

Después, todo sucedió tan vertiginosamente, que el Comisario, al recordarlo más tarde, no pudo concretar detalles. El motor del camión empezó a gruñir y los pistoleros saltaron al asiento. Antes uno miró al Comisario, y le empujó con el pie, colocándole justamente ante las gruesas ruedas dobles. Y al instante el vehículo se puso en marcha.



Y al instante el vehículo se puso en marcha.

Smulders tuvo el tiempo justo para arrastrarse y quedar bajo la caja del camión. Así y todo una de las ruedas le llevó parte de la gabardina. El camión se alejó, sorteando el boquete de la calle, para seguir por el muelle, a toda velocidad. Smulders se incorporó de un salto y empezó a gritar a sus hombres. Pudo ver cómo al pasar junto

a la casa dos sombras saltaban al estribo del camión y una última ráfaga de ametralladora mantenía en su refugio a los policías.

Cuando el coche de la policía se puso al lado del Comisario, éste parecía medio loco. Apremió a sus hombres:

—¡Rápido! ¡Hay que alcanzarles!

Pero los agentes intentaron convencerle de que el Inspector necesitaba cuidados. Afortunadamente, llegó otro coche de policías y Smulders les encomendó la misión de seguir al camión, con orden de no disparar sobre la caja ni sobre los neumáticos.

—¡Si al menos supiera qué contienen esas cajas! —se lamentó el Comisario.

Bambury se quejaba tenuemente. Dijo en voz baja, cuando el Comisario le examinó:

—Avisé a Londres, al Yard. Dígales lo que ha ocurrido. ¡No se ocupe de mí ahora!

Smulders hizo una seña a sus hombres para que se llevaran al herido. Estaba furioso por la derrota. Uno de sus oficiales se encargó de telefonar al Yard, y él se dedicó a examinar el lugar del ataque. No tardó en suponer cómo había ocurrido. Colocaron un potente explosivo bajo la tapa de la alcantarilla y llevaron el hilo para el contacto eléctrico hasta la casa próxima, seguramente por uno de los tubos de desagüe. En el momento en que pasaba el primer coche oprimieron el contacto, y listo.

Acompañado de dos hombres, mientras la ambulancia se hacía cargo de los cadáveres y un cordón contenía a los curiosos que empezaban a llegar, entró en la casa. El foco de su linterna encontró enseguida algo interesante. Los atacantes habían dejado una víctima. Echado boca abajo aparecía un joven despeinado. A su lado, cerca de la mano, la gran pistola que soltó al caer herido.

—Espero que así el disgusto de los jefes no sea tan considerable. ¡Vaya una noche para la policía de Yarmouth! ¡Nos dejan la plantilla desmantelada y nos llevan el camión de delante de las narices!

Ordenó que le alumbraran y volvió al cadáver. Tenía una herida en el pecho, de la que había brotado poca sangre. Era un tipo joven, muy alto y de buen aspecto. Sacó su cartera y miró por encima los papeles. Casi saltó al leer el nombre que aparecía en una tarjeta de identidad y en la factura de un hotel de Wash: Herbert Bennet.

Volvió a mirar el rostro del cadáver. Murmuró:

—¡Caramba! ¿Así que esto era lo que ocupaba al esposo de esa joven? ¡Vaya sorpresa para Edmund Carlisle!

CAPÍTULO VI

Ya amanecía cuando Jeffrey Smulders pudo sentarse un momento y tomar un poco de café, que constituía su debilidad.

—Nuestro país terminará en la última fila a causa de los millares de litros de té que se consumen en las Islas. El té no está de acuerdo con la vida moderna. Necesitamos un estimulante. Cada vez que veo beber ese líquido insípido a la gente, me siento revolucionario — solía decir para escandalizar a los amantes de la tradición.

Acababa de preguntar por el Inspector Bambury. En medio de tantas calamidades, al menos el hombre del Yard sólo tenía una herida leve, que no interesaba órganos de importancia. No cesaba de pedir detalles sobre el camión. Smulders se los dio por teléfono.

—Ha sido encontrado en los «Rows», metido en una de esas callejas de medio metro de anchura —aclaró el Comisario—. Como es natural, ni rastro de las cajas. Yarmouth y sus condenados alrededores son el lugar ideal para esconder una cosa así. Cerca del río. Quizá lo hayan embarcado en una motora, pero aunque están a estas horas registrando los canales, es tarea difícil. ¡Más de doscientas millas navegables!

Con las primeras luces llegó un enviado de Londres. Uno de los cerebros más famosos de Scotland Yard. Un avión de dos plazas le dejó en la costa y se presentó en la oficina del Comisario velozmente. Smulders le dio cuenta de todo. Siguiendo órdenes que le comunicaron desde la capital por teléfono, había ordenado bloquear todas las carreteras y todos los embarcaderos de la costa se vigilaban. El volumen de las cajas no hacía fácil el sacarlas clandestinamente del país.

—Es cuanto puede hacerse, desde luego —reconoció el enviado—. No quiera usted saber cómo están los jefes. La desaparición de esas cajas ha caído como una bomba. Le deseo suerte en su tarea, pues las dimisiones de todas clases van a estar a la orden del día.

—Puede revisar si lo desea las disposiciones que se han tomado. Supongo que el secreto que envuelve el contenido de los envases será necesario, pero algo más de confianza en la gente quizá hubiera evitado esto.

Smulders no ocultaba su despecho.

—Creo que ni ellos lo saben. Es cosa del Alto Mando Militar —contestó el otro—. Voy a ver a Bambury. Si tiene alguna noticia llámeme a la clínica. Los jefes desean hablar con usted. Podemos ir a Londres por la tarde.

—Perfectamente.

Quedó solo en el despacho. Como no podía demorarlo más, y Edmund iba a llegar de un momento a otro, prefirió llamarle antes para que no le acusara de mal amigo. Aunque se había silenciado todo lo posible el suceso, en Yarmouth la gente hacía comentarios sobre lo ocurrido cerca del muelle. Tomó el teléfono y marcó el número del hotel donde el joven solía alojarse. Se encontró con la sorpresa de que no estaba en su habitación. Cuando colgaba, el propio Edmund Carlisle entraba en el despacho.

—He estado en la clínica a ver a Gloria. Ese idiota que has puesto de guardia no me ha dejado entrar.

—Y ha hecho muy bien. Siéntate y sujétate a la butaca. Hemos encontrado a Herbert. Bueno, debería decir que Herbert Bennet nos ha encontrado a nosotros.

—¿Herbert Bennet? —Edmund se levantó de un salto—. ¿Dónde está? ¡Es lo que Gloria necesita para olvidar lo de anoche!

—Si tienes empeño, puedes verle. Ven.

Smulders se levantó y salió del despacho, seguido de su amigo. Edmund, bastante intrigado, demandó una explicación, que no recibió. Al final del corredor el Comisario empujó una puerta y pasó a un cuarto blanco, con paredes de azulejos. Sobre las tablas de mármol reposaban varios cadáveres. En aquellos momentos estaban trasladando los de los policías a un salón para instalar la capilla ardiente. Edmund se asombró, aunque pronto comprendió. Bastante impresionado se acercó a su amigo, que levantaba un paño blanco, mostrándole el rostro demacrado y casi infantil de un hombre.

—Aquí le tienes. ¿Sabes lo que significa esto? Tu admirada rubita está libre.

Edmund sabía que su amigo gozaba en parecer más cínico de lo

que era, y no le dio la satisfacción de indignarse.

—¿Cómo ha sido? ¿Quién le mató?

—Quizá yo mismo. No lo sé. Se cruzaron muchos disparos. Si puedo contar con tu discreción, te contaré lo sucedido. Vámonos de aquí.

Edmund se apresuró a salir. Le impresionaba el recinto. En el despacho del Comisario escuchó la narración.

—¡Pobre Gloria! Ella estaba convencida de que su esposo era un ángel —comentó—. Será preferible esperar para darle la noticia. Es curioso pensar que si no le hubieran alcanzado las balas seguiríamos ignorando su doble personalidad. Habría vuelto con ella contando cualquier fantasía, y continuaría engañando a todo el mundo. ¿A qué clase de banda criminal pertenecía?

—Lo ignoro. Pero de las buenas. Es decir, de las malas —rectificó Smulders—. Voy a dar orden al chico de la clínica para que te deje entrar en la habitación de Gloria. Si está bien sácala de allí y procura que se vaya a Londres, con su familia. Es lo que puedo hacer por ella. Si los hombres del Yard le echan el guante la volverán loca a preguntas y no la tratarán con mucha consideración. Me expongo a un disgusto, pero creo que está al margen.

—Muchas gracias, Jeffrey. A veces pareces una persona.

El Comisario no le dijo que lo que deseaba era apartarla para que no estorbara su trabajo. Le vio salir y al instante se agarró al teléfono llamando al despacho del forense.

—¿Qué pasa de esos informes, doctor? —Escuchó, jugueteando con el lapicero—. Bien. Mándemelo.

Le esperaba una buena sorpresa. El forense subió en persona a entregarle el resultado de sus investigaciones. Le tendió un papel y dejó caer sobre la mesa una bala achatada.

—Ahí lo tiene. Ese hombre murió a las nueve de la noche. Para no ser pedantes diremos entre las nueve y nueve y media. Según mis datos, la batalla con la policía la sostuvieron después de las cuatro de la mañana. Y fíjese en la bala.

—Muy curioso. No es el calibre de nuestras pistolas. Resulta interesante. Debí darme cuenta de que la sangre que manchaba su ropa estaba demasiado coagulada —dijo Smulders pensativo.

—¿Significa algo para usted todo esto? —preguntó el doctor

curioso.

—Sí. La participación de Bennet en el asalto queda ahora descartada. Le mataron a las nueve de la noche. De cómplice se ha convertido en víctima.

Cuando el médico se marchó, estuvo dudando en llamar a Edmund para decirle lo que sucedía. Prefirió no hacerlo de momento.

Gloria Bennet contemplaba el techo de la habitación. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto, a pesar de que no era propicia a recurrir al llanto para aliviar sus penas o para conmover a los demás. Sin embargo, al despertar en aquella habitación extraña, lejos de su casa y lejos de Herbert, no, pudo evitar que las lágrimas inundaran sus ojos.

Entró una enfermera a interesarse por ella. Se encontraba bien físicamente y así se lo dijo. Lo otro no podía interesarle a la enfermera.

—Voy a levantarme. Haga el favor de darme mi ropa. ¿Hay inconveniente?

—Ninguno. Antes vino un joven a preguntar por usted, pero el policía no le permitió entrar. Es el señor Carlisle...

Gloria pensó en Edmund Carlisle. Primero le creía un conquistador sin escrúpulos, pero ya confiaba en él. Su compañía le infundía confianza.

Cuando terminaba de arreglarse, volvió a entrar la enfermera. Sonreía amablemente.

—Está aquí. Ha vuelto.

—¿Quién ha vuelto?

—¡Oh! ¡El señor Carlisle! Todas las muchachas de Yarmouth están un poco enamoradas de él.

Gloria supuso que la propia enfermera se encontraba entre la legión de admiradoras de Edmund. ¿Se debió a eso el cuidado que puso en ordenar su cabello? No podía contestar a aquella pregunta. Pero al abrir la puerta de la habitación sonreía cómo hacía ya bastantes horas no había sonreído.

Edmund la encontró seductora. El descanso volvió al rostro de la joven todo su encanto. Ella le invitó a pasar.

—El Comisario ha retirado su ogro. Eso quiere decir que ya no corre peligro, señora Bennet —dijo Edmund un tanto confuso.

Temía que se le notara la mala noticia, denunciarse sin poder impedirlo—. ¿Qué tal si la llevo en el coche a su casa? Son nada más un par de horas. Podemos detenernos en Cambridge a tomar algo.

Gloria, con intuición femenina, adivinó. Mostrando una extraña calma, aseguró:

—Usted sabe algo de Herbert. Algo malo.

—¿Yo? He venido derecho desde el hotel. No he hablado con nadie...

Había enrojecido y rehuía la mirada de los ojos azules de la muchacha. Ella dijo con firmeza:

—Ha muerto. Hace tiempo que lo sospechaba, pero su actitud me lo confirma. Ha muerto.

Edmund no negó. Su silencio era toda una confesión. Intentó consolarla.

—¡Pobre chiquilla! Pronto olvidará todo.

—No lo olvidaré —Gloria se volvió de espaldas, acercándose a la ventana. Sentía deseos de llorar, pero no podía hacerlo. Se admiraba de su calma. La figura de Herbert se esfumaba por momentos en su imaginación. Miró al jardín del sanatorio, haciendo esfuerzos para recordar la simpatía y la bondad de Herbert. Repitió —: No le olvidaré.

Advertía a su espalda la presencia de Edmund Carlisle. Y trató de llorar, de demostrar dolor por la pérdida de su esposo, al que realmente quería. Pero inexplicablemente no acudían a su memoria los muchos momentos felices vividos con Herbert, ni sus atenciones, ni sus virtudes. Estaba reviviendo únicamente una escena de hacía tres o cuatro días. Pasaban la jornada en Wash. Herbert mostró mucho entusiasmo ante la idea de alquilar un velero para recorrer el golfo.

—Podemos llegar hasta Skagnnes. Otras veces lo he hecho. Es un paseo delicioso. ¿Nunca te he dicho que patroneo a maravilla?

—No. Pero lo supongo. ¿Qué es lo que tú no haces a maravilla? —rió Gloria contenta.

Salieron del hotel cogidos por la cintura. Una pareja deliciosa, pensaban cuántos les veían. Herbert estaba espléndido con su pantalón de franela gris y un jersey de alto cuello, de color amarillo. Llevaba visera de «yachman». Como siempre que proponía

algo, ya lo había preparado previamente y tenía alquilado el barco. Saltó a él ágilmente, como si toda la vida hubiera estado haciendo lo mismo. El dueño del barco dijo:

—Hay un poco de marejadilla. No salgan del golfo. ¿Quiere que les acompañe?

—El sitio está algo escaso. ¿No cree? Si le interesa mi opinión sobre su barco se la diré al regreso. Parece muy marinero. ¿Va bien lastrado?

El hombre se entusiasmó ante la pericia de Herbert, que soltó las cuerdas con dedos hábiles, desatando la vela. La elevó en un momento, y antes de que empezara a rizarse la colocó a babor, indicando a Gloria:

—Sujeta el timón, Gloria. Hay buen viento. Será un paseo delicioso.

El dueño soltó la amarra y el barco se separó del embarcadero, impulsado por la suave brisa. Herbert, de pie junto al palo, sonreía contento. Gloria sentíase llena de orgullo mirando a su marido, que parecía la imagen perfecta del deportista.

El barco se inclinaba a veces peligrosamente, pero Herbert, dejándose caer sobre la borda, lo volvía a su posición normal.

—¡No hagas eso, Herbert! ¡Me pones nerviosa!

—¡Descuida! ¡No tengo ganas de darme un chapuzón! ¡Debe estar el agua muy fría!

Reía contento. En pocos minutos dejaron lejos los muelles y fueron acercándose a la salida del golfo, entre los dos cabos que le sirven de entrada. El agua se agitaba más y el barco cabeceaba peligrosamente.

—Volvamos ya, Herbert. Acuérdate de lo que dijo ese hombre.

—No te preocupes. Nos tomó por novatos. Llegaremos hasta Skagness, como te dije. Es un lugar muy bonito.

Gloria no insistió, pero fue poco a poco intranquilizándose. Herbert mantenía su «pose» y hablaba sin cesar de planes para las próximas vacaciones.

Repentinamente una racha de viento rizó la vela, que se estremeció, pérdida su tersura. Herbert saltó a la popa para cambiarla y el madero rozó la cabeza de Gloria, no golpeándola de milagro. La joven palideció y mucho más cuando se dio cuenta que su marido había perdido el control del barco.

—¡Vamos a volcar! ¡Regresa!

Herbert golpeó su gorra, que cayó al agua. Intentó recuperarla y al soltar la vela, ésta dio una vuelta completa, con lo que el casco quedó tendido de costado, con la quilla asomando. Gloria, sujeta a la barra del timón, buscó a Herbert. Estaba nadando a un par de metros y la corriente arrastraba al barco hacia las rocas. Fue un momento de pánico. Herbert nadaba bien, pero carecía de coraje.

—¡No temas, Herbert! —le gritó.

Pudo coger el extremo de la cuerda y volver la vela a su posición normal, con lo que el barco recobró la estabilidad. Amarró el timón tratando de mantener el rumbo apartado de los bajos de la costa. Ya la distancia que la separaba de Herbert era mayor. Tomó un rollo de cuerda y anudó bien el extremo a la bancada. Enrollándola a su cintura se arrojó al agua.

Estuvo nadando un buen rato hasta que Herbert la alcanzó. El joven respiraba aguadamente. Se asió a la cuerda que ella le tendía y al hacerlo se hundió, para salir al instante manoteando desesperado. Las manos del hombre se sujetaron a Gloria, apretándola con fuerza. Ella comprendió que en su angustia Herbert iba a ahogarla.

—¡Por Dios, Herbert! ¡Suéltame! ¡Déjate llevar por la cuerda! Voy a volver al barco.

Él, con los ojos cerrados, se agarró a ella decididamente. Gloria luchó, incluso golpeándole, hasta que logró separarse. Le amarró la cuerda y ayudándose por ella volvió al barco. Una vez que estuvo sobre la cubierta acercó a Herbert, tirando del cabo, hasta hacerle subir.

El joven esperó un rato hasta que volvió a tranquilizarse. Gloria, que le conocía, sabía que estaba avergonzado. Pero le duró poco. Ninguno de los dos habló del incidente y de la poca valerosa actitud de él. Se puso en pie, corrigiendo el rumbo para volver al puerto. Hizo un ademán característico en él, que quería decir: «¡Fuera preocupaciones!», y empezó a canturrear.

—¡No creí que fuera tan complicado manejar este cacharro!

—Confiesa que es la primera vez que lo haces, Herbert.

—¡Pues claro! Si te digo que no tenía ni idea de lo que era una vela, no habrías querido venir. ¿No es así?

Ella se mantuvo en silencio. Tenía frío y sentía también frío en

el corazón. Pero Herbert, con su buen humor y con su simpatía, la hicieron olvidarlo pronto. Además, ella estaba realmente enamorada del joven.

Ahora, cuando sabía que había muerto, era ese Herbert el que recordaba. Reconocía que no era justa, que él tenía virtudes y merecía que se le tuvieran en cuenta. Pero sólo podía verle sujetándose desesperado a la vida, sin pensar en nada que no fuera él mismo.

—Es preferible que no piense tanto, señora —dijo Edmund Carlisle, interrumpiendo sus reflexiones.

—Deje de tratarme como a una niña. ¿Qué sabe de su muerte?

—Nada. Un suceso desgraciado.

—Un asesinato. El hombre del andén le ha matado. Yo le encontraré.

Lo dijo con tanta decisión, que Edmund se admiró.

—¿Quiere decir que se queda en Yarmouth?

—De momento, sí.

—Yo también.

Se miraron. Una mirada rápida, puesto que los dos apartaron al momento la cara, pero que decía muchas cosas.

CAPÍTULO VII

Gloria Bennet estableció su cuartel general en la casa de la señora Watinhus. Se convirtió en una pesadilla para el Comisario Smulders, quien la admiraba profundamente por su valor y su entereza, pero no creía oportuno hacerle llegar ningún informe.

Aquella misma tarde el Comisario salió para Londres en el avión que trajo al hombre del Yard. En el severo edificio que cobija a la organización policíaca más famosa del mundo, Jeffrey Smulders se sentía siempre sobrecogido. Y en esta ocasión, en que sólo esperaba recibir críticas, mucho más. Decidió mostrarse arisco y no doblegarse. El hecho de que pudiera prescindir del sueldo y le tuviera sin cuidado la pensión, le daba una seguridad moral estupenda para aquellos casos.

Acompañado de su colega, entró en el despacho en que iba a tener lugar la reunión, puesto que se trataba de una reunión. Y, al parecer, de importancia. Les hicieron esperar solamente unos minutos hasta que un agente de uniforme abrió la puerta para dar paso a un grupo.

Smulders conocía al señor Maidstone, uno de los jefes de mayor importancia del Yard, que nunca figuraba en las informaciones de los periódicos ni se ocupaba directamente de los casos criminales. En realidad, el señor Maidstone dirigía la sección social del Yard. Cada vez que se anunciaba la visita de algún personaje famoso debía poner al trabajo a sus agentes especializados. De ningún modo el Comisario supuso qué relación tendría con el asunto de Yarmouth.

Le acompañaban seis individuos de diversas edades y aspectos. Dos con uniforme militar y los otros cuatro de inconfundible aire intelectual. No hubo presentaciones. Maidstone ocupó un asiento tras la mesa y señaló las butacas a los demás.

—Procure que la puerta esté bien cerrada —indicó al empleado

del Yard—. Aunque aquí no suelen cometerse indiscreciones, es preciso extremar las precauciones. El señor Smulders, jefe de la policía de Yarmouth, puede darles detalles del lamentable suceso de anoche.

El principio prometía poco para el Comisario. Contestó a cuantas preguntas le hicieron todos los presentes. Por las preguntas intentó averiguar algo, pero no le fue posible. Se atrevió a decir, para atajar las censuras:

—No estuvimos demasiado hábiles, pero quiero hacer notar que el ignorar la importancia del cargamento nos restó eficacia. Mis hombres no actuaron con excesivo interés. Estimaron que se trataba de una misión rutinaria y nada hacía suponer el peligro.

Maidstone miró a los seis desconocidos. Luego se volvió a Smulders.

—Ya sé que nos creará injustos, pero no era posible hacer otra cosa. Sólo hay ocho personas que conocen el contenido de esas cajas. El jefe Superior del Departamento de Seguridad Nacional, estos seis señores, y yo. En las circunstancias actuales creo conveniente hacerles a ustedes partícipes del secreto. Estoy convencido de que no necesito encarecerles la más absoluta reserva. Si llegara a conocimiento del público que esas cajas y lo que esconden en su interior, están en manos de gente sin escrúpulos, se producía el pánico del siglo. El Coronel Thurrok, que en realidad lleva el mando del asunto, puede ponerles en antecedentes.

Uno de los militares se levantó. Miró por un instante la punta de sus bien encerados zapatos. Luego carraspeó, y al fin empezó a hablar.

—Estos señores y yo nos reunimos durante la guerra para trabajar en un proyecto secreto de interés militar. Creo que no heriré su modestia al decir que se trata de los primeros bacteriólogos y químicos del país. Profesor Freeman, profesor McCray, doctor Seymour, señor Bluett, capitán Radeck —les señaló con ademán rápido, mientras los presentados inclinaban la cabeza—. Yo actuaba únicamente de coordinador. No tengo talla científica para ponerme a su altura. Bien. Es preciso no perder tiempo. Baste decir que cuando terminó la guerra nuestro grupo, que trabajaba en un pequeño laboratorio de Denhan, en los alrededores de la ciudad, había obtenido el más mortal y fantástico producto. Un líquido

capaz de destruir todo rastro de vida orgánica, capaz de aniquilar un país en pocas horas. ¿Se dan cuenta? Inglaterra no proyectaba emplear ese tipo de guerra, pero debíamos prevenirnos por si el enemigo la iniciaba, y sabíamos que trabajaba en ello. Los experimentos, realizados personalmente por nosotros seis, resultaron sobrecogedores. Unos gramos de la materia obtenida bastaban para hacer estéril un terreno durante varios cientos de años, contaminar las aguas por el mismo espacio de tiempo, y finalmente, terminar con cuántos seres vivos se pusieran a su alcance. Además, la extensión del fenómeno era poco menos que incontrolable. Ustedes conocen todo cuanto se ha escrito sobre la energía nuclear. El contenido de las cajas que han desaparecido, no puede hacer explosión, no hay peligro de que volatilice nada. Sin embargo, me atrevo a asegurar que es suficiente para convertir a la tierra en un mundo muerto, con más eficacia y, menos espectacularmente, que varias bombas de hidrógeno.

Se detuvo. Smulders y el oficial del Yard habían palidecido. El Comisario tragó saliva. Dijo:

—No comprendo por qué se trasladaron a Yarmouth con tanta despreocupación...

—Fue una cuestión muy debatida —contestó Maidstone—. En principio se pensó en embarcarlas en Londres, con gran alarde de fuerzas. Pero el Jefe de Seguridad temió que se despertara el interés y se averiguara el secreto. Era preciso evitar el pánico a toda costa. Y no teniendo nadie más que nosotros ocho conocimiento del asunto, el peligro era remoto.

—¿Cuál es la razón de embarcarlo?

—Muy sencilla. Hace varios años que pensamos en el modo de destruir nuestra propia obra —aclaró Thurrok—. Almacenado en el laboratorio constituye un riesgo. Estos señores trataron de lograr experimentalmente la transformación del producto para hacerle inofensivo. Es preciso admitir que el éxito que les acompañó al fabricarlos, les rehúye ahora. Han tenido que reconocer que «Escorpión» es prácticamente indestructible.

—Puede decirse, Coronel, que los tratamientos a que le sometimos le han hecho más mortífero —apuntó el profesor McCray.

—En efecto. Dada la naturaleza de «Escorpión», no puede

quemarse. No puede enterrarse, pues destruiría la vida vegetal de la isla, no puede arrojarse al mar, pues el agua, al bañar las costas, llevaría la muerte. Después de muchas consultas y reuniones, dimos con la única solución. El líquido se envasó en cubos de plomo de un par de pulgadas de grueso. Luego se forraron de chapa de acero soldada eléctricamente, sometiendo antes el acero a un tratamiento anticorrosivo inventado por el profesor Freeman. De ese modo «Escorpión», quedará encerrado durante muchos años. Los suficientes para que pierda su poder. Se dispuso todo para embarcar las cajas y llevarlas al Golfo de Méjico, donde las profundidades submarinas pasan de los diez mil metros. El Capitán las arrojaría bien lastradas a lo más profundo del océano, donde ni la navegación ni las mareas puedan sacarlas a flote. Como es natural ni el capitán ni nadie sabría de qué se trataba. Es preciso evitar los sensacionalismos.

—Desde luego, resulta una historia asombrosa —comentó Smulders poniéndose en pie—. Y conociéndola, comprendo menos que nunca qué interés ha movido a los que se han llevado las cajas. Tal como ustedes lo describen no tiene utilidad, salvo en una guerra de los mundos. Nadie es tan loco que desee destruir el propio planeta en que vive.

—No. Pero la posesión de «Escorpión» hace terriblemente poderoso a quién la disfrute. En ínfimas cantidades el líquido es un arma terrible en manos de saboteadores y revolucionarios. Tal como está el mundo, enredado en mil disputas, una organización de espionaje que cuente con «Escorpión» puede ponerse al servicio de quien mejor pague. Nosotros mismos sufriríamos las consecuencias. Un hombre llevando unos gramos de «Escorpión» es capaz de destruir en unos minutos la más poderosa industria de guerra, o una armada, o toda una flota aérea, aniquilando a sus hombres...

—Ahora comprenderán que las cajas no deben salir del país. Incluso somos responsables de la utilización de ese líquido —opinó Maidstone—. El mundo nos hará responsables de lo que ocurra. Creo que no han logrado llevarlo aún. La vigilancia en todos los barcos y aviones que abandonan el país, es severa. Y no pueden, sin contar con una instalación prácticamente imposible de improvisar, cambiarlo de envase o fraccionarlo. Mi idea es que continúan en su demarcación, Comisario.

—Comprendo —Smulders se levantó—. Eso quiere decir que me tocó la suerte.

—Puede disponer de toda la fuerza que necesite. Y asesoramiento. Creo que es preferible que usted lleve el caso por ahora, como mejor conocedor de la región. Investigue en la casa de donde partió el ataque. Haga averiguaciones sobre el hombre muerto, ese Herbert Bennet. Conozco su teoría de que fue muerto por los criminales. Pero sea como sea estaba en relación con ellos. Y no olvide a «Escorpión». Nosotros, utilizando los servicios del Servicio de Inteligencia y nuestros mejores hombres, trataremos de conocer de dónde ha partido la filtración que ha permitido que tuvieran la información completa de nuestros movimientos. Serán dos caminos distintos con un mismo final.

La reunión terminaba. Smulders saludó a los siete preocupados individuos, y salió con su acompañante, que quedaba convertido en colaborador directo.

—¡Estos científicos no dan una! —dijo a media voz recorriendo el largo pasillo—. Se pasan la vida inventando barbaridades y después no tienen suficiente tiempo para lamentarlo. No lo entiendo.

—Pienso como usted. Resulta que hay un montón de cosas útiles en que podían ocuparse, y lo dedican a amargarnos la vida. ¿Qué le parece esa guerra que nos preparaban?

—Como para desertar a Marte.

El coche les llevó al aeropuerto de Heston. Los dos iban silenciosos. Jeffrey Smulders se lamentaba de su mala suerte. Un caso lamentable. Si fracasaba era el final de su carrera. Y si triunfaba, un triunfo anónimo. Y el Comisario Smulders, policía por afición, no era amigo de los triunfos anónimos.

Edmund Carlisle paseaba por el saloncito anticuado de la señora Wantinhus, quien de vez en cuando asomaba su cabeza orlada de bigudíes por la puerta del despachito para lanzarle miradas curiosas. El joven Carlisle significaba mucho en la vida de aquella zona costera para que sus actividades no merecieran la atención de persona tan curiosa como la señora Watinhus.

Al fin, Gloria Bennet, más esbelta y linda con su trajecito negro, descendió de la habitación. Edmund la tomó por el brazo y la condujo a una butaca.

Era la tarde del mismo día en que la mujer abandonara la clínica. La ciudad entera estaba intrigada por el gran despliegue de fuerzas que rodeaban al centro urbano. En cada canal del Broads una lancha de la policía patrullaba. Se registraban todos los vehículos y aunque el tiempo en el Canal parecía espléndido, un aviso de las autoridades del puerto prohibió la salida de las embarcaciones de recreo «debido al peligro para la navegación».

—¿Más animada? —preguntó Edmund mirándola con una triste sonrisa.

—Sí. Llevo toda la tarde pensando en lo de Herbert. Es absurdo lo que le ha ocurrido. Tiene que existir un motivo —levantó los ojos para contemplar al joven—. Quiero pedirle una cosa. No continúe en Yarmouth. No puedo tolerar que pierda el tiempo por ayudarme...

—El tiempo es lo que me sobra. Y me parece que hasta ahora le he perdido. Escuche, Gloria. He pensado en su asunto. Tiene que recordar. Algún detalle que olvida y que puede dar la clave del asunto. ¿No pronunció su marido el nombre del amigo en la estación? Trate de revivir la escena.

—No. Estoy segura de sus palabras. Sólo dijo que era un compañero de Universidad. Bromeamos sobre ello. Y no logré verle el rostro. Estaba de espaldas a mí, hablando con el ferroviario. No se volvió cuando Herbert se unió a ellos...

—Si yo pudiera hacer una investigación a fondo... Smulders es demasiado incrédulo. Pero forzosamente alguien tuvo que ver a Herbert, además de su amigo. Alguien se fijaría un momento en el grupo. Procure recordar. ¿No tenían cerca a nadie más?

Gloria apretó las manos, tratando de concentrarse. La verdad era que la celeridad de los últimos acontecimientos la habían impedido reconstruir la escena como ahora lo hacía. Volvió a tener ante los ojos el andén lleno de gente. Vio a Herbert avanzando despreocupadamente. Resultaba curioso cómo podía rememorar. Lanzó un grito:

—¡Oh, Edmund! ¡Una mujer! ¡Había una mujer a su lado!

El joven la tomó en sus brazos. Ella le abrazó, sin darse cuenta de lo que hacía. Pasó las manos alrededor de su cuello. Edmund aspiró el aroma suave de sus cabellos y la sintió temblar. Al advertir su silencio, Gloria enrojeció. Se separó con brusquedad. Estuvieron

unos segundos mirándose en silencio, hasta que Carlisle sonrió, y sin aludir al pequeño incidente, dijo:

—Estaba diciendo que había una mujer, Gloria. Continúe. Puede ser de interés.

—Sí. Una mujer con un gran sombrero negro. La recuerdo perfectamente. Debí fijarme en el sombrero y lo olvidé hasta ahora. Hasta creo que prestó atención al grupo de Herbert. Desde donde estaba tenía que ver al amigo de mi marido. ¡Sí! ¡Ella puede describirle!

—No se haga ilusiones. En esta época hay mucha gente forastera en Yarmouth. Quizá fuera de paso para Londres. Procure describírmela.

Ella no podía hacerlo, salvo en el detalle del sombrero y que era alta. Pero los dos se entusiasmaron, pues al menos suponía una ligera pista para llegar a descifrar el enigma. Gloria propuso:

—Puede publicarse un anuncio por la emisora local, y en el periódico de mañana. Ayúdeme a redactarlo.

Se sentaron ante una mesita y Edmund sacó su libreta y la pluma. Discutieron la redacción más conveniente y al fin acordaron el siguiente anuncio:

«Para asunto de importancia se desea hablar con señora que lucía un sombrero negro en el andén de la estación del ferrocarril, al paso del tren para Londres del día 12. Casa de la señora Watinhus, calle de Nortford. Preguntar por señora Warr».

—Es mi apellido de soltera —aclaró Gloria—. Estoy convencida de que la curiosidad podrá más que la prudencia. Yo no resistiré a ella. Me pondría en contacto con el anunciante inmediatamente.

—Esperemos entonces que la señora del sombrero negro sea tan curiosa como usted —Edmund sonrió—. Y ya sé que la curiosidad es una de las primeras virtudes femeninas.

—La curiosidad es una virtud siempre. ¿Qué otra cosa que el afán de meter la nariz en lo más escondido de la Naturaleza, ha inspirado todas las maravillosas invenciones? —Gloria parecía contenta, la esperanza le daba ánimos.

—Un hurra entonces por la curiosidad. Voy a llevar el anuncio

al periódico y a la emisora. Después, si no le parece mal, regresaré para llevarla a comer por ahí. ¿Qué tal unos arenques en la más típica taberna del «Rows»?

El rostro de la joven se ensombreció. Recordaba la última conversación sostenida con Herbert, en la cual los arenques ahumados fueron principales protagonistas. Miró al arrogante y seguro Edmund Carlisle. Denegó con la cabeza:

—Lo siento. Haga sus planes solo.

CAPÍTULO VIII

El aviso de la señora Warr, más conocida por Gloria Bennet, lo dio la estación de radio en el programa de aquella misma tarde. Edmund, que flotaba en un mar de dudas respecto a la muchacha, se abstuvo de ir a su encuentro, sobre todo cuando, después de llamar por teléfono, supo que el Comisario Smulders había regresado de su viaje relámpago a Londres. Se apresuró a presentarse en su despacho, con la idea de sacarle alguna noticia.

—Eso se llama estar de acuerdo con el progreso de la época. Y aún hay amargados que dicen que la policía de Yarmouth anda algo anticuada. ¿Dónde tienes la condecoración? ¿Es posible que no te hayan concedido ninguna medalla? —le dijo a su amigo, entrando en el despacho antes de que el oficial pudiera anunciarle.

—Puedo darme por contento con conservar el puesto. Si hay otra llamada a Londres, me despediré de él.

—¡Qué horror! ¡Pobre Jeffrey! No cabe duda que tendrás que pedir el subsidio de parado. Ésta es una de esas ocasiones en que se siente uno, satisfecho de los avances sociales —bromeó el joven sentándose sobre la esquina de la mesa—. Estoy dispuesto a escuchar todo lo que quieras contarme.

Smulders sacudió su pipa, golpeándola sobre la tabla. Tenía ante él un gran plano de la ciudad, en el que había marcado con líneas rojas las posiciones de las patrullas de vigilancia.

—Perdona, muchacho. Creo que tu puesto está al lado de esa dramática señora Bennet, que ha decidido convertirse en la vengadora de su marido. Procura hacerle ver que para eso estamos nosotros. Y en cuanto sea posible colócala en el tren de Londres. Necesito mucho tiempo para encontrar a los amigos de las cajitas. La cosa es seria. ¡Ah! Herbert Bennet no murió en el combate con la policía. Todo hace suponer que sus amigos le mataron unas horas antes.

—¿Quieres decir que no sospecháis de él como cómplice?

—Quiere decir únicamente lo que he dicho. No podemos sacar conclusiones. Nos atenemos a los hechos. Yo procuraré mantener a los sabuesos alejados de la muchacha, pero si anda metiéndose en el fuego, quizá se queme.

—Como quieras. Mantén la boca cerrada —dijo Edmund—. En cuanto a la señora Bennet, no es ninguna histérica, como supones. Es posible que os dé una buena sorpresa.

Salió sin despedirse. Smulders le vio desaparecer. Cargó con calma la pipa bien culotada, y abandonó el despacho, pasando al otro cuarto donde unos técnicos del Yard habían instalado una emisora de onda corta que comunicaba con determinados puestos de las patrullas de vigilancia.

—No hay noticias, señor —comunicó uno de los hombres—. Están registrando la última zona de los canales.

—No pierdan contacto. Han de dar con ellas forzosamente. ¿Y del puerto?

—Acaban de revisar un barco que pidió autorización para salir. Nada.

Smulders se impacientó. Sabía que, pese al margen de confianza que le había sido dado, el Yard envió a Yarmouth un cuerpo de inspectores de primera calidad que vagabundeaba por los muelles y los canales, buscando algún indicio. Y en el resto de la costa, en realidad en todo el país, las precauciones extraordinarias tomadas en puntos neurálgicos de transporte, empezaban a levantar una creciente ola de sospechas y de alarma. Una filtración podría resultar terrible.

—Sin embargo, sólo somos diez personas quienes guardamos el secreto. Diez y... los pistoleros. Los pistoleros que conocían incluso el momento preciso y el camino que seguiría el camión.

Bastante preocupado volvió a su despacho. Trazó sobre un papel los nombres de las ocho personas que en el momento del asalto conocían el contenido de las cajas. Ocho personas que debían estar por encima de toda sospecha en un caso corriente. Pero aquél no era un caso corriente.

Los nombres bailaban ante sus ojos. Ahora estaba seguro que de uno de ellos había partido la noticia. Simple indiscreción o traición, eso no podía asegurarlo.

No tenía tiempo para realizar una investigación, ni debía hacerla. Carecía de motivos para sospechar «oficialmente». Si se descubría que trataba de vigilar los movimientos de aquellos hombres, de controlar lo que hacían en los últimos días, podía herir la susceptibilidad de todos.

—Sin embargo, es uno de ellos. ¡Caramba! ¡Es demasiado grave para andar con tonterías de ésas!

Con una decisión repentina pulsó el mando del comunicados Ordenó con energía:

—Necesito tener aquí al instante a Edmund Carlisle. Que le busquen por toda la ciudad. Miren en la pensión de la señora Watinhus.

Después de aquello se encontró más satisfecho. Pudo, pues, aplicar la llama de un fósforo al repleto cubilete de la pipa. Tan abstraído estaba que se quemó los dedos con la llama del fósforo. Lanzó una maldición y lo tiró al suelo.

El heredero de la cervecera de Lowestoft andaba distrayendo sus preocupaciones de bar en bar. Deliberadamente no se acercó a la casa en que se alojaba Gloria. Pero no dejó de pensar en ella.

—Es endiabladamente leal. Y valiente. Creo que no quería a su marido. Pero le es leal. Hay pocas mujeres como ella. Y pocas tan bonitas. Si yo no fuera un idiota trataría de conquistarla.

No quiso confesar qué era lo que precisamente hacía desde que la conoció. Tratar de conquistarla. Pero la situación no era la más apropiada.

Gloria se encontraba en aquellos momentos en su habitación. Se había hecho traer el equipaje desde la estación y había escrito una carta, una difícil carta, a los familiares de Herbert.

—Confío en que no vengan ahora. No podría soportar las escenas —pensó.

Tenía confianza en el aviso enviado a la dama del sombrero negro. Por eso no se extrañó demasiado cuando la señora Watinhus llamó en la puerta y, tras asomar la cabeza curiosa, anunció:

—Preguntan por la señora Warr. Como usted me dijo que...

—¿Voz de mujer?

—En efecto. De mujer. Y bastante excitada.

—¡Es lo que estaba esperando! —dijo Gloria, mientras salía como una centella y se dirigía al teléfono, situado en el pasillo.

Tomó el auricular con ansiedad. Casi temblando.

—Señora Warr al habla. ¿Quién la llama?

—¡Oiga! —La voz sonaba, en efecto, bastante excitada—. ¿Es usted quien ha puesto ese anuncio por radio?

—Yo he preguntado por una señora que ayer tarde estaba en el andén de la estación de ferrocarril al paso del tren para Londres, con un sombrero negro. ¿Es usted?

—Supongo que no le habrá gustado mi sombrero hasta ese punto. Mi marido me aconsejó que no contestara a la llamada. Dice que estas cosas suelen acarrear disgustos. Pero ahora está en el Club. Quiero saber de qué se trata.

Gloria sujetó el aparato como para impedir que la señora del sombrero negro desapareciera. Casi suplicante solicitó:

—Necesito hablar con usted personalmente. Se trata de un informe que usted quizá pueda darme. Ninguna molestia, se lo aseguro. ¡Para mí es un asunto de mucha importancia! —Se detuvo al comprobar que estaba a punto de llorar—. Verá, señora. Sólo hablaré unos minutos, pero no por teléfono. ¿Puede recibirme?

La otra pareció dudar. Murmuró:

—No quiero disgustar a mi marido. Si viene usted a casa se enterará y empezará a preguntarme el motivo de la visita. Quiere saberlo todo...

La voz era algo ligera, no demasiado educada. Gloria, pese a su angustia, imaginó que quizá el marido tuviera motivos para su curiosidad.

—Podemos reunirnos en algún salón de té... en el parque... Donde le parezca mejor.

—Escuche, tengo muchas ganas de saber qué ocurre con mi sombrero. Lo compré en Londres, en Bond Street. ¿Verdad que me sienta bien? Voy a esperarla en el coche, frente a la estación. Es un «Morris» gris, del año pasado. Podemos hablar allí, señora Warr. Usted no es de Yarmouth, ¿verdad?

—Voy ahora mismo a ese lugar, señora —cortó Gloria, pues, en efecto, la señora del sombrero negro había resultado tan curiosa como ella deseaba—. Un «Morris» gris, perfectamente. ¡Por favor, no falte a la cita!

La otra aseguró que no. Gloria vio a la señora Watinhus que colocaba, un poco violenta, los pliegues de la cortina del comedor,

con claras muestras de haber escuchado. Le dijo:

—Si llamara o viniera por aquí el señor Carlisle, haga el favor de decirle que he ido a una cita con la señora que él sabe. Dígale que tendré noticias para él. ¿Entiende?

—Perfectamente. Pero no debería usted salir sola ahora. Ya es de noche y no me gustan esos líos. Yo creo que...

Lo que la señora Watinhus creía era que una mujer que ha perdido a su marido debía comportarse con más sosiego y demostrar más dolor. Gloria Bennet se había vestido de negro, en efecto, aunque no con mucha rigurosidad, pero se mostraba demasiado activa para el gusto de la señora Watinhus.

—¡Estas muchachas! Tienen unas libertades que no comprendo —pensó cuando la joven, colocándose su impermeable, salía corriendo a la calle—. Y Carlisle anda loco por ella.

Gloria no se preocupaba de opiniones. De un modo instintivo suponía que si encontraba al asesino de Herbert habría cumplido un deber. Y en cierto modo ello la permitiría afrontar el porvenir con más seguridad, no sentirse ligada para siempre al recuerdo de su marido. Por eso casi corría por la calle no muy concurrida, camino de la estación que tan desagradables recuerdos tenía para ella. Vio el «Morris» enseguida, detenido en una esquina sombría, con las luces interiores apagadas. Se dirigió a él en línea recta, distinguiendo la silueta de la señora, sentada frente al volante. Antes de que llegara se abrió la portezuela. Escuchó la misma voz del teléfono.

—¡Psss! Es usted muy joven. Me había imaginado otra cosa. Siéntese. Aquí podemos hablar con comodidad. Estoy llena de curiosidad. A usted le ocurre algo grave. ¿Qué tiene que ver mi sombrero con ello? —Captó la mirada de Gloria, dirigida a su cabeza, y lanzó una risita apagada—. ¡Oh, no! ¡No lo llevo siempre, por supuesto! He salido de casa tal como estaba cuando hable con usted. Quiero regresar antes que mi marido.

Gloria se inclinó para pasar. La otra mujer se apartó en el asiento, dejándole su puesto. Apenas podía ver su rostro, pero llevaba un perfume intenso y era indudable que iba muy bien vestida. Animada por su amabilidad y la simpatía que le demostraba, la joven empezó:

—Es una cosa tonta. Usted estaba ayer en la estación al paso del

tren de Londres. Me fijé en su sombrero, que era precioso —aclaró diplomáticamente—. Permaneció mucho tiempo en el mismo sitio, cerca de un grupo formado por tres hombres. Uno de ellos era alto, joven, con chaqueta gris y jersey verde. Tuvo que fijarse en él —pensó que todas las mujeres se fijaban en Herbert.

—Déjeme pensar. ¿De modo que es eso? ¿La está engañando a usted el joven del jersey verde? Vamos a ver, déjeme pensar... Si me dijera algo sobre los demás hombres. A veces se recuerda un pequeño detalle.

—Uno era un ferroviario delgado, de mala cara. El otro es quien me interesa. Bajo y algo grueso, con el cuello ancho. Es ése a quién necesito encontrar. Usted estaba frente a él. ¿Es posible que no le recuerde?

Gloria esperó. La otra mujer pensaba. Volvió a decir:

—No sé. ¿Usted no vio a ese hombre? ¿No vio su rostro?

—No pude verle. Sólo de espaldas. Por eso la necesito a usted. Quisiera poderle explicar todo, más me está vedado hacerlo. Pero es de la máxima importancia que encuentre al hombre bajo.

Creyó que era un suspiro de alivio lo que dejó escapar la desconocida. Su voz se volvió más fría.

—Créame que lo lamento. En efecto, estaba en la estación, pero no me fijé en la gente. Esperaba a una persona que no vino y no dejé de mirar al tren. Lo siento. Si no desea más, volveré a casa. Ya le he dicho que mi marido...

Un coche dio vuelta a la calle, acercándose a la estación. Los focos amarillentos iluminaron la plaza y pasaron despacio por el «Morris», alumbrando el interior durante unos largos segundos, hasta que el otro vehículo dio la vuelta, lentamente, apagándolos. Gloria ahogó un grito. Había visto perfectamente el rostro de la mujer con quién hablaba. Un rostro joven, hermoso, de rasgos acusados y gruesos labios. Un rostro que resultaba agradable, pero que no se parecía en nada al de la mujer del sombrero negro que vio en el andén, y que recordaba ahora, a fuerza de pensar en él durante las. Últimas horas. Gritó inconsciente.

—¡Usted no es! —La luz se hizo en su cerebro como la explosión del magnesio—. ¡Usted...! ¡Ha venido para sonsacarme! ¡Trabaja para esa gente!

La mujer, otra vez en sombra, trató de hacerla callar. Su mano

perfumada buscó la boca de Gloria. La joven rubia mordió con fuerza los dedos que rozaban sus labios e intentó abrir la portezuela para escapar. La desconocida gritó. Y entonces, de la parte posterior del coche surgieron unos brazos largos que oprimieron el cuello suave de Gloria. Esa quiso soltarse, debatiéndose valientemente, golpeando a ciegas, pero el aire le faltaba y cuando las manos se soltaron, la señora Bennet quedó inmóvil, apoyada en el respaldo del asiento. La otra mujer la contempló en silencio.

—Espero que no la hayas matado. No había necesidad. Ya has visto que no le vio. Bastaba con dejarla en la calle y marcharnos...

—Que te crees tú eso —el que hablaba se incorporó totalmente, mirando a Gloria con atención. Era un hombre joven, bien vestido, de fino bigote rubio, casi ridículo—. No está muerta, no te asustes. Sólo desmayada. La solté en el momento oportuno. Y no se habría conformado con quedarse en la calle. Tiene fibra, ya lo viste.

—No vio al jefe, te lo vuelvo a repetir. No constituía ningún peligro. Nos dijeron que nos enterásemos de ese detalle. ¿Ahora qué? Esto no figura en las órdenes.

—Hay casos en que es preciso intervenir por propia iniciativa. Anda. Pon el coche en marcha y vámonos. Quizá hayamos llamado la atención.

La mujer obedeció. Volvió a mirar a Gloria, y el «Morris» arrancó. Con el movimiento la señora Bennet cayó sobre la conductora. Ésta la cogió tranquilamente por la cabellera y la echó hacia la portezuela.

CAPÍTULO IX

Antes de llegar a las afueras el «Morris» gris se detuvo. El hombre que viajaba en la parte posterior saltó a tierra y comprobó que nadie les observaba. Con sus fuertes brazos sacó el cuerpo de Gloria del asiento de delante y la depositó en el lugar que él ocupaba. Le colocó bien el pelo y anudó alrededor del cuello su propio pañuelo de alegres colores. La mujer se puso al lado de Gloria y el hombre tomó el volante.

—Ten cuidado. A ver si repites tu actuación.

La otra asintió. Volvieron a rodar, pero no por mucho tiempo. Una luz se balanceó ante ellos, en el centro de la calle, y dos policías de carreteras, con sus largos manguitos blancos, les cerraron el paso. El hombre frenó y asomó la cabeza por la ventanilla, preguntando con ansiedad:

—¿Qué ocurre? ¡No habrá una interrupción en la carretera; sería espantoso!

El policía se acercó con calma. Tenían la consigna de registrar todos los vehículos, pero era evidente que en aquel pequeño coche no cabían las grandes cajas de acero que les habían sido descritas. Antes de detenerle lo comentó con su compañero, quien, más desconfiado, opinó:

—Pueden sacarlas una a una. Anda. No hagas tonterías.

Por eso le detuvieron. Se aproximaron al «Morris». El conductor, un hombre que evidentemente era un caballero a juzgar por su ropa, parecía muy inquieto.

—Es sólo un requisito. Tenemos que registrar el coche.

El hombre se pasó la mano por el rostro, enjugándose el sudor. Aclaró:

—Soy el doctor Newport, de Norfolk. Llevo a una enferma a Norfolk, a mi clínica. Perforación de intestinos. ¡Muy grave! ¡Terminen pronto, por favor! —Se volvió hacia atrás y preguntó a

su compañera—. ¿Cómo va la paciente, señorita?

—Mal, doctor —contestó impasible la joven morena—. El pulso, muy débil. ¡Procure correr!

El diálogo impresionó a los dos agentes. Uno de ellos asomó la linterna y alumbró el interior, deteniendo el círculo luminoso en el rostro pálido de Gloria. La otra mujer adoptó el aire que ella suponía correspondía a las enfermeras. El policía murmuró, sin ánimo de crítica:

—Iría mejor en una ambulancia.

—¡No hay tiempo para pensar en ello! ¿Podemos seguir?

—Desde luego.

El «Morris» desapareció en la obscura carretera, camino de Norfolk creían los agentes. En realidad unos metros más allá se metió por un camino secundario, dio vuelta tras los barracones de una factoría, y poco después rodaba por la orilla del río, en el cual se veían las luces de las lanchas de la policía. El conductor, muy satisfecho por el éxito de su estratagema, comentó:

—Están mirándolo todo. ¿No sientes curiosidad por saber qué clase de tesoro encierran las cajas, Judith? Debe ser algo gordo.

Judith se encogió de hombros. Había soltado a la «paciente», que yacía en un rincón del coche.

—Si la siento la disimulo. Ya sabes lo que le ocurrió a Jones por demostrarla. Más vale que mantengas la boca cerrada si quieres cobrar lo tuyo y no tener disgustos con Arthur.

—Sé agradecer un buen consejo, encanto. Pero sólo hablo de ello contigo. ¡Lo menos son diamantes del Cabo!

Ya en plena ciudad vieja, metidos en el dédalo de callejuelas, fueron alejándose de la parte más poblada. El coche se novia con dificultad por las estrechas vías, solitarias. Las antiguas casas de maderas policromadas, que ahora no conservaban rastro de su policromía, temblaban al paso del «Morris».

El conductor masculló:

—Me pone nervioso esta parte de la ciudad. Es ideal para tener que salir pitando con la policía a la espalda. ¡Te cogen en un abrir y cerrar de ojos!

—Pues date prisa, porque la chica está recobrando el sentido. Procura llegar antes de que empiece a gritar.

Desembocaron en una calle más amplia y se detuvieron ante un

paredón sombrío. El conductor descendió y, con una llave que sacó del bolsillo, abrió la puerta. Regresó al coche, metiéndole en un patio húmedo, lleno de viejas parras centenarias. Cerró la puerta y cogió a Gloria por un brazo, pues ya se mantenía en pie, aunque aturdida. Empujándole con poca delicadeza, la hicieron pasar al interior de la casa, cuya entrada otro hombre, que acudió al ruido del coche, había abierto.

—¿Qué es esto?

—Para que el jefe pueda interrogarla a placer. ¿Dónde está?

—Abajo. No le gustará.

—Eso no es cosa tuya. Cuídala, Judith; voy a decírselo.

La mujer asintió, y sentó a Gloria en una butaca. La muchacha no estaba tan aturdida como parecía. Hacía un rato que escuchaba la conversación de los dos que la llevaban. Quizá por ignorancia era más audaz. Al recobrar el uso de sus sentidos, comprendió lo que sucedía. Pensó:

—Van a llevarme a su refugio. Si no me matan al instante, podré conocer sus secretos. ¡Descubriré al hombre que mató a Herbert! Así sucede siempre en el cine.

Se mantuvo quieta mientras el falso doctor Newport abandonaba la habitación. La casa, con apariencia de viviendas, era un gran local destartado, con las vigas del piso medio desprendidas y sin apenas muebles. Hacía muchos años que no se utilizaba. El polvo sólo había sido retirado de los sitios más visibles. La escalera no conducía a ningún sitio, pues estaba caída por su mitad. Newport, que sólo falseó su profesión pero no el nombre, marchó por un corredor de madera crujiendo, pasando a un local accesorio que debió ser en otra época embarcadero y varadero cubierto de embarcaciones pequeñas. La salida al río estaba cerrada por una puerta de madera llena de grietas. En el centro había una trampa grande, levantada. Un hombre hacía guardia ante la puerta, mirando al río por las rendijas. Le saludó con un ademán mientras Newport descendía por la escalera al sótano labrado bajo el nivel del río, y rezumando humedad. Las viejas piedras cubiertas de musgo, brillaban aterciopeladas a la potente luz de un reflector colgado del techo. Newport arrugó la nariz. Le gustaba el aire libre, la acción y la libertad, tanto como le inquietaba aquel tétrico calabozo, la inmovilidad a que se veían sometidos, y la férrea

disciplina impuesta por el hombre que le miraba desde el centro del sótano.

—¡Bueno! ¡Habla de una vez! ¿Qué?

Newport miró con atención a otro individuo que no era el que hablaba. Estaba inclinado sobre una caja metálica, brillante, cubierta de grasa, y trabajaba con un soplete y varias herramientas, colocado un cinturón de acero por el centro del envase. Un cinturón que tenía una anilla al final, en una de las aristas del cubo. Musitó:

—¡Vaya trabajo! ¿Falta mucho?

El que manejaba el soplete no se molestó en contestar. Alineadas junto a la pared estaban ya catorce, algunas con el fleje de acero y el anillo, y las otras esperando ser sometidas a la operación. Fue el sujeto corpulento que increpó al Newport cuando entró, el que respondió por él:

—¡Eso no te importa a ti! ¡Te he preguntado qué pasó con esa chica! ¿Habló Judith con ella?

Newport enseñó los dientes en una sonrisa desagradable.

—¡Claro! ¡Judith sabe hacer las cosas! Un buen trabajo. Llevó la conversación muy bien y pudimos comprobar que la chica no le vio el rostro a su amigo. Puede estar tranquilo. Lo peor es que sí se lo vio a Judith, dentro del coche. Se dio cuenta que no era la dama del sombrero negro. ¡Vaya! ¡Parece el título de una novela policíaca! Empezó a alborotar...

El jefe del grupo soltó una retahíla de maldiciones. Agarró a Newport por la americana, agitándole con fuerza.

—¡Idiota! ¿A esto le llamas un buen trabajo? ¡A estas horas esa chica ya habrá ido con el cuento a la policía! ¿Crees que para eso silenciamos a su marido?

Newport se soltó de un tirón. Con el rostro rojo por la rabia, contestó, lanzando las palabras como pistoletazos.

—¡No se precipite, jefe! ¡Tiene muy mala costumbre! ¿Qué clase de imbécil cree que soy? La chica espera arriba. La trajimos. Parece peligrosa.

El jefe le miró furioso. Luego se dirigió al que trabajaba.

—Continúa, Vicent. Hay que terminar esta misma noche.

No dijo nada a Newport y trepó hasta el piso superior. El pistolero esperó a que desapareciera y a que sus pasos se amortiguaran por la distancia. Hizo un esfuerzo para reprimir su

indignación. Murmuró:

—¡El muy cerdo! ¡Se da demasiada importancia para ser solamente un hombre de paja de ese tipo de Londres! —Se acercó al operario y contempló con atención su trabajo. La llama del soplete acariciaba el fleje, que iba enroscándose alrededor de la caja y abrazaba la anilla—. Esa llamita debe ser una cosa seria. ¿Eh?

—¡Ya lo creo! —El otro cerró el paso del gas, reduciendo la llama a la mínima expresión, y enjugándose el sudor con el dorso de la mano, sonrió al pistolero—. Pon la mano si quieres comprobarlo.

—Gracias. La necesito por ahora —los ojos claros de Newport se iluminaron y el ridículo bigotillo tembló—. ¡Oye! ¿No sientes curiosidad por saber qué hay en esas cajas? El hombre que ha organizado esto es un pájaro gordo. No lo haría por unas libras. Tiene demasiado que perder.

—¡Vete a saber! Desde luego, muy valioso. Ya he sentido la curiosidad, no creas. Voy a continuar, pues el jefe está de mal humor.

Newport se apoyó en la pared y dijo insinuante:

—Pues tú bien puedes saberlo. Un toquecito con el soplete a una caja y listo. Total, con decir que ha sido un accidente... Creo que pasan cosas así. No dudará. Esa llama, en un descuido es capaz de abrir un boquete. ¡Suponte que están rellenas de billetes, o de diamantes!

El hombre que se encogía en el suelo, palideció. Sus ojos miraron a Newport con temor.

—¡Estás loco! ¡No quiero hablar de eso!

—Tú sí estás idiota. Te despacharán con cuatro peniques y ellos dos se repartirán el botín. ¡Nos está bien empleado, por infelices!

Miró al operario que volvía a su trabajo. Era evidente que no estaba dispuesto a arriesgar lo más mínimo. Incrementó la llama de la boquilla y la aplicó al trozo de acero. Newport se alejó despacio hacia la escalera. Aguzando el oído percibió la voz del jefe, que hablaba en la casa. Repentinamente tomó una decisión. Metió la mano bajo su chaqueta y de la funda del sobaco sacó una pistola, que volteó hábilmente para esgrimirla por el cañón. De un par de zancadas se acercó al operario y sin dudar le golpeó con fuerza en la cabeza.

—Así está mejor. Me cansaba la inactividad —murmuró.

El hombre se encogió más, y quedó tirado sobre la caja. La llama del soplete empezó a quemarle la ropa. Newport apartó al caído de un empujón y dio con el pie en el trozo de chaqueta que ardía. Rápido, y como si lo hubiera efectuado toda la vida, sujetó el soplete del mismo modo que el otro, y dirigió la llama azul al centro de un costado de la caja. El acero empezó a palidecer y, después, el lugar sometido al fuego fue enrojeciendo. Newport, impaciente, aumentó la intensidad de la llama.

—¡Vaya sorpresa que se llevará ese fatuo! —pensó satisfecho.

Se inclinó más, colocando una rodilla sobre el cuerpo del hombre desvanecido. Aunque no sabía mucho de aquello suponía que el acero no tardaría en ceder. Fuera lo que fuera lo que encerraba valía mucho dinero. Y dinero era lo que él necesitaba para poner tierra por medio y largarse lejos a disfrutarlo. Estaba harto de aguantar órdenes de incapacitados.

—¡Suelta eso, cochino imbécil! ¡Suéltalo al instante!

Newport maldijo la inoportunidad. Se levantó de un salto, empuñando en la derecha el soplete y en la izquierda su pistola. No se inmutó. Pero al ver el gesto de espanto reflejado en el rostro de su jefe, se confundió bastante. Dijo tembloroso:

—¡No te pongas así, Arthur! Está justificada la curiosidad. El chico se puso malo y creí que...

Arthur movía las manos como tratando de comprender. Dio un paso con la mirada fija en la caja...

—¡Que el diablo nos lleve a todos si has agujereado el acero, Newport! ¡Apártate! ¡Ya te ajustaré las cuentas!

Levantó el brazo para separarle de su camino y Newport, perdida la calma ante la actitud del jefe, seguro de lo que significaba aquel prometido ajuste de cuentas, movió la mano y el chorro de fuego del soplete se dirigió como un rayo hacia el rostro de Arthur. El jefe lanzó un grito, cubriéndose la cara con el brazo izquierdo. Y al mismo tiempo con la mano derecha tiró de la pistola que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, y casi sin sacarla, disparó sobre el pistolero.

Su grito de dolor al sentirse quemado y la detonación fueron casi simultáneos. Newport soltó el soplete y el arma, retrocedió unos pasos, con los pequeños ojos abiertos como los de un muñeco, y luego se sujetó a la botella de oxígeno, la abrazó desesperado, y la

derribó, cayendo con ella al suelo. La goma del soplete saltó y el oxígeno silbó al escaparse, al mismo tiempo que se escapaba la vida del pistolero.

Arthur se dirigió rápido a la caja. Tenía la manga del brazo izquierdo chamuscada, pero había logrado proteger el rostro. Sólo el pelo que le caía sobre la frente aparecía quemado. La mano y la muñeca se estaban inflamando. No hizo caso del dolor. Comprobó que el acero volvía a su estado normal.

—¡Menos mal! Ya sospechaba de Newport. Es preciso sacar cuanto antes las cajas. O me quedará sin gente.

Tres hombres descendieron al sótano, empujándose para llegar primero. Arthur estaba ahora examinando a Newport. El proyectil le había entrado por la frente. Un tiro de suerte, puesto que lo hizo a ciegas. Cerró la llave de la botella de oxígeno. Los tres pistoleros rodearon el cadáver.

—¡Vaya puntería, jefe! ¿Qué le ocurre en la mano?

—El soplete. Ayudad a ése. Tiene que seguir trabajando al instante. Y cuando pase un rato arrojáis a Newport por el mismo sitio que a Jones.

Dos se acercaron al operario y trataron de reanimarle, golpeándole en las mejillas.

—Deja. Esto revive a un muerto —opinó de ellos sacando una botella del bolsillo y aplicando el cuello a los labios del desmayado. En efecto, abrió los ojos. Buscó a Newport con la mirada y vio su rostro ensangrentado que ascendía por la escalera. Uno de los pistoleros cargaba el cadáver al hombro y se alejaba con él. Arthur se aproximó al mecánico.

—Hemos perdido un buen rato. Puedes continuar. ¿Qué es de la chica?

—La vigila Judith —contestaron.

—Volved a vuestros puestos. Remplazad a Judith. Que venga.

No quería dejar al mecánico solo. Suponía que Newport, a quién conocía bien, habría hecho una tarea de desmoralización. Se sentó en los escalones, con la pistola sobre las rodillas y aguardó. La mujer morena le reventó las ampollas y le colocó un vendaje en la mano. Mientras lo hacía comentó:

—Ya veo que eliminaste a Newport. No era mal chico. Claro que así habrá que pagar menos. ¿O piensas donar su parte a la

Beneficencia?

—Cállate. Y no aprietes tanto. ¿Y la muchacha?

—A buen recaudo. Estoy pensando en la fatalidad que persigue a ese matrimonio. El marido primero, y ahora ella, sin comerlo ni beberlo...

—Pudo salvarse si no se hubiera empeñado en averiguar lo que no le importaba. Es mejor que no te dejes atrapar por la simpatía, Judith. Esa chica ya es un peligro. ¿Comprendes?

La mujer se estremeció ligeramente. Arthur, un tipo corpulento, cuyo tamaño hacía desestimar su inteligencia, lo que constituía un error pues tenía mucha, vio cómo temblaban las manos que le vendaban. Decidió no olvidar aquel detalle. Murmuró:

—Te estás volviendo una sentimental, Judith. Siempre dije que eras demasiado bonita para resultar del todo.

La cogió por la barbilla con la mano sana, y obligándola a levantar el rostro, la besó en los labios.

CAPÍTULO X

—Mira, Edmund. Ya que estás decidido a no perderte el espectáculo, voy a conseguirte una buena localidad. Primera fila. Aunque no hay piernas bonitas en la escena.

—Más tarde o más temprano tenías que recurrir a mí. Cuando te dieron la plaza de Comisario, lo pensé. Jeffrey necesitará recurrir a mi inteligencia. Y como soy un buen amigo de los amigos, le ayudaré a salir de los apuros —al terminar Edmund tendió la mano, con la palma hacia arriba, en un ademán expresivo.

Estaba de pie ante la mesa de su amigo. Después de varias horas de intentos había sido localizado en un pequeño Club de las afueras, cuando se disponía a invitar a bailar a una rubia insípida, que en modo alguno podía substituir a la espléndida belleza de Gloria Bennet. Se apresuró a correr hacia el despacho de Smulders. Y éste le soltó de buenas a primeras la proposición.

—Muy agradecido por tu colaboración. Ahora ya no dudo que encontraremos las cajas. Si te dignas perder un rato, puedo cambiar impresiones contigo —ofreció Smulders introduciendo su pipa en el bote del tabaco y oprimiéndole con los dedos—. Verás. Es mejor que te sientes —esperó a que el joven obedeciera—. Cada minuto que pasa, el peligro aumenta, muchacho. Varias decenas de escogidos agentes del Yard rondan la comarca, tratando de llegar al fondo del problema. Las cajas pueden esconderse en muchos sitios y es posible que esperen meses para sacarlas del país. Por eso la tarea se hace espinosa.

—¿Qué pasa con esas cajas? ¿Qué contienen?

—Sólo te diré una cosa. Algo que interesa a los enemigos de Inglaterra y a la gente que se aprovecha de los disturbios para manejos poco limpios. Algo de una importancia extraordinaria. Piensa en esto. Es de tan absoluta importancia, que sólo ocho personas conocían su contenido, sabían cuándo iba a sacarse de

Londres y tenían idea del camino que seguiría el camión que lo transportaba. ¿Comprendes?

Edmund se recostó en la butaca. Dijo despacio:

—No es difícil de comprender. Una de esas ocho personas juega sucio. O es un hablador irresponsable y lo ha descubierto sin mala fe.

—No —Smulders movió la cabeza negativamente—. No puede esperarse eso de unos hombres de su condición y categoría. Conocían la gravedad del caso.

—Entonces, se ha vendido. ¿Qué esperáis para trabajar en ese sentido?

—Toma la lista. Echa una mirada a sus nombres y después me lo dirás. A poco que leas la Prensa de estos últimos años, comprenderás.

Le tendió el papel. Edmund lo examinó y lanzó un silbido de admiración.

—¡Vaya! ¡Estrellas de cabecera de cartel!

—Ése es el problema —Smulders volvió a guardar la lista—. Si inicio cualquier investigación, se alarmarán y se volcará encima el Yard. No tengo fundamento para sospechar de ellos. Y, sin embargo, algo me dice que estoy en el buen camino. Para eso te he llamado —detuvo sus palabras con un gesto—. No me interrumpas. Sé que es difícil, pero quiero que trates de hacerlo tú. Hay riesgo y puedes rechazar el encargo. No te tacharé de cobarde. La vida es demasiado agradable para ti.

—Pero es difícil. Tú mismo dices que no es posible controlar a esta gente.

—Claro que no. He aprovechado el tiempo para sacar datos de nuestro archivo de Prensa. Tengo un detalle bastante exacto de las actividades de los ocho en los últimos años. Si alguno es el jefe de este complot, ahora tiene que estar en pleno trabajo para sacar las cajas o al menos cuidar que no sean descubiertas. Lo hará desde Londres, no se arriesgaría a venir aquí. Tienes que ir a la ciudad. Convertirte en sombra de ellos. Cualquier indicio puede descubrirnos al culpable. Entonces yo intervendré.

—Muy sencillo —comentó Edmund sin dejar de sonreír—. Olvidas una cosa. Gloria Bennet Yo me he hecho la promesa de ayudarla. Y aunque te parezca una monstruosidad, me interesa más

ella que las cajas...

—No lo dirías si supieras de qué se trata —murmuró en voz baja Smulders—. Pero ten en cuenta que el asesino de Herbert es ese hombre. Él dio la orden.

Golpearon en la puerta. Smulders calló, y ordenó en voz alta:

—¡Está bien! ¡Pase!

Un agente asomó la cabeza. Anunció:

—Una señora desea hablarle. Dice que es muy importante.

—Que la atienda el Sargento.

—Es que... insiste en hablar con usted. Es algo de Gloria Bennet.

—¡Qué espera entonces, hombre! ¡Hágala pasar! —gritó Edmund poniéndose en pie.

El Comisario asintió ante la mirada de su subordinado y la señora Watinhus se presentó en el despacho. Miró al joven Carlisle y, olvidando por completo la presencia de Smulders, se dirigió a él como una flecha.

—¡Qué suerte en encontrarle, señor Carlisle! Es esa joven, la señora Bennet. He tratado de encontrarle a usted. Ya sé que no es hora adecuada para que una señora ande por la calle, pero es qué esa chica me preocupa. Tiene que sucederle algo. Por eso pensé en venir a ver al Comisario.

—Pues yo soy el Comisario —aclaró Smulders, un tanto molesto—. Veamos qué ocurre.

La mujer no hizo el menor caso a Smulders y continuó acaparando a Carlisle.

—No es que yo escuche las conversaciones, como puede suponerse. Usted me conoce hace tiempo. Y su señor padre también. Él puede testimoniar que yo...

—¡Díganos de una vez qué ocurre con Gloria, señora Watinhus! —apremió el joven.

La mujer le miró con gesto de reconvención. Aquéllos no eran los modales de un Carlisle.

—Trataba de decírselo. Se marchó hace ya unas horas. Me dijo que le manifestara a usted que iba a una cita con la señora que ya sabe. Y no ha vuelto.

—¿Qué lío es éste? ¿De qué cita está hablando? —preguntó Smulders disgustado.

Edmund, muy preocupado, le explicó el asunto de la señora del

sombrero negro. El Comisario se impacientó.

—Y la dejaste sola. A una chica inexperta. ¡Vaya una ocurrencia!

—¡Déjame en paz! —gritó Edmund—. Trate de recordar, señora Watinhus. Ya sé perfectamente que no escucha las conversaciones que sostienen sus huéspedes por teléfono, pero a veces se oye algo aunque uno no desee hacerlo. ¿Se dio esta circunstancia por casualidad?

—Pues sí. Yo estaba arreglando una cortina. Le aseguro que... —Vio el gesto duro de Edmund y decidió terminar—. En fin. Ella habló con una mujer. Quería citarla en su casa y luego en un lugar público, pero a la otra no le debió parecer bien. Quedó en esperarla en un coche «Morris» de color gris. Eso es todo. No pude oír en qué sitio aguardaba el coche. Y no ha vuelto.

Edmund dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo. El Comisario despidió a la mujer dándole las gracias. Se acercó al joven.

—¿Qué supones?

—La han cogido, sencillamente. Quizá averiguara algo, y se la han llevado. Eso quiere decir que están aquí, Smulders, y que, sin saberlo, Gloria quizá tenga la clave del caso. Es posible que la traten como a su marido.

Terminó en un susurro. Smulders le miró con simpatía.

—¿Tú la quieres? ¿De verdad?

—Creo que sí. Estoy seguro que sí —lanzó casi un grito y se encaró con Smulders—. ¡Haz algo, hombre! ¡No te quedes así!

Smulders le dio la espalda y se dirigió al cuarto donde los hombres de la estación de radio trabajaban. Uno iba marcando con señales rojas los movimientos de las patrullas. Se dirigió al locutor:

—Pida noticias de un «Morris» pintado de gris que ha circulado hace unas pocas horas. Pregunte si alguien le ha visto. Esperamos en el despacho.

Edmund miraba la lista de los nombres. Parecía haber envejecido unos años repentinamente. Su habitual gesto de despreocupación había desaparecido.

—Creo que no es necesario ir a Londres ahora, Smulders. El matrimonio Bennet centra el asunto. ¿Has pensado alguna vez en el motivo por el que mataron a Herbert Bennet?

Smulders contestó, como midiendo las posibilidades.

—En principio creí que era un cómplice. Vino con su mujer para

despistar y descendió en Yarmouth siguiendo un plan bien calculado. Luego, si admitimos que no pertenecía a la banda, es difícil suponer por qué se vio envuelto en el lío.

—Ponte en su lugar —aconsejó Edmund, animándose por momentos—. Tú te asomas en un andén cualquiera, sólo por curiosidad y descubres a un antiguo conocido, un hombre que estudió contigo en la Universidad. Decides saludarle. Lo haces. El otro te invita a abandonar un momento el andén, quizá para tomar una copa o con cualquier disculpa. Y no vuelve a encontrársele hasta unas horas después, muerto. Aparentemente todo sucedió debido a una causa fortuita. Porque vio a su antiguo compañero.

—No sé a dónde quieres ir a parar.

—Resulta un poco fantástico, pero parece como si al compañero de Universidad le molestó tanto el encuentro que se llevó a Herbert y le pegó un tiro en el pecho. Como las antipatías no llegan nunca tan lejos, puede pensarse que el misterioso universitario tenía un interés especial en que ningún conocido pudiera contar que le había visto en la estación. Lo cual cuadra perfectamente con el caso...

—¡Cielos! —Smulders miró a su amigo sorprendido—. ¡Eso está bien! ¡Le mataron para que no pudiera decir que había visto a aquel hombre en el andén!

—Exacto. Simplemente por eso. A Herbert le perdió asomarse al andén y ser sociable. Creo que a esto se le llama destruir una coartada. La persona que saludó en la estación «estaba oficialmente en otro lugar en aquellos momentos». Herbert podía tirar por tierra la coartada —terminó Edmund.

—Si el robo de las cajas se hacía público y Herbert tenía conocimiento de ello, podía relacionar la presencia de aquel hombre con el caso, sobre todo si se trataba de uno de estos amigos de la lista —el Comisario señaló el papel—. La presencia de él en Yarmouth era suficiente para envolverle en sospechas. Bueno, Edmund, cumpliste tu palabra. Creo que has resuelto el caso. Ahora sólo necesitamos averiguar cuál de estos hombres ha estudiado en la misma Universidad y en los mismos años que Herbert Bennet.

Un hombre entró en el despacho. Dijo:

—El «Morris» gris, llevando a un tal doctor Newport, su enfermera y una paciente rubia, pasó camino de Nolfort hace tres horas. No ha vuelto a vérselo.

Edmund corrió al mapa. Buscó el emplazamiento de la patrulla en aquella parte. Estaba excitado.

—Entonces no la han matado, Jeffrey. ¿Te das cuenta? ¡Tengo que encontrarla!

—Telefonee a Nolfort preguntando si existe ese doctor Newport. Que remplacen a uno de los vigilantes de ese puesto y venga aquí a describir a los ocupantes del coche. No te impacientes, muchacho — se dirigió a Edmund—. Ella no vio al hombre de la estación. No la mataron.

—¡Pero pueden creerlo! Eso le sucedió al ferroviario y planeó asesinarla. El ver el rostro a ese individuo suponía la suerte.

Aguardaron la llegada del policía de carreteras. La descripción correspondía a Gloria Bennet. En cuanto a la patrulla que vigilaba en la misma carretera, media milla más lejos, no vio pasar al coche.

—Volvieron a Yarmouth, a la parte vieja —opinó el Comisario—. Voy a ordenar que se acordone con más rigurosidad esta zona. No te preocupes tanto. Desde el despacho lograremos más resultados que corriendo como locos tras un coche fantasma. Voy a tratar de localizar a nuestro hombre. Primero telegrafiaré a los hermanos de Bennet para que nos indiquen la Universidad del muchacho. Para cuando llegue la contestación ya tendremos los datos relativos a los ocho sospechosos. Le detendremos antes de que consiga terminar su trabajo.

—No hace falta que investigues entre los ocho —murmuró Edmund abatido—. Escoge los que sean bajos, gruesos, con el cuello ancho.

—¡Es cierto! En ese caso hay que descartar al Coronel Thurrok, y al profesor Freeman, y al señor Bluett. Los tres son altos y muy delgados. Los otros cinco pueden ser llamados más o menos bajos. Depende de lo que la señora Bennet entienda por un buen mozo. Su marido era una jirafa.

Se agarró al teléfono y chilló a la telefonista.

—Deme línea con Londres, al instante y por un buen rato. Soy el Comisario Smulders. Necesito que se ponga a mi servicio exclusivamente.

Carlisle desapareció sin decir palabra. Cuando Smulders lo advirtió se limitó a encogerse de hombros y murmurar:

—¡Pobre muchacho! ¡Ha tenido mala suerte a la hora de

enamorarse! —Apretó el teléfono con fuerza y empezó a vociferar —: ¡Oiga! ¡Busque el número del señor Howard Bennet y esté llamando hasta que se venga la casa abajo! ¿Entiende?

Cuando amaneció, Edmund Carlisle, sentado ante el volante de su «Jaguar» miraba con tristeza las aguas sucias del río. Había recorrido una por una todas las callejas de la ciudad vieja, preguntando a los trasnochadores y haciendo levantarse a los vigilantes de los garajes, para tratar de obtener algún detalle sobre el misterioso «Morris» gris. Al fin, vencido, se detuvo en una plazoleta, ante un caserón que ofrecía a la calle el muro desconchado de su gran cercado. Vio pasar a su lado a un tipo alto que llevaba bajo el brazo un rollo de cables de acero. Estuvo a punto de detenerle para formularle la misma pregunta que a todos; pero, desalentado, le dejó seguir. El hombre observó con curiosidad el espléndido coche y a su derrotado ocupante, y acercándose a la puerta metió una llave en la cerradura y pasó al interior.

Atravesó el patio y al llegar a la casa le franquearon la entrada. Volvió la cabeza hacia la plaza para comentar con el hombre que le abrió la puerta.

—¡Vaya coche! ¡Está ahí fuera!

Arthur Harleeh escuchó y se acercó a la rota escalera. Haciendo esfuerzo, sujetándose a las vigas y soltando una cortina de polvo, logró ascender al piso superior y acercándose a una ventana bien tapiada de tablas clavadas, vio el «Jaguar» y a Edmund Carlisle. Sonrió entre dientes y volvió a descender.

—¡Tú! ¡Sube arriba y vigila al hombre que está en el coche! ¡Fíjate si lleva radio!

El hombre asintió y trepó al puesto de observación. Arthur fue a dirigirse al sótano, pero lo pensó mejor y entró en la habitación del fondo, donde Judith vigilaba a Gloria Bennet. La joven rubia, sentada en una silla coja y apoyada en la tabla de la mesa de pino apolillado, demostraba valor. Judith, a su lado, se ocupaba en arreglarse cuidadosamente, como disponiéndose para un largo viaje. Tenía ante ella el lápiz de labios y la polvera con polvo maquillador y manejaba con habilidad el pequeño pincel de la laca con la que se cubría las uñas afiladas de una capa de rojo escandaloso. Miró al jefe y le sonrió.

—¿Todo bien? Ya tengo ganas de volver a Londres. El polvo de

esta choza se me ha metido en los pulmones.

Arthur contempló receloso a Gloria. Ella volvió la cara con gesto despectivo.

—Sí. Están terminando de colocar las cajas. ¡Parece que te pone contenta la idea de perderme de vista! Pues anda con cuidado a la hora de elegir compañía. Volveré y me enteraré de todo lo que has estado haciendo —se alejó en dirección a la puerta. Desde allí se volvió para ordenar—: Pon más atención con la chica. Que no abra la boca. Hay un idiota afuera, en la plaza, con un gran «Jaguar». Esperaremos a que se vaya.

—Descuida. La señora es razonable. ¿Verdad, querida?

Gloria no contestó. Se recostó en el respaldo de la silla, que gimió aparatosamente. Miró al hombre, que desaparecía en el vestíbulo. Después cerró los ojos, tratando de reprimir su excitación.

Era Edmund Carlisle quién estaba en la plaza. Confiaba en que el joven haría todo lo posible por encontrarla. La idea de que él se ocupaba en la tarea de investigar su paradero, le produjo una agradable sensación. Los ojos se le humedecieron un poco. La impresión de tremenda soledad que la embargaba desde el descubrimiento de la muerte de Herbert, empezó a desaparecer. Edmund había dicho en una ocasión que estaba a su lado. Y era cierto.

«No debo pensar en esas cosas. Él hace todo esto únicamente por diversión. Y queda Herbert, su recuerdo...».

Oyó la voz del vigilante del piso alto, que anunciaba:

—¡Es un hombre solo, jefe! ¡Tiene el aspecto de terminar una juerga! ¡Creo que va a marcharse!

¡Iba a marcharse! ¡Estaba allí, a pocos metros de ella, y no lograría comprenderlo! ¡Era preciso hacer algo!

Miró a Judith, que se dedicaba a delinear la curva de las uñas, con el mayor cuidado. Alzaba las manos para ponerlas ante sus ojos y admirar su obra. Tarareaba a media voz una canción.

Gloria volvió a apoyarse en la mesa. Su mano jugueteó con la barra de labios de su compañera. La abrió para admirar el colorido, y trazó una línea en su mano, Judith le dirigió una mirada distraída y volvió a su tarea. Murmuró:

—¿Verdad que es bonito el color?



¿Verdad que es distinto el color?

Gloria buscó con cuidado un trozo de papel. Necesitaba un trozo de papel. Podía arrancarlo del empapelado de la pared, pero despertaría la alarma de la otra. En el suelo había trozos de sobres y una hoja de periódico rasgada. Dejó caer el estuche del lápiz, musitó una disculpa y se inclinó para cogerle. Cuando le alzó

escondía entre sus dedos un sobre azul. Le colocó sobre sus rodillas y, haciendo un esfuerzo, torpemente, logró escribir con el rojo algunas palabras. Judith la interrumpió preguntando:

—¿Y el lápiz?

—¡Oh! Tenga. No me di cuenta —contestó Gloria.

Se lo entregó. La otra miró el extremo con gesto suspicaz. Lo frotó sobre la mesa, trazando una raya sangrienta, y lo aplicó a sus labios carnosos. Gloria suspiró quedamente. Tenía el mensaje. Un mensaje que era preciso hacer llegar a Edmund. Entonces escuchó el ruido apagado, potente y suave al mismo tiempo, del «Jaguar». Iniciaba la vuelta a la casa y pasaría por la misma calle a dónde daba la ventana que ella tenía a su espalda. Una ventana, como todas las de la casa, cubierta de tablas. El aire se colaba entre ellas denunciando la carencia de cristales.

Se levantó bruscamente y decidida se aproximó a la ventana, apoyándose en ella. Judith lanzó un grito de alarma. Vio a Gloria, que juntaba su cabeza a las tablas, pero no advirtió cómo introducía entre ellas el papel. La sujetó por el brazo.

—¡Vuelva a su sitio! ¿Quiere que se entere Arthur y se ponga todo lo bestia que acostumbra? ¡Ya me estropeó el esmalte de las uñas...!

Gloria retrocedió despacio. El «Jaguar» se acercó, e hizo estremecer un poco el piso de la habitación, y se alejó sin detenerse lo más mínimo. El intento había fracasado.

Abatida se dejó caer en la silla. Ya no le quedaban esperanzas. Logró averiguar quiénes eran los asesinos de su esposo, pero no podría entregarlos a la justicia. En cierto modo se sintió tranquila. Sabía que en el futuro, después de conocer a Edmund Carlisle, no podría tener felicidad.

CAPÍTULO XI

—¡Se marchó, jefe! —anunció contento el hombre que vigilaba. Saltó al piso desde la planta alta, haciendo levantar una nube de polvo.

—¡Ven! ¡Necesito a todos! —gritó Arthur en el embarcadero.

El pistolero obedeció. Al pasar ante el cuarto miró a las dos mujeres. Sonrió a Judith, que contestó con otra sonrisa más expresiva. El hombre se llevó la mano al nudo de la corbata y continuó su camino, murmurando:

—Cuando se vaya el jefe será cosa de ir pensando en ponerle los puntos a esa preciosidad...

El embarcadero bullía de actividad. Junto a la portalada de madera podrida, se balanceaba una pequeña embarcación de pesca. Un típico gasolinero de los que tiran las redes en el Canal para las factorías de arenques. En él se encontraba un tipo con inconfundible aspecto de pescador, llevando el traje de aguas y el gorro de hule engrasado. Un hombre vigilaba a través de la puerta, mirando al río, subido a uno de los grandes travesaños.

—¡Otra vez ha pasado la policía! —anunció.

—No te preocupes. No pueden ver nada. Esta caseta presenta un aspecto de lo más tranquilo.

En otras épocas había sido utilizada como embarcadero de recreo, para poder llegar hasta los botes sin exponerse a la lluvia y a la niebla de la costa. Sólo hacía falta correr el portón, colgado de un carril oxidado, para dejar paso al barco, siempre que éste fuera de pequeñas dimensiones.

Encontrar aquel sitio costó bastante tiempo. No era trabajo de Arthur, sino del hombre de Londres, del cerebro de la combinación.

Del sótano de piedra situado bajo el nivel del río y que en otra ocasión quizá habría servido de mazmorra, subieron las cajas de acero. A su vista todos quedaron silenciosos. Además del pescador,

del vigía y de Arthur, estaban allí el mecánico del soplete y otros dos hombres. Eran éstos los que acarreaban las cajas, sin mucha dificultad, pues no parecían muy pesadas. Arthur en persona procedió a sujetar a los cinturones unas gruesas cuerdas. El mecánico abandonó el soplete y estaba quitándose la ropa. Desnudo, se colocó un pequeño aparato de oxígeno a la espalda y una máscara ante el rostro, de las utilizadas para la pesca deportiva. Se acercó a la escalera y empezó a descender. Dijo:

—¡Caramba! ¡Qué fría!

—¡Esto no es un baño, idiota! —refunfuñó Arthur—. ¡Procura darte más prisa!

Desapareció bajo el agua sucia del embarcadero, sumido en penumbra, pues la única luz penetraba a través de las rendijas de la puerta. Las burbujas de oxígeno denunciaban su situación. Al instante surgieron las manos agarrándose a la borda del barco y asomó la cabeza. Hizo una señal.

Arthur tomó la primera de las cajas y la levantó sin esfuerzo, pese a su mano vendada. Con ella sobre los hombros pasó al barco a través de la pasarela de madera, y se acercó al lugar donde el buzo aguardaba. El pescador le ayudó a sujetar la cuerda y entre los dos fueron hundiendo la caja en el agua. El hombre-rana desapareció en ella y después de un par de minutos las cuerdas quedaron flojas y pudieron izarlas. El buceador también apareció. Levantando la careta, dijo:

—¡Listo! La primera está colocada. Como ven, apenas el barco lo acusa.

—La cuestión es si el fondo podrá con el peso —dijo el pescador mirando las tablas húmedas.

Levantó una. El casco había sido taladrado y varias varillas de acero le reforzaban. Justamente quince remaches las atravesaban. De ellos pendían los finos cables que debían sustentar las cajas. Arthur ayudó a sujetar las otras. El barco se hundió un poco más. La madera gimió, ante la expectación del marinero, pero no sucedió nada.

—Hace algo de agua —murmuró el marinero—. Poca cosa. Por ahí no existe peligro. ¿Cree que no se verán bajo el agua?

—No. Está muy turbia y el color gris del acero ayuda a que pasen inadvertidas. ¡Puedes vestirte, muchacho! ¡Dadle un trago de

licor; se lo ha ganado! El peligro real es que se fijen en la línea de flotación. Demasiado hundida para ir en lastre.

El buceador ascendió por la escalera de piedra y se hizo cargo de una toalla, con la que se secó el cuerpo estremecido. Mientras se colocaba la ropa, Arthur también se enfundó unos pantalones de hule, la correspondiente chaqueta y el sombrero. Su traje quedó oculto bajo ello y su corpulencia y la tosquedad de sus movimientos, ayudaban a darle aspecto de auténtico pescador. Así vestido saltó al embarcadero. Hizo una seña y sus hombres, incluido el buceador que se secaba el pelo, se reunieron a su alrededor.

—Bueno, muchachos. Creo que hemos terminado. Al menos, vosotros. Ya sabéis las instrucciones. Destruid todo lo que pueda ofrecer alguna pista. Y de acuerdo con el plan os dispersáis por el país. No habléis con nadie y no bebáis. Depende de cómo os portéis el que tengáis la segunda mitad de vuestro dinero. Recibiréis noticias más en el momento oportuno.

—¿Y... la chica? —preguntó uno, señalando a la casa.

—Judith tiene ya mis órdenes. No hablará, estad seguros. ¿Algo más?

Movieron la cabeza negativamente. Arthur se acercó al cuarto donde las mujeres aguardaban. Judith se rió de él.

—¡Vaya una facha!

Pero le besó con bastante entusiasmo.

El hombre murmuró junto a su oído:

—Ya sabes. Esperas una hora. Que te ayude Vicent, que es el más hábil. La dejáis aquí; tardarán mucho en encontrarla.

—¿Estás seguro que el gas funciona?

—Sí. Lo he comprobado. Llega hasta el contador.

—Escríbeme a Londres, Arthur. Te echaré de menos.

El hombre le dio un golpe cariñoso en la barbilla, y se marchó. Judith suspiró y se volvió a Gloria.

—Parece un bruto y lo es. ¡Pero me gusta!

Arthur miró por última vez lo que le rodeaba. Consultó su reloj. Todo estaba cronometrado. Habían elegido el día para salir, pues de noche la vigilancia era más intensa. A la luz del día la policía no sospecharía tanto de aquel inofensivo pesquero, viejo y destartado.

—Cuando quiera, patrón —dijo, saltando a bordo—. Nunca ha

hecho usted un viaje tan bien pagado. Ya puede luego hundir este cascarón.

El marinero se acercó al motor. Su rostro permanecía impassible. Arthur se puso algo nervioso. Era el peor momento, cuando todo podía estropearse. Si alguien advertía la salida del barco del embarcadero abandonado, sospecharían con razón. El vigilante del portón atisbaba al río. Dos recodos dejaban al lugar un tanto apartado.

—No se oye nada. Creo que pueden salir —anunció.

Los otros tres hombres sujetaron con fuerza las puertas. El vigilante saltó al muelle y entre todos descorrieron las viejas maderas, dejando libre el paso al barco. El motor empezó a carraspear y el barco a estremecerse. Por un momento el marinero maniobró en los mandos, sin lograr que la embarcación arrancara. Ya iba Arthur a acercarse, impaciente, cuando al fin se pusieron en marcha. Salieron velozmente del embarcadero, cuya puerta se cerró tras ellos. Se colocaron en el centro del río y se alejaron todo lo deprisa que pudieron, para salir de la zona de peligro.

—Las cajas pesan demasiado, aun dentro del agua —murmuró el patrón—. Temo que en alta mar se rompan los cables o nos lleven al fondo.

—¡No sea pesimista! ¡Dele a ese motor!

Dejaron la parte más desierta del río y se metieron entre las filas de casas que llegaban al agua. Arthur estaba seguro de que les contemplaban, quizá incluso policías afanosos que husmeaban sin éxito. Pero tenía confianza en el triunfo. Pensó:

—¡No cabe duda que es un hombre listo! Y después de esto, a disfrutar de la vida. Es decir, si no se les ocurre regar con «Escorpión» la isla. Quizá me decida a ir lejos, al Pacífico, por ejemplo...

El patrón murmuró:

—Ahí están.

Se refería a la policía. Una motora blanca y brillante, patrullaba cerca de la desembocadura del Yare. Les hicieron señas y el patrón aflojó la marcha. La lancha les abordó y gritaron:

—¡Ya es tarde para salir al mar, amigo! ¡Para ese cacharro!

Arthur empezó a apilar las redes en la proa, con alguna torpeza. Dos agentes saltaron al barco. Levantaron las tablas de los

depósitos. Miraron en la caja de popa. Finalmente curiosearon un poco en el piso, moviendo las tablas. Vieron los refuerzos de hierro y los remaches. Pero estaba dispuesto de forma que no podía parecer sospechoso.

—¡Vaya! ¿Arreglaste el barco, eh? Podéis seguir.

Abandonaron el pesquero. El patrón volvió a poner en marcha el motor y se alejaron sin demasiada precipitación. Arthur observó cómo uno de los policías miraba con fijeza la estela que dejaba su barco. Le imitó y logró adivinar la mancha oscura de las cajas colgadas a proa, que la velocidad subía un poco, al sesgo. Con ademán instintivo, llevó la mano al sobaco, sujetando la pistola. Estaba decidido a salir a tiro limpio si era preciso. Pero no lo fue.

Poco después navegaban en mar libre. Arthur sacó unos prismáticos del bolsillo y miró al horizonte.

—Mantenga el rumbo. No pueden tardar en aparecer.

El patrón asintió. El mar estaba un poco picado y el pesquero se agitaba violentamente. De cuando en cuando Arthur se asomaba a la borda y trataba de ver las cajas, lo que era imposible. Casi navegaron una hora antes de descubrir el barco. El jefe de los pistoleros buscó el nombre con los prismáticos. Leyó a media voz:

—«Oaxaca». Lance la bengala, amigo.

El patrón prendió la mecha del pequeño explosivo, que se izó con un suave chirrido. Una nube blanca se formó sobre ellos. Arthur vio cómo el mercante cambiaba de rumbo y se dirigía hacia ellos. Aguardaron capeando el temporal hasta que el casco pintado de negro de «Oaxaca» les ocultó la perspectiva. Varias cabezas asomaron por la borda. Gritaron con acento extranjero:

—¿Señor Arthur?

—¡El mismo! ¡Tiren la escala!

Arrojaron una cuerda y Arthur ascendió por ella con agilidad. El patrón quedó abajo. El cabecilla saltó a cubierta y saludó a un hombre grueso, de cabeza calva, que lucía una sucia camisa. Le tendió un sobre.

—Estos papeles de nuestro común amigo. Las cajas están bajo el pesquero.

—Perfectamente. Vamos a subirle ahora. ¿El patrón?

Arthur rió.

—Allá usted. Desde luego, desea volver a Yarmouth... ¡Es

arriesgado!

El capitán del «Oaxaca» dio unos gritos en idioma desconocido para Arthur. El vapor empezó a escaparse de las maquinillas de las grúas y los largos palos fueron dispuestos. Unos hombres bajaron al pesquero y engancharon las cadenas. Cuando estuvo preparado dieron la orden. Las cadenas ascendieron izando la gasolinera en el aire, como una pluma. Arthur miró ansiosamente hasta que contó los quince cables y las quince cajas que pendían de ellos.

—¡Cuidado! ¡No golpeéis las cajas! —gritaba el capitán.

Mantuvieron el pesquero a la altura de la borda. Con ciertas dificultades desprendieron las cajas y las fueron colocando sobre la cubierta. El patrón esperaba pacientemente. Cuando terminó la maniobra, se dirigió a Arthur, dispuesto a pasar a su barco.

—Ahora diga que me bajen. ¿Qué hay del dinero?

Arthur metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes, que sin contar tendió al pescador. Éste los miró y se puso a comprobar la suma. El capitán se acercó. Sonreía tranquilamente. Tenía en la mano una barra de hierro, que manejó con contundencia. El cráneo del pescador se hundió bajo el golpe, y la sangre salpicó a Arthur.

—¡Abajo! ¡Abajo la gasolinera! —vociferó el capitán.

Arthur se inclinó con rapidez, tomó los billetes que aun apretaban las manos crispadas del pescador. Los ganchos de las grúas fueron soltados y el pesquero se desplomó hasta la superficie del agua, hundiéndose en parte. Logró salir a flote y se separó del mercante, haciendo agua y amenazando con un inmediato naufragio. Arthur guardó los billetes. Luego se inclinó, subió el cuerpo del patrón, y con toda calma le tiró al agua. Se dirigió al capitán, que limpiaba la barra frotándola con el pantalón.

—Estoy seguro que le agradecerá terminar junto a su barco. Esta gente suele ser muy sentimental.

—Eso es cierto —el capitán sonrió—. Es lo que les hace más simpáticos.

Pasó el brazo por los hombros de Arthur, y se dirigieron al camarote para celebrar el triunfo.

El «Jaguar» del joven Carlisle empezó a rodar suavemente cuando su dueño se cansó de mirar al río desde la triste plaza. Era preciso volver a la actividad. Con aquel abatimiento en nada

ayudaba a Gloria.

Aunque ya iba perdiendo la esperanza de volver a ver a la joven, comprendió que su puesto estaba junto a Smulders. Era el único que podía conseguir algún resultado.

Pasó por la parte posterior del caserón abandonado. Conducía despacio, pues la estrechez de la calle no permitía otra cosa. Vio un papel que revoloteaba, procedente de la casa. Un papel arrugado que quedó sobre el capot del coche y luego cayó al suelo. No le prestó ninguna atención. Aprovechó la salida a una avenida y aceleró, alejándose de aquella parte de la ciudad.

Cuando llegó al despacho de Smulders, encontró allí a su amigo. El comisario no había dormido en toda la noche, lo mismo que Carlisle, pero se le notaba mucho más el cansancio. Tenía el pelo sobre el rostro y el aire de la habitación estaba cargado del humo de la pipa y del aroma del café que hervía constantemente en la cafetera eléctrica. Lo miró tristemente cuando entró. Un ayudante escribía a máquina junto a su mesa. Se mascaba el fracaso en el aspecto de Smulders y casi en el del despacho. Edmund se plantó ante él.

—Hablaste de dos caminos, Jeffrey. Yo he seguido uno sin el menor resultado. Existen centenares de lugares en los alrededores del río para esconder a una joven rubia. No sé qué me dice que el tuyo tampoco ha conducido a nada práctico. ¿Qué es de nuestro amigo, el de Londres, el pez gordo? ¿Qué pasa de esa Universidad?

—Puedes mirarlo. Esto es lo que mi profesor llamaba un muro infranqueable. Bennet estudió en Eton. Aquí tengo dos años, según datos facilitados por su hermano. Y da la casualidad que ninguno de nuestros sospechosos favoritos, adquirió la cultura en ese lugar. ¿Comprendes lo que significa esto? Toda nuestra teoría se ha venido al suelo. Menos mal si los miembros del grupo en cuya vida he estado curioseando, no se enteran de mis actividades. Sería lamentable. Por primera vez en mi larga y gloriosa carrera, tengo que reconocer una cosa: me han vencido.

El abatimiento del orgulloso Smulders le pareció un triste presagio a Carlisle. Murmuró:

—No lo comprendo. Forzosamente debía ser así. ¿Quiere esto decir que hemos perdido definitivamente contacto con ellos?

Smulders se encogió de hombros. Apiló los papeles, las

fotografías de sus sospechosos y los informes que había reunido, y los metió en el cajón.

—Voy a decir a la gente de Londres que desisto. En efecto, soy un simple policía de provincias. Te aseguro que me cuesta un poco confesarlo.

—¡Estás loco! —Carlisle se apoyó en la mesa, mirándole a los ojos—. ¿Sabes lo que te sucederá si haces eso? ¡No podrás volver a encontrar la tranquilidad! Tu puesto es éste, Jeffrey. Lucha hasta el último momento.

—Éste es el último momento.

Edmund se apartó. Le dolía escuchar las palabras de su amigo. Sabía cuan seguro estaba de su valer y de su competencia. Gritó:

—¡Vete al diablo, Jeffrey! ¡No cuentes conmigo para ondear la bandera blanca!

Salió cerrando la puerta de golpe. Llegaba deseoso de ser animado, y el tener que levantar el ánimo de su amigo, le sirvió de estimulante. Multitud de ideas le aturdían. No comprendió cómo ninguno de aquellos hombres habían estudiado con Bennet.

—Entonces se trata de una filtración. Un hábil espía que ha logrado sonsacarles o ha podido conocer las instrucciones.

No tenía idea de cuál sería su primer movimiento. Pero estaba tan excitado que no dudaba en atacar por cualquier lado. Gloria no había sido sacada de la ciudad. Eso era lo importante.

Abrió la portezuela. Antes de entrar se acercó a la parte posterior del coche. Tocó una de las gomas para arrancar un papel adherido a las estrías del neumático. Tiró de él secamente. Un sobre sucio, que dejó una marca roja en el caucho negro. Le miró casi instintivamente, con gesto de repugnancia.

—¡Parece sangre! —pensó.

Iba a tirarlo cuando comprendió que eran manchas de carmín. Le levantó y le examinó atentamente. El color estaba corrido en el papel, pero se adivinaba algo parecido a rayas, a letras. Sólo una parte, la que quedó al aire, se mantenía legible. Con trazos anchos, nerviosos, se veía escrito:

«... La Bennet».

Tardó en reponerse. Recordaba perfectamente el papel que

revoloteaba ante el parabrisas y saltaba al suelo, en un sucio callejón del otro lado del río. Aquello había sido un mensaje antes de que la rueda del coche le corriera.

Miró al edificio de la policía. Entró en el vestíbulo como una tromba y arrollándolo todo, llegó al despacho de Smulders.

Su amigo no estaba. El ayudante le informó:

—Salió tras usted. ¿No le ha visto? Parece que han encontrado algo en un barracón de la estación.

Edmund abrió y cerraba las manos impacientes. El ayudante le dejó solo en el despacho. El joven dio unos pasos hacia la mesa. Esperó a que el policía desapareciera, y abrió el cajón sin preocuparse del ruido. Allí se encontraba la pistola que viera unos minutos antes, cuando Smulders guardó los papeles. La tomó, comprendiendo que aquello era un delito. Pero no le importaba nada que no fuera Gloria Bennet. Comprobó que el cargador estaba intacto y metió el arma en el bolsillo. Salió disparado, entrando en el coche como si fuera a tomar parte en el gran evento de Indianápolis.

Estuvo a punto en un par de ocasiones de llevarse por delante a algún pacífico transeúnte. El crédito de Edmund Carlisle, bastante desprestigiado en Yarmouth, bajó varios enteros, pero él logró llegar a la vieja plaza cercana al río en un tiempo récord.

Saltó al suelo y corrió hacia la entrada. La puerta, aunque parecía decrepita, conservaba firmeza para resistir sus empujes. El silencio de la casa le angustió. ¿Sería demasiado tarde?

Recorrió la tapia, buscando un punto débil. Llegaba hasta el mismo río. Un pabellón también sin ventanas cerraba el paso avanzando dentro del agua. Era un embarcadero viejo, a punto de derrumbarse. Sin dudar lo levantó la mano armada y se metió en el río. El fondo blando le aprisionó los pies, pero él continuó andando hasta llegar a la portalada de madera, ya con el agua cerca del cuello. Tuvo que mantenerse a flote, nadando suavemente con una sola mano. La americana le agarrotaba los movimientos, enredándosele en el cuello, pero su objetivo de mantener la pistola lejos del agua pudo realizarlo.

Para pasar al interior era preciso bucear bajo la puerta que estaba hundida en el río un par de palmos. Colocó la pistola en una grieta de las tablas, apoyada entre ellas. Luego se sumergió, sin

hacer el menor ruido, y pasó al otro lado. El local se le presentó negro y tenebroso cuando asomó la cabeza. Se sacudió el cabello mojado y escupió el agua. Recuperó su arma y agarrándose al borde del embarcadero, trepó.

Vio trozos de cables y algunas herramientas por el suelo húmedo. Al fondo, una puerta abierta, que comunicaba con la casa. Un trampillón enorme, cerrado, en el centro del embarcadero.

—¡Buen lugar para cualquier asunto sucio! —murmuró estremeciéndose.

Entonces un hombre apareció en la puerta. Traía una caja de madera y se quedó mirándole como si se tratara del espíritu del viejo río.

CAPÍTULO XII

Después que el portón se hubo cerrado tras la gasolinera que llevaba a Arthur y sus valiosas cajas, los cuatro miembros de su grupo, se quedaron inmóviles, escuchando el ruido del motor que se alejaba. Uno de ellos, el mecánico, murmuró:

—¡Ya era hora! ¡Tenía ganas de perder de vista esas malditas cajas! Fuera lo que fuese su contenido, he de confesar que me ponía nervioso verlas.

—Y que lo digas. No me ha gustado este asunto desde el primer momento. A mí me dicen: Escucha, Tony, hay un trabajo en perspectiva. Buena plata si asaltamos el coche de unos contratistas el día de la paga. Billetes sin marcar. Gente dura, es preciso andar listo. Y respondo como el primero. Pero esto de las cajas, sin saber en qué lío andamos metidos, no es para mí.

—Pero supongo que tu parte la aceptarás —refunfuñó otro—. Sois demasiado impresionables. Ha resultado una faena limpia y con poco riesgo. Y no podéis decir que el jefe, el que sea, no lo planeó con detalle.

Vicent, el mecánico buceador, tomó la iniciativa como hombre de confianza de Arthur.

—Ya está bien. Hay que empezar a trabajar. La policía dará con este refugio más tarde o más temprano. Ya sabéis las órdenes. Que no quede ninguna pista. Tú, Tony, coge todos los papeles. Incluso los de envolver alimentos, las cajas vacías de conservas, todo. Llenas con ello un cajón y le tiraremos al río. La corriente le arrastrará a la desembocadura. Dentro de... —consultó el reloj— cuarenta minutos exactamente, nos marcharemos.

Durante un buen rato todos parecieron presa de un raro amor por el trabajo. Vicent se acercó al cuarto de Judith. Desde que suplía al jefe decidió no tocar nada. Los otros lo harían por él.

—Tienes que preparar a la chica —dijo entre dientes, mirando a

Gloria—. Es una pena. Me gusta.

—¡Demasiado fina para ti, Vicent! —contestó Judith en el mismo tono de voz—. No contéis conmigo para eso. Ya le dije a Arthur que no lo creía necesario. ¿Qué puede pasar si la dejamos amarrada y amordazada mientras nos largamos? La policía la encontrará dentro de muchas horas y todos estaremos lejos.

—Eso no es cosa tuya, guapa. Vete a ayudar a los otros. No me gustan los sentimentalismos. ¿Viste lo que le pasó a Jones y a Newport?

Judith pareció dispuesta a enfrentarse con el hombre. Éste sonrió enseñando la lengua reseca y sus dientes amarillos. La joven vio cómo sujetaba la pistola, que abultaba bajo la chaqueta. Decidió no complicarse la vida.

—¡Allá tú! ¡Igual vas a terminar en la horca!

—Supongo que tú recibirás alguna condecoración. ¡Largo!

La mujer salió de la habitación. Sentía compasión por Gloria Bennet, pero no tanto como para arriesgar su propia vida. Vicent se aproximó a la joven, que retrocedió hasta llegar a la pared.

—No tengas miedo, pequeña —dijo él queriendo ser diplomático.

Pero Gloria sabía lo que le esperaba. Cuando la sujetó por un hombro le rechazó, golpeándole con sus pequeñas y finas manos. Al principio Vicent pareció divertido, pero al ver que no lograba arrastrarla, se impacientó y decidió terminar. Levantó el puño y golpeó a la mujer en la mandíbula. Ella manoteó y al instante hubiera caído de no haberla él sujetado, levantándola en el aire. La llevó al vestíbulo. Abrió de un puntapié, una puerta pequeña de lo que debió ser cuarto de trastos de la casa. El contador del gas, cubierto de telarañas, se veía en el centro de la pared. Abrió la llave y comprobó que el gas no llegaba hasta allí. Dejó el cuerpo en el suelo y con su navaja estuvo un rato trabajando en el tubo de la acometida hasta lograr agujerearlo. Entonces sí silbó el gas al escapar. Agrandó un poco el agujero, y satisfecho del resultado, abandonó el cuarto, cerrando la puerta por fuera con el pasador de hierro oxidado.

El gas se escapaba por las rendijas de la puerta, pero de todos modos terminaría con la vida de la mujer.

Dio instrucciones a sus hombres. Todos se mostraban contentos,

pensando en el momento de la libertad y de gastar el dinero «honradamente» adquirido.

—¡Tony, idiota! ¡Llévate de una vez esa caja! —ordenó a uno de los muchachos, golpeando con el pie el cajón repleto de basura.

Tony lo levantó, refunfuñando protestas. Se alejó del vestíbulo y se dispuso a entrar en el embarcadero. Alzó la mirada de la caja fijándola en las piedras húmedas, para no resbalar. Y distinguió a aquel hombre que le miraba desde el portón. Un hombre alto, de anchas espaldas, con negra pistola en la mano derecha.

Estuvo durante unos segundos mirándole, inmóvil, sin soltar el cajón cuyo peso no advertía. Luego comprendió que no podía tratarse de ningún amigo, que tenía las manos ocupadas y, por tanto, a merced del otro.

Edmund Carlisle decidió aprovechar aquella circunstancia.

Susurró con tono persuasivo, casi cordial:

—Así estás muy bien. No sueltes la carga. Te garantizo la vida. En cuanto apartes las manos de la caja puedes despedirte de ella. Y si das un solo grito, también. Sé buen chico y mantente tan inmóvil como si te hubieras convertido en piedra. Así, perfectamente.

Avanzó unos pasos. Tony le miraba con los ojos muy abiertos, incapaz de pensar en nada, de tomar una decisión.

Cuando el joven estuvo a su lado, se sobresaltó. Trató de inclinarse para depositar el envase. Edmund le dejó hacer y esperó a que intentara incorporarse para golpearle con fuerza, de abajo arriba. El impacto, aplicado con el puño izquierdo en la mandíbula de Tony, hizo a este incorporarse de un salto. Carlisle le sujetó ahora con la izquierda, por las solapas, y terminó su tarea colocándole un directo junto a la oreja, que convirtió al delgado y esbelto Tony en una cosa floja, que no podía sostenerse en pie.

Se mantuvo erguido unos segundos. Después le separó de delante de la puerta y le dejó tirado sobre las piedras resbaladizas del muelle. Tomó la caja y alzándola en el aire la dejó caer pesadamente al agua, con gran chapoteo. Desde el interior de la casa llegó una voz:

—¡No escandalices tanto, Tony! ¡Ven para acá!

Edmund sonrió. Empezaba a gustarle la situación. Recordó, aun cuando no guardara ninguna semejanza en apariencia, el momento en que logró escapar de la persecución de tres «Stukas», volando

sobre Libia, en la retirada del Afrika Corps. Empleó una táctica parecida. Colocarse primero bajo la panza de uno de ellos, fuera de tiro, obligándole a ascender más arriba del techo tolerado por el aparato alemán, hasta conseguir que el piloto se sintiera ahogado por la presión y perdiera el conocimiento, mientras él reía bajo su máscara de oxígeno. Luego, lanzarse en picado hacia el segundo, audazmente, esquivando el fuego enemigo a fuerza de corazón. El tercero escapó con graves averías.

No se preocupó de moverse en silencio. Lo que deseaba era atraerse a alguno de los que quedaban en el interior, para ir reduciendo el número de sus enemigos, cuya cuantía por otra parte, desconocía.

Sólo tuvo que aguardar un par de minutos para que la madera del viejo tillado crujiera bajo las pisadas impacientes de otro de los pistoleros. Edmund se situó junto a la puerta. El hombre salió al embarcadero, pero algo debió alarmarle, pues en el último instante, cuando Carlisle levantaba la pistola para asestarle un culatazo, saltó velozmente, pegado al otro lado de la puerta, y se situó a un par de pasos del joven, mirándole asombrado. Al mismo tiempo, y con velocidad impresionante, esgrimió su arma.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir, queriendo despejar las dudas de su cerebro.

Vio la pistola de Edmund y sin esperar a que contestaran a la iniciada pregunta, disparó.

Carlisle se anticipó al movimiento. Se dejó caer, apoyando una rodilla en el suelo, y contestó con celeridad, alargando la mano para no errar el blanco.

El pistolero quiso volver a oprimir el gatillo. Los dedos no le obedecieron. Tardó en comprender que estaba herido. No se dio cuenta hasta que la sangre se enfrió sobre su pecho. Lanzó un grito de espanto y retrocedió, balanceándose como una rama agitada por el viento. Un paso más, y desapareció en las negras aguas del embarcadero, levantando un verdadero surtidor.

—La suerte está echada —murmuró Edmund—. Sólo Dios sabe cuántos asesinos me esperan dentro. Pero también Gloria aguarda.

Cruzó la puerta a la carrera, con el arma pegada a la cadera y la decisión asomándole a los ojos. Le recibió un proyectil que rozó la cabeza, dejándole la impresión desagradable de su caricia. Saltó a

un lado, para que su silueta no se recortara ante la puerta, y contestó, dirigiendo el cañón hacia el lugar donde el ataque parecía producirse.

Cuando se apagó el eco del disparo, un silencio espeso, absoluto, se hizo en la casa. Parecía que una respiración monstruosa jadeaba cerca. La respiración de cuatro personas al acecho.

Edmund se movió un poco, apoyando los pies con cuidado en las maderas, que gemían. El disparo sonó como un trallazo y el siniestro zumbido del proyectil se perdió hasta apagarse. No contestó. Necesitaba conocer la posición de sus enemigos.

Miró a todos lados. La sala sucia y arruinada de la casa estaba alumbrada únicamente por la luz que pasaba a través de las ventanas, aseguradas con tablas clavadas. En el suelo se veían las marcas de muchas pisadas sobre la capa de polvo. Y él se encentrabá allí, esperando que le atravesara un balazo de un momento a otro.

—¡Éste no es mi estilo! —pensó rabioso.

Y echó a correr hacia el fondo, hacia el lugar donde se iniciaba la escalera que no conducía a ninguna parte.

Su súbito movimiento sorprendió a Vicent, que le acechaba desde el mogote que remataba la balaustrada. Nervioso asomó la pistola y parte del brazo, y gritó a su compañero:

—¡Tira! ¡Tira ahora si no quieres tener aquí a toda la cochina policía!

Disparó antes de terminar de hablar. Edmund se lanzó al suelo, en *plongeon*, golpeándose la cabeza en el primer escalón, pero los proyectiles pasaron sobre él. Desde el suelo se revolvió y con velocidad casi circense contestó al fuego. Vicent lanzó un ronco alarido y se puso de pie, para caer al instante. Carlisle se arrastró hasta él. Tenía los ojos cerrados pero vivía. Le arrebató el arma y escudándose en su cuerpo advirtió en voz alta:

—Más vale que salga, amigo. Sé que está solo. Salga con las manos en alto. La policía rodea la casa.

Una puerta gimió levemente y un hombre alto, con la cara manchada de polvo, salió despacio al vestíbulo. Llevaba las dos manos apoyadas en la cabeza y un gesto de espanto en el rostro. Tras él una mujer. Una mujer morena, muy hermosa. Edmund se levantó, sin dejar de vigilarles, y se apartó un poco del caído, que

respiraba entrecortadamente. Sabía que un hombre herido con frecuencia pierde la prudencia y es más peligroso. Preguntó, dirigiéndose a la mujer:

—¿Usted es la falsa dama del sombrero negro? Entonces, va a decirme ahora mismo dónde está la joven que atrajo a esta casa con engaños.

Judith quiso jugar la última carta. Afirmó con seguridad:

—Sí, puedo decírselo y lo haré, pero solamente si me promete la libertad. No he tomado parte en este juego idiota.

—No hay condiciones, niña. Hable. Hable antes de que me canse. ¿No ha oído contar de ciertos procedimientos de la policía? Si le coloco un proyectil en esa linda cabeza, ahorraré muchos disgustos y muchos gastos a los contribuyentes.

La mujer miró a Edmund. La ansiedad ponía en los ojos del hombre un brillo que no le pareció muy tranquilizador a ella. Señaló con gesto aburrido la puerta del ropero.

—Parece poco listo para esta profesión. Y demasiado guapo. ¿No ha notado el olor de gas? Creo que si encendiera una cerilla estallaríamos con esta asquerosa casa.

Carlisle palideció. En efecto, existía mucho gas en el aire, ahora lo percibía. Sin hacer caso del pistolero y de Judith se lanzó hacia la puerta del ropero al mismo tiempo que en la principal sonaban fuertes golpes y voces destempladas.

—¡Abran! ¡Abran a la Ley!

Judith miró a su compañero, que pretendía aprovechar la excitación y el descuido de Edmund, que luchaba por abrir la puerta, para dispararle. Le tiró del brazo.

—¡No seas imbécil! ¡La policía está a un paso!

Y sin esperar más corrió hacia la salida del embarcadero. El hombre la siguió. Sus pasos resonaron sobre las piedras y después empezaron a descorrer la portalada.

Carlisle abrió la puerta y vio a Gloria, tendida en el suelo. El aire estaba lleno de gas y se le metió en la garganta, haciéndole toser. Sujetó a la joven y la sacó como pudo, cubriéndose el rostro con un pañuelo. Luego volvió al cuarto y con la llave del contador golpeó el tubo, más abajo de la rotura, aplastándole hasta cerrar el paso al gas.

Al volver al vestíbulo la puerta de la calle saltaba en pedazos y

un grupo de hombres de uniforme, al mando de un detective de paisano, entraba. Este último se dirigió como una flecha a Edmund, tratando de detenerle.

—¡Ya está bien, amiguito! ¡Suelte esa pistola!

—Soy Edmund Carlisle. Trabajo para el Comisario Smulders. Un hombre y una mujer han huido por el embarcadero. Es preciso ahora prestar auxilio a esta joven. Está intoxicada, o... muerta.

Sin hacer caso al policía se inclinó junto a Gloria. Sentía algo oprimirle la garganta y las manos le temblaban violentamente. El agente ordenó a sus hombres que corrieran al embarcadero y registraran la casa. Después volvió al lado de Carlisle, del que no se fiaba demasiado.

El joven tenía la cabeza de Gloria apoyada en su brazo. Dijo:

—Avise a una ambulancia. Necesita cuidados. Sólo de milagro se ha salvado. Gracias que la puerta, llena de rendijas, dejaba escapar mucho gas, y a que permaneció tirada en el suelo, donde el aire era más puro.

—Bien. Haré que la saquen al patio mientras llega.

Dos agentes la levantaron. Edmund la vio salir. No podía estar a su lado. El contemplar el rostro pálido y los labios amoratados, le producía espanto. Quedó solo un momento con el pistolero herido. Le oyó quejarse. Entonces se acordó de Smulders, del asunto de las cajas, de lo que viera en el embarcadero, latas de gasolina, cables, un equipo de bucear. Sin poder relacionar todo aquello, comprendió que allí estaba la explicación del misterio. Vicent abrió los ojos.

—¡Deme agua! ¿Cuándo va a venir un médico? ¡Están desgarrándose los intestinos! ¡Llame a un médico!

—Enseguida. Pero primero dígame qué han hecho de las cajas de acero. Dígamelo y le atenderán.

El policía volvió a entrar con dos de sus hombres. Anunció:

—Hemos cogido a la mujer y al hombre que huía. La ambulancia tardaría y he mandado a la chica a la clínica en uno de nuestros coches...

—¡Calle! —ordenó Edmund inclinándose más para oír las palabras del herido—. ¡Contesta! ¿Dónde están las cajas?

—¡Agua! ¡Necesito agua!

Edmund apretó los labios. Debía mantenerse duro.

—¡No la hay hasta que contestes! ¡Habla primero!

Vicent volvió la cabeza, con la frente cubierta de sudor.

Murmuró:

—Las han llevado. Arthur las ha llevado. En la gasolinera. Un barco esperaba en el Canal.

—¿Cómo se llama ese barco? ¡Responde!

—¡No lo sé! —gritó Vicent asiendo con manos engarfiadas al brazo de Edmund.

Éste se levantó, soltándole. Dijo fríamente:

—No tiene remedio. No vale la pena molestar a los médicos.

—¡«Oaxaca»! ¡Se llama «Oaxaca»! ¡Avisé a ese matasanos, maldito! —rugió Vicent, incorporándose un momento, para caer después de nuevo.

Edmund se pasó la lengua por los labios resecos. Indicó al policía:

—¡Creía que no iba a decirlo! Haga que le lleven al instante. Está perdiendo mucha sangre. Ahora es preciso llegar hasta ese barco. No ha podido alejarse mucho. Continuará en el Canal. ¿Qué pasa con Smulders?

—Ha sido avisado. Ahora vendrá. Mientras tanto aguarde. Yo no sé quién es usted, en realidad. Prefiero cerciorarme antes de dejarle salir. Siéntese y espere.

—¿Esperar? ¡Está loco! ¿No sabe en el «Oaxaca» se llevan esas famosas cajas? Si sale fuera de las aguas jurisdiccionales inglesas, si sale del Canal, nadie ni nada podrá detenerle, en el supuesto de que no sea inglés, que no lo será. ¿No le importa terminar con las últimas esperanzas de triunfar en este caso? ¿Cuál es su misión?

—Llevo dos días, en efecto, buscando las quince cajas de acero. Pero no sé quién es usted. ¿Comprende? No se trata de una aventura de aficionados.

Edmund veía con la imaginación el desconocido mercante, alejándose tranquilamente con su carga. Si aquel estúpido se empeñaba en mostrarse reglamentario, cuando Smulders pudiera presentarse allí y la lenta máquina de la rutina se pusiera en marcha, ya sería tarde. Gloria e, incluso, su marido, no habían arriesgado tanto para aquello.

—De acuerdo. Esperaré. Pero permítame enseñarle algo que le gustará ver. En esa habitación.

El policía asintió. Bastante curioso, entró en el local que el joven

le indicaba. Edmund, sonriendo, señaló algo sobre la mesa. Un simple papel puesto allí por casualidad. Naturalmente, el policía no ofreció nada de interés en él, aunque no pudo manifestarlo, pues la pistola de Carlisle le golpeó en la nuca, suavemente, pero con la suficiente fuerza para dejarle momentáneamente incapacitado para poner obstáculos a nadie. Le sentó en la silla y salió, cerrando la puerta.

El agente que vigilaba en la portalada, le miró interrogante.

—Algo de interés. Ha encontrado algo importante. ¿Llegó la ambulancia?

El otro denegó. Edmund salió al patio y luego a la plaza. Su «Jaguar» estaba junto a un coche de la policía. Nadie le preguntó nada. Todos le habían visto hablar con el detective, y además los policías de Yarmouth le conocían sobradamente. Sentóse ante el volante y arrancó, agitando la mano como despedida.

Mientras conducía pensaba en Gloria. No se atrevía a llamar a la Clínica. Era suficiente para ello descender ante el primer bar y marcar un número; pero la idea de que le dieran una noticia pesimista, le producía pánico. Sí, pánico. Más que enfrentarse sólo con toda la tripulación del «Oaxaca».

—No. Prefiero mantener la ilusión de que vive aún. Si ha muerto, no sé qué voy a hacer...

Pisó el acelerador, enloquecido. Recibió entonces la confirmación de algo que estaba tratando de ocultarse él mismo: amaba a Gloria Bennet. La amaba desesperadamente. No era un capricho.

Tenía una meta: el puerto. Enfiló hacia allí. Confusamente pensaba en el modo de actuar. Para poder alcanzar al «Oaxaca», que no tenía idea qué clase de barco era, y que le llevaba unas millas de ventaja, necesitaba un buen motor. Precisamente algo así como la lancha ligera de Jeffrey Smulders. Y también la pericia del Comisario que conocía el Canal como el corredor de su casa. Pero no era posible contar con él. Apremiaba el tiempo.

—Smulders amarra su lancha en el muelle del Norte. Lo recuerdo perfectamente. ¡Ojalá la tenga abastecida de combustible!

Dejó al «Jaguar» en los tenderetes de secar pescado, y corrió al muelle. La magnífica motora de Smulders, su única pasión con el yate de doce metros, se balanceaba suave. Un marino con jersey

azul limpiaba los dorados. Aquello suponía otra dificultad.

El hombre le conocía y le saludó atentamente. Edmund saltó a bordo y preguntó:

—¿Hay gasolina suficiente para un largo recorrido?

—Sí, señor, como siempre. ¿Van a salir ustedes? No me dijo nada el señor Smulders.

—Es una sorpresa. Le estoy esperando. Mire, vaya a un teléfono y dígame que no tarde. Llámeme a la Comisaría. Tenga una moneda —dijo para alejarle.

El marino asintió. Dejó el paño en la borda, y marchó en dirección a la caseta del vigilante, para telefonar. Edmund esperó un poco. Ardía de impaciencia. Entonces recordó que no tenía la llave de la ignición.

—No me dará tiempo de tender un puente con cable —se lamentó.

Pero debía intentarlo. Se metió en la cámara y recorrió la tapa del motor. En pocos minutos se había convertido en un maleante. Agresión a un policía de Su Majestad en servicio, y robo de una embarcación de recreo. Le sería difícil justificarse. Se empezó a impacientar al no lograr establecer el contacto. El trozo de cable que encontró tirado en el fondo del motor era demasiado corto. Entonces la voz suave e irónica de Smulders, dijo a su lado:

—Es más sencillo con la llave. Estás rayando todo el barniz.

Edmund se incorporó, lanzando una maldición.

—¡No esperes que me haga el sorprendido! Iba a robarte el barco. Pero si tienes dos dedos de sentido lo pondrás en marcha sin esperar más, rumbo al Canal. Un barco llamado «Oaxaca» se lleva tu precioso botín. Las quince cajas.

—Lo sé. Ese imbécil de Doxn, el oficial al que golpeaste y que te ha tomado una rara antipatía, me lo dijo. Recobró el sentido cuándo tú atrancabas y yo llegaba por la otra calle. Comprendí que vendrías aquí. Es un honor para mi barco, lo reconozco, que le hayas escogido para tu infantil aventura. ¿Qué pensabas? ¿Capturar tú solo un cargo de cuatro toneladas? La policía te habría detenido. Acabo de evitarlo. ¿No recuerdas que vigilan el puerto?

—¡No sé lo que pretendo! ¡Pero cada minuto que pasa el «Oaxaca» se aleja!

—He avisado a la Marina. Saldrán un par de guardacostas a

detenerle.

—¡Y el capitán arrojará al agua las cajas en cuanto se acerquen!

Smulders no había pensado en ello. Se estremeció ante el peligro. Aquellas cajas en el Canal, arrastradas por las mareas, no tardarían en llegar a las costas. La idea de que «Escorpión» quedara en libertad, que se mezclara con el agua que rodeaba la isla, le hizo temblar.

—No puede hacerse otra cosa, muchacho —confesó con humildad.

—¿Eso crees tú? ¡Dame entonces la llave! ¡Dame esa llave, Jeffrey! Te pagaré el barco si es lo que te preocupa. Vete con tus guardacostas bien armados, en los que no se corre peligro.

Jeffrey palideció ante el insulto. Apretó las manos y por un momento pareció que su puño iba a golpear al joven. Le costó esfuerzo emitir las palabras:

—Eres un loco, Edmund. Y yo he podido comprobar que la locura es contagiosa. ¡Suelta la amarra!

Edmund obedeció, sonriendo. El marino, desde el muelle, le tiró la cuerda. Jeffrey ya hacía ronar el motor y la hélice levantaba una estela blanca tras la popa esmaltada del barco.

En cuanto abandonaron el muelle, el dueño empezó a utilizar toda la potencia que el motor poseía. La proa, de líneas estilizadas, se encabritó sobre las olas y pareció cortar el aire.

CAPÍTULO XIII

—Debieron reunirse frente a Yarmouth —opinó Smulders—. El pesquero que cabe en ese pequeño embarcadero no es capaz de alejarse demasiado, sin peligro. ¿Tienes idea de cómo lograron burlar la vigilancia?

—Tengo una idea. En el embarcadero vi cables, un equipo de bucear... ¿Qué te sugiere eso?

—Pues, algo submarino, desde luego. ¿Quieres decir que sacaron las cajas bajo el barco? —preguntó Smulders sin dejar de observar el horizonte.

—Exactamente. Si piensas en ello, comprenderás que era la única solución.

Smulders le confió el secreto de las cajas, que asombró al joven, quien hizo muchas preguntas.

Después se mantuvieron en silencio durante un buen rato. Smulders pensaba en la tontería que estaban cometiendo. Carlisle, por su parte, trataba de encontrar alguna solución para el problema que se les presentaba si llegaban hasta el «Oaxaca». Exteriorizó sus pensamientos.

—Esa gente, la del barco, será de cuidado. Seguramente nos recibirán a tiros y no nos permitirán acercarnos.

—¡Parece mentira que digas eso, muchacho! —rió Smulders irónico—. Un hombre audaz no debe pensar en esa posibilidad. Déjanos a los policías metódicos recrearnos con el lujo de la prudencia y del sentido común.

—Puedes quedarte al margen.

—Sí. Volveré al puerto a nado. Menos mal que los guardacostas harán la tarea sensatamente. Salían de Harwick y le cortarán el paso. Nos limitaremos a actuar como espectadores, si llegamos a tiempo.

Edmund preguntó:

—¿No puede correr más?

—No. Estamos a punto de saltar en pedazos. El motor se destrozará si mantenemos esta marcha.

—Un barco —anunció Edmund—. Dame los prismáticos.

No era el suyo. Es decir, no era el «Oaxaca». Pasaron cerca de él, mientras desde la borda les gritaban. Apenas le perdieron de vista cuando otra chimenea apareció. Al fondo se recortaba la silueta del Cabo

Gris-Nez.

Edmund le pasó los prismáticos a su amigo.

—El «Oaxaca» —murmuró el Comisario—. Temí que navegáramos tras otro «Holandés Errante». Pero existe.

—Existe y se lleva las cajas. Escucha, Smulders. No podemos intentar abordarle a la fuerza. Tu lancha carece de distintivos oficiales. Déjame probar a engañarlos. Es preciso no alarmarlos, pues en ese caso fracasaremos. ¡Si al menos supiéramos el nombre del tipo de Londres, del antiguo compañero de Bennet!

—Eres un insensato, Edmund. Pero te dejaré probar. Espero que al menos no nos conozcan.

Desde el «Oaxaca» les habían visto. La lancha rápida del Comisario avanzaba como una flecha blanca rodeada de espuma. Un marinero gritó y Arthur salió con el Capitán del camarote de éste, y corrieron a la borda.

—¿Qué ocurre? —preguntó el pistolero, para el que todo lo relacionado con el barco y el mar era una novedad.

—Véalo. Se acerca una motora —dijo el Capitán, señalándola.

Arthur palideció. Murmuró a media voz:

—¡Policía!

El Capitán estaba observando la lancha con sus prismáticos... Negó con un movimiento de cabeza.

—No. Es una embarcación deportiva. Quizá necesiten alguna cosa, o quizá... —Se volvió a sus hombres y gritó—: ¡Estad listos por si intentan subir! ¡Preparad la escala!

—¡No seas idiota! ¡No podemos dejarles venir! ¡Pueden ser policías, aunque utilicen ese barco!

—El mejor modo de averiguarlo es mirándoles a la cara desde cerca. Supongo que no tendrán miedo a un par de hombres. Son únicamente dos.

Tenía las cabezas de Edmund y Smulders dentro de los círculos de sus prismáticos, y no dejó de observarles. No llevaban armas ni parecían abrigar intenciones agresivas. Arthur, un tanto intranquilo, comentó:

—Pues se acercan al barco. De eso no hay duda.

Metió la mano en el bolsillo y sacó su pistola, colocando una bala en la recámara. El Capitán sonrió veladamente. No le gustaba demasiado el pistolero y esperaba tener ocasión de demostrárselo. De momento se limitó a mirar a la lancha. Era el capricho de un millonario, resultaba evidente. Y los dos hombres que la ocupaba tenían aspecto de deportistas sin muchos problemas. Uno de ellos, el más joven, hizo bocina con las manos mientras el otro gobernaba con habilidad para situarse junto al casco.

—¡Eh! ¡Deseo hablar con el Capitán!

—¡Yo soy el capitán! ¿Qué pasa?

Carlisle adivinó que la cosa se presentaba bien en principio. Sonrió y gritó campechanamente:

—¡Oiga, Capitán! ¡Mi garganta no es tan potente! ¿No puede dar hospitalidad a un amigo de sus amigos? Tengo un mensaje de cierta persona de Londres.

El Capitán miró a Arthur. Murmuró, volviendo la cabeza para que no le vieran desde la lancha.

—¡Cuidado! No son tan inofensivos como creíamos. Voy a hacerles subir. No les pierda de vista y quizá saquemos algo en limpio de esta visita.

Arthur asintió. Miró con ansiedad, mientras los dos hombres sujetaban la motora a un cabo que les tiraron, y trepaban ágilmente a la cubierta, con mucha más facilidad que lo hiciera él mismo antes. Carlisle saltó el primero y Smulders después. El Comisario había decidido dejar la iniciativa a su amigo y actuar sólo cuando su inconsciencia resultara excesivamente peligrosa.

—Encantado de conocerle, Capitán. Me llamo Smith. Este amigo también. Peter Smith y John Smith —anunció Carlisle sonriendo—. Si le parece, vayamos a su camarote.

Arthur refunfuñó algo. Incapaz de resistir más tiempo sacó su pistola con la mano vendada y apoyó el cañón en el estómago del joven, que no dejó de sonreír.

—¡Se acabó la broma! ¿Qué es lo que decía de un amigo de

Londres?

Carlisle carraspeó. Miró el arma.

—No comprendo. ¿Es alguna manía? Se trata de una conversación privada con el Capitán. Hemos salido de Yarmouth casi detrás del pesquero. Pese a que corrimos mucho por la carretera no logramos llegar a tiempo. Vimos a los chicos en la casa. Por cierto que todo salió bien. La muchacha rubia sufrió «casualmente» una intoxicación por gas. Pero no quería hablar de eso. Hay contraorden, Capitán. El jefe no ha podido avisar personalmente y nos envió a nosotros. ¿Quiere ahora llevarnos a su camarote o prefiere que charlemos aquí, delante de toda la tripulación?

El Capitán se pasó la mano por la barbilla, reflexivamente. Smulders estaba asombrado ante la frescura de Carlisle. Miró de reojo a Arthur, que sólo tenía que apretar el gatillo para terminar con la vida y la fanfarronería del joven. Despacio llevó la mano al bolsillo del pantalón donde tenía una pequeña pistola y decidió no distraerse.

—Por lo que veo, ustedes están demasiado enterados de algunas cosas. Eso puede ser bueno o malo, según. Vengan —el Capitán lanzó un chillido—. ¡Largo de aquí todo el mundo! ¡A sus puestos! ¿Hay algún idiota que se crea que esto es un crucero de placer?

Smulders miró hacia la costa inglesa, que se recortaba a lo lejos. Si los guardacostas aparecían ahora, su vida no duraría mucho. Arthur se colocó junto a ellos, hosco y desconfiado, y empezaron a caminar tras el Capitán.

Edmund se sentía lleno de excitación. Si conseguían entrar en el camarote la situación cambiaría. Serían dos hombres contra dos hombres y ellos llevaban la ventaja de la sorpresa. Desarmarían al Capitán y al pistolero y esperarían la llegada de los guardacostas, impidiendo que se tomara ninguna decisión peligrosa respecto de las cajas de acero.

—Es muy curioso lo que ha dicho de su amigo de Londres. ¿Cómo se llama? —preguntó el Capitán sin volverse.

Aqué! era un mal momento para el joven. Smulders, pese al peligro, sonrió divertido. Carlisle no se inmutó. Repuso, con los nervios en tensión, calculando la distancia que le separaba del Capitán por si necesitaba lanzarse sobre él:

—¡Oh! ¡Hay mucha gente que desearía conocer su nombre! ¡Es peligroso pronunciarlo delante de extraños! Escuche, Capitán. No hemos venido hasta aquí para que se dude de nosotros. Aunque usted juega un papel importante en este asunto, existen cosas que desconoce. El jefe no puede ahora moverse, ni utilizar los medios habituales de comunicación. Le vigilan. La muerte de ese Bennet...

—¡Oiga! —La voz de Arthur sonó como un trallazo. Se había detenido y encañonaba a Carlisle de nuevo, cuando ya el joven estaba a punto de entrar en el camarote con el Capitán—. ¿Cuándo dice que llegó a la casa del río? ¿Después de salir yo? En ese caso, es un cochino mentiroso. Le vi una hora antes metido en un coche de lujo, espionando por allí. ¿Va a negarlo? Y su amigo es policía. Estaba la noche del asalto al camión, ahora le recuerdo.

Edmund tragó saliva. Se volvió hacia él, mientras su cerebro trabajaba velozmente. El Capitán, alarmado, se detuvo ante la puerta y llevó la mano a su cintura, en la cual asomaba la empuñadura de un cuchillo. Arthur lanzó una carcajada y, antes de que el joven pudiera defenderse, disparó su gran pistola.

Entonces entró en acción Smulders, el prudente y tranquilo Smulders, que prefería utilizar el cerebro a las manos. Pero en esta ocasión fue su derecha la que apretó el gatillo, dentro del bolsillo del pantalón, y la pequeña automática, casi femenina, hizo un suave eco al tronar del arma de Arthur. Sin embargo, fue la bala niquelada del Comisario la que hizo blanco, mientras el grueso proyectil del pistolero se achataba contra la chapa del castillete, y, rebotando, se perdía en la tarima del suelo. Carlisle se había cambiado de sitio en un intento por desarmar a su enemigo, que no era necesario, pues Arthur se desplomó ante él, ante sus piernas, lanzando un resoplido ahogado. De la frente empezó a deslizarse un fino chorro de sangre.

Las detonaciones provocaron un griterío en el barco. De un momento a otro la tripulación se les vendría encima. Smulders sacó su pistola, pues el propio fogonazo le había chamuscado la pierna y la tela del pantalón, y gritó a su amigo:

—¡Vuélvete, Edmund!

Carlisle adivinó, por el desplazamiento del aire, que el grueso capitán se lanzaba hacia él, se arrojó al suelo y el hombre pasó sobre su cabeza, perdido el equilibrio cuando intentaba apuñalarle

por la espalda. El Comisario se adelantó y su mano, armada con la pistola, golpeó la cabeza del Capitán, terminando con el ardor combativo del hombre.

—¡Esto va bien, muchacho! —dijo Carlisle levantándose y lleno de entusiasmo—. ¿Reconoces esta pistola?

Había sacado la suya, que pertenecía, en realidad, al Comisario. Antes de que pudiera contestar éste, un hombre saltó de lo alto del puente, esgrimiendo una pesada barra. Edmund apuntó a las piernas y disparó, haciéndole caer. El hombre se arrastró un poco y después perdió el conocimiento.

—¡Llévate al Capitán! —ordenó Smulders—. ¡Yo los contengo! ¡Adentro!

Carlisle cogió al caído por las piernas y le arrastró con celeridad. Smulders, mientras tanto, esperó el ataque. Le precedió un disparo que pasó algo alto. Contestó, nada más que para mantenerlos apartados. Y volvió a disparar cuando vio a dos hombres correr por la cubierta, intentando cerrarles la retirada.

—¡Entra! ¡Esto es una fortaleza! —dijo Carlisle desde la puerta.

Un puñal voló cerca, y la hoja se quebró al chocar contra la chapa. Smulders entró de un salto y el joven cerró la pequeña puerta, pasando el pestillo.

—Aquí estamos bien, de momento. Los proyectiles no lo atraviesan. Ahora es necesario advertir a la tripulación que su Capitán lo pasará mal si intenta molestarnos.

—Que lo haga él mismo. Ya vuelve en sí —dijo Smulders—. Vigila por el cristal. Yo me ocupo de él.

Carlisle se acercó a la estrecha lucera, descorriendo la cortina. Veía a la gente, que hablaban muy excitados en la cubierta. Dijo:

—Date prisa. Están preparándonos alguna sorpresa.

—Al instante. Oiga, Capitán. Ya puede ver que le tocó perder. Hay dos guardacostas en camino hacia aquí que no tardarán mucho en tomar contacto con su barco. Diga a sus muchachos que se estén quietecitos y no se les ocurra tocar las cajitas que llevan escondidas, o le agujerearemos tranquilamente. ¿Comprende? Puede empezar.

El marino movió la cabeza, para despejarla. Miraba a los dos hombres confundido. Dijo:

—No pueden hacerme nada. No soy inglés. No tienen jurisdicción sobre mí. Yo embarco cualquier cosa, siempre que me

paguen el flete.

—Perfectamente. Es usted una inocente paloma. Pero no podrá volar mucho si no contiene a sus hombres. ¡Ahora mismo!

Smulders le encañonó. Aquello fue suficiente para decidir al hombre. Se acercó al ventano. Carlisle rompió el cristal de un culatazo y el Capitán, con voz primero velada y después enérgica, cuando el joven le acarició la espalda con el cañón de su pistola, gritó:

—¡Despejad la cubierta! ¡No os metáis en donde no os llaman!

—¿Está bien, Capitán? —preguntaron.

—¿Desde cuándo os interesáis por mi salud? ¡Fuera todo el mundo!

Carlisle observó cómo obedecían, lentamente. Y trató de ver el horizonte, por la parte de la costa. Murmuró:

—No vienen. ¿Estás seguro, Smulders, de que fueron avisados?

—¡Calla! —El Comisario temió que el Capitán se animara—. ¡Claro que tienen que venir!

En efecto, el prisionero sonrió.

—Estamos a punto de salir de las aguas jurisdiccionales. Si sus barcos intentan detenernos fuera de ellas, armaré un buen alboroto, amigos. Cada minuto que pasa, el tiempo trabaja para mí.

Carlisle se desesperó. Sabía que estaba en lo cierto y también que no lograrían mantener mucho tiempo aquella situación. Paseó la mirada por el camarote, intentando encontrar alguna idea, y se la dio el pequeño receptor de radio colocado en una repisa, sobre la litera. Sólo dijo:

—Radio. Abre la puerta, Smulders. Daremos un paseo hasta el despacho del operador.

El Comisario no se hizo repetir la indicación. Empujó al Capitán.

—Ve tú delante, Edmund. Yo vigilaré tras él.

Salieron en silencio. El cuerpo de Arthur, alrededor del cual se había ya formado un gran charco de sangre, continuaba en el mismo sitio. Cerca de los botes un grupo de hombres aguardaba. Se movieron un poco al ver salir a los tres, pero comprendieron lo que significaban las pistolas que empuñaban los amigos, y se abstuvieron de intentar nada. Carlisle miró a lo alto, buscando la antena de la radio y siguió el cable para localizar el cuarto del radiotelegrafista. Dieron vuelta al puente y le vieron. Un hombre,

sentado ante sus aparatos, aguardaba. Sin duda había sido avisado de lo que ocurría, pues tenía sobre la mesa una pistola. Hizo ademán de tomarla.

—Mejor que no lo intente. Conozco su oficio —dijo Carlisle entrando, mientras Smulders cerraba la puerta a su espalda, empujando al Capitán al otro lado—. Lance este mensaje: «Comisario Smulders a Guardacostas en servicio especial. Vapor “Oaxaca” navega al norte del Cago

Gris-Nez,

en el límite de las aguas inglesas, rumbo sur». ¿Entendido?

El telegrafista vio cómo desaparecía su pistola, pero no se movió. Smulders indicó al Capitán:

—Aconséjele que obedezca. Es mejor para todos.

El Capitán lo hizo así. Carlisle presenció como la llamada se verificaba correctamente y se repetía, hasta que se estableció contacto con los barcos ingleses. Poco después, dos columnas de humo indicaban su presencia. A toda máquina avanzaron, mientras Carlisle y Smulders, subidos en el puente con el Capitán, vigilaban para que las cajas conteniendo el misterioso «Escorpión», no fueran arrojadas al agua en última instancia.

Smulders presenció luego cómo se pasaban a uno de los guardacostas, con el máximo cuidado, en unión del esposado Capitán, que protestaba alegando derechos internacionales. Le dijo a Carlisle:

—Después de todo, en algunas ocasiones una gota de locura es conveniente.

—Resulta como la angostura en los *coctails*. Les da gracia. Ahora comprenderás lo que es jugarse la vida tras un volante, por ejemplo. Pero no hace falta que finjas. Tú estabas decidido desde el primer momento a intentar la aventura. Desde que fuiste al muelle y pisaste la lancha.

Smulders no negó ni afirmó. Sacó del bolsillo su pipa, la golpeó contra la curva de un ventilador, y se la llevó a la boca.

CAPÍTULO XIV

—Estoy perfectamente, Edmund —aseguró la joven enrojeciendo—. Tengo la sensación de haber vuelto a nacer.

—Quizá sí —murmuró Carlisle mirándola con fijeza—. Hay ocasiones en que es preciso empezar de nuevo, olvidar todo el pasado. Yo creo que me ha sucedido a mí. Hablando vulgarmente, soy otro hombre. No sé si peor o mejor, pero otro hombre.

Gloria estaba sentada en una butaca de mimbre, con las piernas cubiertas por una manta, pálida y con los ojos algo apagados, pero fuera ya de peligro. Únicamente debía permanecer un par de días en observación por si se presentaba alguna complicación. Ella había visto entrar al joven después del regreso de la afortunada expedición marítima, y su corazón le demostró que nunca podría olvidarle. Smulders, que hablaba con el médico, apareció para llevarse al joven.

—El doctor dice que todo va bien, señora. Ahora tengo que llevarme a Edmund. No le retendré mucho tiempo.

La joven sonrió, un tanto turbada. Carlisle le apretó una mano y siguió a su amigo. Escuchó las palabras del Comisario.

—Ve a cambiarte de ropa. Salimos para Londres. Los jefes desean conocer la versión directa del caso. Aunque no perteneces al Cuerpo, como ves, se permiten ordenarte. El Capitán del «Oaxaca», por lo visto, no sabe quién es el jefe en este caso. Si no parece que las brujas protegen a ese hombre, es que soy idiota. Se ha recuperado «Escorpión», que ahora está siendo embarcado definitivamente para ser llevado al Caribe, rodeado de unas precauciones aterradoras; pero el traidor, el que sea, ha escapado al castigo. No podemos decir que hayamos triunfado...

—No te quejes. Supongo que recibirás al menos una felicitación.

Smulders siguió para la Comisaría y el joven descendió del coche de su amigo ante el hotel. Entró en el vestíbulo y un bólide

con faldas y voz aguda, le salió al paso, abrazándose a él desesperadamente. Le costó mucho comprender que se trataba de la señora Watinhus, más desquiciada que nunca.

—¡Por Dios, señora! ¿Qué le ocurre a usted?

Ella tartamudeó de puro nerviosa. Al fin el joven pudo entender sus palabras.

—¡Está en mi casa! ¡Ella, la mujer que citó a la señora Bennet! ¡La dama del sombrero negro!

Por un momento Carlisle pensó que Judith, la belleza morena de la banda de pistoleros, había escapado de la policía. Pero luego comprendió que la señora Watinhus no conocía a Judith. Que se refería a otra mujer, a la verdadera señora que paseaba por el andén de la estación, a la que iba dirigido el anuncio.

La tomó por el brazo y casi corriendo la llevó por la calle, mientras ella, sujetándose el ridículo sombrero con una mano, explicaba:

—¡Llegó hace como media hora! Me dijo que había leído el aviso en el periódico y que deseaba hablar con la señora Warr. Yo me di cuenta que se trataba de algo de importancia, que podía ayudar a esa joven a descubrir a las personas que la raptaron y la pusieron en ese estado. Porque ya sé que por poco la matan con gas. ¡Qué criminales! ¡Con lo simpática que es! Le dije que esperara y ordené a mi criada que no la permitiera salir, aunque necesitara recurrir a la violencia...

Edmund entró en el salón de la pensión y miró a la mujer. Allí estaba, sonriendo plácidamente. Ella se levantó.

—Yo soy la señora Warr —dijo Carlisle para evitar perder el tiempo en explicaciones—. Le agradezco mucho que haya venido. Siéntese.

—Yo... no sé —la mujer parecía desconcertada—. Sentí curiosidad. ¿Qué es lo que desea de mí?

Carlisle le contó la escena de la estación, le describió a Herbert y al ferroviario. La mujer escuchaba interesada.

—No se canse. Soy una mujer observadora. Algunos le llaman a eso curiosidad. Pero es que me gusta observar a las personas, eso es todo. Recuerdo perfectamente a ese joven. Llevaba un jersey verde, que cuadraba muy bien con su aspecto. Un aspecto sano. Precisamente lo contrario del hombre con quien habló. Era un

sujeto grueso, fuerte, pero que denotaba cierta palidez de mal agüero. Usaba gafas negras.

Carlisle suspiró. Así, tan sencillamente, parecía que iba a resolverse todo. Rogó a la mujer que le acompañara y entró con ella en el despacho de Smulders, que se sorprendió bastante. Sin hacer caso del Comisario, abrió el cajón de la mesa y sacó el fajo de papeles y fotografías.

—¡Oye! ¿Qué te ocurre? ¿Qué haces ahora? ¡Deja eso!

Carlisle dibujó con el lapicero unas gafas rudimentarias sobre las fotografías de los sospechosos del Comisario. Con mano nerviosa las extendió sobre la mesa. La mujer las miró complacida. Dijo:

—¡Ah! ¡Comprendo! Usted quiere que identifique a aquel señor. Era éste, desde luego. A mí no se me olvida nunca un rostro.

—¡Habla de una vez, Edmund! ¿Qué nuevo lío estás inventando? —chilló Smulders.

—¡Por favor, Jeffrey! —protestó el joven satisfecho—. ¿Es que no has visto el precioso sombrero de la señora? Si me dice usted su nombre, les presentaré. La señora acaba de identificar al amigo de Herbert Bennet, a su compañero de Universidad...

Smulders tomó la fotografía y la miró. Era tal su gesto de asombro, que Carlisle empezó a reír a carcajadas.

—Ha habido una pequeña equivocación en el informe —anunció Smulders, serenamente, sacando un papel de su cartera—. El jefe de los pistoleros, Arthur Harleeh, pudo declarar antes de morir. Ésta es su declaración. Firmada. He querido que usted la viera sin enseñársela a nadie.

Dejó sobre la mesa la hoja escrita a máquina. El hombre que se sentaba en el amplio sillón, la tomó con mano nerviosa. No llegó al final. Abrió el cajón y, antes de meter en él la mano, preguntó con voz amable:

—¿Nadie la ha visto? ¿La preparó usted mismo?

—Eso es. Llevamos a Arthur a la Comisaría. Mientras llegaba el médico, cuando me encontraba con él, volvió a recobrar el conocimiento. Declaró espontáneamente. Pude escribirlo y firmó poco antes de morir.

—¿Cuánto quiere por olvidar esta declaración? Le pagaré lo que pida.

Smulders se incorporó. La puerta del fondo se abrió con

brusquedad y el Jefe Superior del Departamento de Seguridad Nacional, con dos altos funcionarios del departamento, entró en el despacho, atravesándole con rapidez. El hombre que estaba sentado tras la mesa se levantó, muy pálido. El Comisario Smulders rompió en pedazos el papel.

—Lo siento, señor Maidstone. Fue preciso recurrir a este truco. Carecíamos de otra prueba que la declaración de una señora que le vio con gafas negras, y que no aceptaría como suficiente ningún jurado.

—Queda detenido, Maidstone —anunció el Jefe Superior secamente—. Esta conversación ha sido registrada y somos testigos de ella.

Smulders se sintió abatido cuando vio salir al alto jefe del Yard entre los dos funcionarios. Menos mal que tenía a Edmund Carlisle esperándole fuera, y el joven estaba radiante de optimismo.

—Hay una cosa que me preocupa —dijo Carlisle al sentarse en su «Jaguar» y cuando el Comisario lo hacía a su lado—. Según tus datos, Maidstone no estudió en Eton. ¿Cómo podía ser entonces el antiguo compañero de Bennet?

—Bennet no se refería, en realidad, a la Universidad. Según declaró a su esposa no había tenido amigos en Eton. Se trataba de la Escuela de Adiestramiento Militar de Hasting, de la cual salió convertido en oficial durante la guerra. Entre los antiguos camaradas se referían a ella como «la Universidad». Maidstone estuvo allí y fue uno de los alumnos más distinguidos. Si se nos hubiera ocurrido preguntar a Gloria primero, habríamos adelantado bastante más.

—Ahora comprendo que hemos sido idiotas. Sólo podía tratarse de Maidstone, del Jefe Superior o del Coronel. Los demás, los científicos estaban excluidos. Ellos conocen la fórmula y no habrían tenido necesidad de planear el robo de «Escorpión». Le habrían elaborado, sencillamente.

—¿Sabes que en ocasiones pareces inteligente, muchacho? Creo que pierdes el tiempo fabricando cerveza.

—¡Oh! ¡Ahora no voy a dedicarme a la cerveza!

—Lo supongo. Y hablando de otra cosa. ¿Qué tal está la señora Bennet?

—¿Crees que hablas de otra cosa?

—Desde luego que sí. Hará falta mucho tacto y mucha paciencia para hacerle olvidar la muerte de su marido y los sustos que ha pasado.

Smulders mordió la pipa, burlón. Carlisle dijo:

—Hablando de otra cosa. Me he dado cuenta de algo importante, Jeffrey: Soy la persona que posee mayor dosis de tacto y de paciencia del mundo...

—¡Caramba, muchacho! ¡Empieza al instante a usarlo!

FIN



Con la sombra de la guillotina sobre su cabeza, "El Gato" descubrió, demasiado tarde, que el autor del asesinato que se le imputaba a él... ¡era el famoso espía buscado por los servicios secretos más poderosos del mundo ¡Y no podía en-

tregarle sin verse él atrapado, entre

LA SOMBRA DE "MADAME"

y aquella misteriosa figura a la que sólo vió una vez y que detentaba la solución del angustioso enigma!

Desde el refinado ambiente de la Costa Azul hasta las sucias gabarras del Sena, un pistolero quiso olvidar su sangrienta carrera tras

LA SOMBRA DE "MADAME"

¡"Madame" nombre dulce y poético que se da a un instrumento terrible: la guillotina!

CLIFF BRADLEY

ha creado la más pavorosa intriga, en torno al más genial de los héroes surgidos de sus apasionantes relatos: ¡Pierre Montal, "El Gato"!

LA SOMBRA DE "MADAME" próximo número de

COLECCION SERVICIO SECRETO

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

379. — F. M. Dayne
RANCHO FUNEBRE

COLECCION "BUFALO"

76. — A. Rolcest
LA RUTA DEL ORO

COLECCION "PANTERA"

13. — Peter Debry
LOS «GUAPOS» DE LA LEGION

COL. "SERVICIO SECRETO"

243. — Donald Curtis
LO SIENTO, QUERIDA

COLECCION "LAUREL"

35. — LAS MAS BELLAS POESIAS
MISTICAS

COLECCION

"PRACTICA Y POPULAR"

12. — VIVA FELIZ

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

438. — César de Monterrey
LA DIOSA ENAMORADA

COLEC. "MADREPERLA"

334. — Laura Tur
VEINTICUATRO HORAS JUNTOS

COLECCION "ROSAURA"

278. — G. Colomer
OLIVIA

COLECCION "AMAPOLA"

164. — Lucila Mataix
LLUVIA BLANCA

COLECCION "ALONDRA"

117. — Alicia Larrendi
¡DIFAMADA!

COLECCION "CAMELIA"

58. — Pamela del Valle
CUANDO LOS HIJOS DISPONEN

COLECCION "ORQUIDEA"

28. — Sergio Duval
EL ALMA PERDIDA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona :: Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires



NORMAS SOCIALES

Es el título del volumen, que esta misma semana publicará la prestigiosa

Colección PRACTICA

Lea usted

NORMAS SOCIALES

y tendrá siempre a mano la solución a todos los problemas de la etiqueta moderna, permitiéndole salir airosa y dignamente de cuantos compromisos le sobrevengan, a la vez que conocerá todo lo relacionado con el buen tono, el arte de hablar bien, la cortesía, el saludo y las visitas; la relación epistolar, el atuendo, los bailes y fiestas e infinidad de reglas de máximo interés en la vida moderna

Otro volumen absolutamente indispensable en toda biblioteca, y que le brinda a usted esta misma semana

COLECCION PRACTICA

¡Apresúrese a encargar ya su ejemplar, antes de que se agoten!

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



...PARA LEER
El **DDT**

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA DE
TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PIS



**¡ATENCIÓN, AMIGO
LECTOR!**

Es inminente la aparición, dentro de esta misma semana, del número 4 de la super-famosa

Colección DAN
SERIE
BISONTE GRAFICO

Llamamos una vez más su atención sobre estos sugestivos títulos, que forman un volumen de aventuras jamás igualado:

- * UNA AVENTURA LARGA COMPLETA.
- * Un episodio de "EL JUSTICIERO ERRANTE".
y la sección de alto valor documental:
- * A TRAVES DE LA HISTORIA DE NORTE-AMERICA.

Si usted conoce ya

COLECCION DAN
SERIE
BISONTE GRAFICO

es innecesario le advirtamos que debe encargar con tiempo su ejemplar, en evitación de que el rotundo éxito alcanzado por esta sensacional serie le haga llegar tarde. Todos sus números se agotan en pocas horas

COLECCION DAN - Serie BISONTE GRAFICO

¡publicará esta misma semana su número 4!



El próximo número
de la

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

*versará sobre los graves
peligros de la obesidad
y la delgadez, así co-
mo la influencia de la
electricidad en el orga-
nismo, y llevará por tí-
tulo:*

NI GORDOS NI FLACOS

A través de sus interesantísimas páginas, hallará usted los más modernos y eficaces métodos para engordar o adelgazar sin peligros, diversos medios para combatir los cálculos biliares, cura de aguas, procedimientos infalibles para conservar y aumentar la belleza en la mujer y el equilibrio vital en el hombre, a la vez que hallará también la contestación a estas decisivas preguntas: ¿Son incurables las enfermedades cardíacas? ¿Cómo es el estómago humano?...

NI GORDOS NI FLACOS

¡Un interesantísimo volumen, de suprema y permanente utilidad, que le brinda la

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

en su próximo número, que aparecerá esta misma
semana!

LLUVIA DE ESTRELLAS



Elizabeth Taylor

N.º 33 La esposa de Michael Wilding, nació en Londres hace 22 años y es ahora una de las primeras y más solicitadas figuras del cine americano. Alcanzó la cumbre del éxito con "Un lugar en el sol" y recientemente, en "La senda de los elefantes". Foto PARAMOUNT



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5'50 ptas. Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50

